Caza real con «Z»



Arturo Daussà

y

Javier Luque

Serie Agencia de Detectives el Rayo nº1

Javier Luque

Perdonen el atrevimiento

javierluque@4Tetras.es

Casa Real, con «Z»

Arturo Daussà
y
Javier Luque

Agencia de Detectives el Rayo - 1

Título original: *Caza real, con «Z»*
Fecha de publicación: 12/2024
Derechos de autor: Arturo Daussà y Javier Luque
Todos los derechos reservados.
ISBN: 9798242734227

Edición y maquetación:



No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Los sucesos y personajes retratados en esta novela son completamente ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia y producto de la indudable impericia de sus ancianos autores.

Quizá suene a puro cinismo agradecer esto a la casualidad o a algún gurú o a alguna secta, pero como la ironía y el sarcasmo son virtudes de viejos y nuestros carnés de identidad así lo atestiguan con *mu malafollá*, nos pesé o no… se lo agradecemos por provocar que nos conociéramos y hacer esto posible.

Cuando salí de La Habana,

¡válgame Dios!
Nadie me ha visto salir
si no fui yo,
y una linda Guachinanga
sí, allá voy yo,
que se vino tras de mí,
¡que sí, señor!

Si a tu ventana llega
una Paloma,
trátala con cariño
que es mi persona.
Cuéntale tus amores,
bien de mi vida,
corónala de flores
que es cosa mía.
¡Ay! ¡Chinita que sí!
¡Ay! ¡Que dame tu amor!
¡Ay! Que vente conmigo,
chinita, a donde vivo yo!

Sebastián de Iradier y Salaverri (La Paloma)

EL ASCENSOR Y EL VUELO DE LA PALOMA

A veces tu vida se cubre de oscuridad y buscas un interruptor para encender la luz que te permita encontrar la puerta de salida. Pero otras veces, esa puerta es un suceso inesperado, un tropezón que jamás hubieras podido prever, ni siquiera imaginar.

Eso es lo que le sucedió a Martín Prats: ningún interruptor le había funcionado, y el único suceso que jamás hubiera imaginado era aquel persistente martilleó en su cabeza provocado por el sonido de la campanilla del juez rompiendo el silencio de la sala.

—Visto para sentencia.

La sesión estaba concluida y Martín abrigaba pocas dudas sobre cuál sería su sentencia: culpable. Él sabía que era inocente, pero hacía días que un realista pesimismo alimentaba su certeza de que a todos les interesaba, aunque fuera Dios a saber por qué, tener un chivo expiatorio a quien cargarle la muerte en aquel ascensor.

Mientras escribo esto, sé que Martín no se equivocaba.

Meses antes, un hecho luctuoso había sido noticia en *La Vanguardia*:

«Muere el empresario Amán Hazan al caer al vacío un ascensor en el Hotel Artes de Barcelona».

«Según las primeras investigaciones de la división Científica de los Mossos d'Esquadra, todo apunta a un accidente: en pleno descenso desde la planta diecinueve, el ascensor destinado al personal sufrió el desprendimiento de su base precipitando a su único ocupante al vacío.

»Personados en el lugar los servicios sanitarios del SEM, solamente pudieron confirmar la muerte de la víctima debida

a politraumatismos.

»En la Generalitat han confirmado que el ascensor había pasado favorablemente la inspección periódica a la que deben someterse estos dispositivos. Además, indicaron que en los primeros días de este mes de marzo el ascensor se había sometido a labores de mantenimiento, según ha precisado un portavoz de la Conserjería de Economía y Hacienda.

»Técnicos de su departamento se han personado para conocer detalles del accidente e intentar aportar datos a la investigación, así como gestores de la empresa Ascensores la Paloma, constructores e instaladores del ascensor.

»Lo que no ha transcendido hasta el momento es el motivo por el que el empresario utilizaba un ascensor destinado al uso exclusivo del personal del hotel».

La noticia pasó sin pena ni gloria sepultada por la avalancha de informaciones generada por los atentados yihadistas de Bruselas de dos días antes al de aquella muerte. Además del referido artículo periodístico, el entonces supuesto accidente solo mereció unos segundos de radio y un breve comentario en el telediario. Sin embargo, en el barrio de Hostafrancs, el suceso tomó una relevancia especial: Amán Hazan, o el Babas —apelativo por el que lo conocía todo el mundo— era el prestamista del barrio.

El Babas, además de poseer esa peculiaridad babosa que le había acabado dando nombre, era un tipo redondo como una peonza, cubierto por piel que semejaba un pellejo mal pegado y que, cada vez que se movía, se le deslizaba sobre la carne en un continuo oleaje. Lucía unas mejillas cetrinas y medio cubiertas con un par de patillas negras. Los ojos hundidos y las cejas pobladas como para proyectar sombra. Sin embargo, todo el conjunto lograba lo contrario a la imagen bonachona habitual en los poseedores de semejante sobrepeso: nada de gordo afable y feliz, sino una fiera por domar.

En el vecindario, la noticia había polarizado las opiniones en dos bandos irreconciliables: los que se alegraban de que el Babas hubiera muerto, bien porque no le perdonasen los indecentes

intereses que les había cobrado —más si se habían visto obligados a demorar el pago por cualquier contingencia—, bien porque eso les libraba de la devolución de los préstamos concedidos por aquel judío usurero y esperaban que, una vez muerto, pudiesen reclamar la devolución de los enseres empeñados como garantía con el amparo de contratos manifiestamente ilegales; y otros a los que les sabía mal que hubiera acabado muerto en aquel accidente tan estúpido, porque opinaban que, en el fondo, si prescindías de su aspecto baboso, de su avaricia y de sus métodos mafiosos, se tenía que reconocer que había sacado a muchas familias de trances complicados.

En cualquier caso, el día del sepelio, toda España se desayunó con la noticia de la nueva querella admitida por el juez de la Audiencia Nacional José de la Mata contra el presidente de Caja Madrid, Miguel Blesa, por la comisión de delitos de estafa, administración desleal y asociación ilícita al conceder a sus amiguetes hipotecas sobrevaloras de alto riesgo. Unos cargos a sumar a los cosechados por sus ya famosas tarjetas black.

Mientras, en el carrer del Moianès, la gente se aglomeraba, en especial en la zona más cercana al mercado de Sants, allí donde se encontraba el domicilio del finado, los bajos donde tenía el despacho y el almacén donde iban a parar los objetos empeñados en garantía, bien protegidos tras gruesas puertas y alarmas en cada rincón: la viva imagen de Ford Knox, pero en chapucero.

Al cabo de veintiséis días del luctuoso suceso, aplastada por la noticia de que el «no» de Podemos al pacto entre Pedro Sánchez y Ciudadanos avocaba de forma definitiva a unas nuevas elecciones, otra información, que implicaba a otro vecino del barrio, esta vez publicaba en primicia por *El Periódico*, avivó un fuego que ya se había convertido en unas inofensivas brasas:

> ***«Giro inesperado en el caso del ascensor del Hotel Artes de Barcelona».***
>
> *«En un giro inesperado de los acontecimientos, Martín Prats ha sido detenido ayer y puesto a disposición judicial como presunto autor de la muerte de Amán Hazan.*

»Hasta ahora, dicha muerte, acaecida a finales del pasado mes de marzo al desprenderse el suelo del ascensor en el que viajaba Amán Hazan y precipitarse este al vacío, había sido catalogada, en apariencia, como un desgraciado accidente; sin embargo, tras un exhaustivo y discreto estudió de lo sucedido realizado por la división Científica de los Mossos d'Escuadra, se determinó que podría tratarse de algún tipo de negligencia culpable o quizá de un acto de sabotaje y se inició una investigación bajo estricto secreto del sumario para averiguar él o los autores del posible crimen.

»Martín Prats, quien se desempeña como administrador de Ascensores la Paloma, empresa responsable de la instalación y mantenimiento del elevador involucrado en el trágico suceso, se enfrenta a serias acusaciones que lo señalan como responsable. Tras su declaración ante el juez, se ha dictado prisión preventiva sin fianza hasta la celebración del juicio que, dada la cantidad de pruebas en su contra y que, al parecer, obran ya en poder del juez instructor, se espera que se produzca con gran rapidez».

En el barrio, más de una docena de vecinos trabajaban en los talleres de Ascensores la Paloma ubicados en el polígono industrial Can Batlló, en la cercana calle Bordeta. Además, Martín Prats y su familia llevaban toda la vida residiendo en el barrio, y eran conocidas como personas generosas, amables y cercanas. Nadie daba crédito a esa detención y que se produjera desató todo tipo de rumores y opiniones conspiranoicas que empezaron a circular por el barrio, todas ellas con el denominador común de que nadie se creía que Martín Prats pudiera haber cometido ese acto delictivo.

Que todo coincidiera con un hecho fortuito ocurrido en la finca de la esquina norte de la Plaza Herenni desencadenó una sucesión de hechos que ahora, pasados los años, al evocar aquella singular historia que acabé por reconstruir contada por los propios protagonistas, me hacen abrigar el convencimiento de que las casualidades, a veces, existen y llegan oportunas y ligeras como el vuelo de una paloma.

LOS VECINOS Y LA AGENCIA DE DETECTIVES EL RAYO

La Plaza Herenni es conocida como la Babel de Hostafrancs: un cruce natural de culturas. Sentados en uno de los bancos de madera y debajo de una de sus seis farolas, un grupo de personas bien diferentes aún comentaban la noticia del día anterior sobre la detención del dueño de Ascensores la Paloma. La conversación era acalorada, pero mantenía la fiel convivencia entre payos, gitanos, latinos, marroquíes y otras etnias y nacionalidades que era el símbolo del barrio.

Pero en los bajos de la casa de la esquina norte se debatía otro discurso bien diferente.

—Es que siempre estamos con el mismo cuento del dinero —dijo Restituta con tono airado en mitad de la junta extraordinaria de propietarios que las circunstancias les habían obligado a convocar.

—Pues sí, la reparación de la luz de la escalera se nos ha chupado lo poco que quedaba en caja y el inmueble está hecho una pena, así que ya ves, así son las cosas. ¿Me explico? —contestó Benancio, que siempre acompañaba las frases con tibias inclinaciones de cabeza y, con excesiva frecuencia, con aquel latiguillo en forma de pregunta sobre su discurso.

A Benancio todos lo conocían por el Bena, quizá por el mero hecho de abreviar o por aquello de que todos tenían su apelativo propio, su segundo bautismo. Él era quien ejercía de presidente de la comunidad, presidente perpetuo. Una concesión y un presunto honor que le habían concedido los seis propietarios que, junto con él, habitaban las siete viviendas que componían el edificio. Un cargo

que se había ganado merced a sus constantes narraciones sobre su época en Detectives Suárez, donde su desempeño estaba, cuando menos, a la misma altura intelectual que la mostrada por Sherlock Holmes y, ocasionalmente, al nivel de la intrépida actitud de James Bond, en especial si la historia se tornaba internacional. Y claro, con estos antecedentes, ¿quién osaría discutir su capacidad y cuestionar esa perpetuidad en el cargo?

—Digo yo que alguna solución tendremos que dar al problema —concluyó Restituta y se levantó, cogió el bolso y añadió para todo el auditorio—: Bueno, ahora me tengo que ir, que he de recoger a mis nietas del colegio, que lo de la conciliación familiar debe de ser que los viejos nos ocupemos de las criaturas, como siempre, que para eso mi hijo y mi nuera son muy progresistas y a esta hora él está dando pedales, vaya usted a saber dónde y con quién, y mi nuera, en su imprescindible visita diaria al *gym* —añadió poniendo morritos. Luego, sin esperar réplica, continuó—: Pero de aquí a un rato vuelvo y ya me decís que habéis decidido y cuánto le toca pagar a cada uno. Y de paso, ya que estáis todos aquí, no olvidéis que este viernes tenemos partida de parchís —dicho lo cual, la mujer abandonó la portería.

El local en el que se celebraba el evento no era muy grande, pero, dada su falta de uso actual —la portera hacía años que había muerto y nadie ocupó su lugar—, venía bien para usos comunitarios como aquel. Así que, cuando se celebraba un evento similar, empujaban a un lado la mesa redonda del que había sido el salón-comedor de la difunta, para que sirviera de escritorio de presidencia al Bena, complementada con una silla de oficina giratoria Kristofer —proveniente del primer IKEA de la España peninsular abierto en Badalona— que en origen fue usada por la portera para sentarse tras el pequeño mostrador que servía de recepción y de separación entre el portal y la puerta de entrada al piso portería.

Aquella compra había sido una exigencia de una joven estudiante que, junto con dos compañeras más, ocupó en alquiler el ático antes de que lo ocupara Silverio. La niña era militante de la CUP y estudiaba para Técnico Superior en Prevención de Riesgos Profesionales, y ya se consideraba experta en la materia, con lo que

amenazó con organizar una buena si no se sustituía el taburete tipo bar, que desde siempre había ocupado el lugar, por un asiento con la ergonomía adecuada. Lo cierto era que la portera, sentada en aquella silla de grandilocuente nombre y que casi ni entraba en el espacio existente, apenas asomaba la cabeza por encima del mostrador.

Para completar la escenografía de la reunión, los vecinos colocaban las cuatro sillas de enea, con un cojín descolorido en el asiento, que habitualmente rodeaban la mesa mentada, y las dos sillas de formica supervivientes desde el pleistoceno en la exigua cocina del minúsculo piso en compañía de los muebles del mismo material.

Además de este, el uso habitual de las instalaciones era el de salón de juegos y tertulia literaria: semanales partidas de parchís, ocasionales de dominó y comentario de las novelas leídas —todas ellas del género negro en sus múltiples variantes, incluida la novela de espías— que se iban traspasando unos a otros, excepto a la Justina, que se las daba de ser igual que Perry Mason y, más que de leer, era de consumir series policiacas en la tele.

Tras las palabras del Bena, todos se quedaron en silencio, no sabían qué decir o nadie quería —o no podía— meterle mano al bolsillo para pagar, hasta que Feliciano, para todos el Feli, tomó la iniciativa, pero la de la queja y el lamento.

—Claro, la Restituta no tiene problema con la pasta, ya me diréis vosotros. Todos sabemos que, si vive en esta mierda de casa, es porque le da la gana. Si no, que se lo digan a su hijo dueño de una de esas empresas de cacharros para viejos.

—¡Hala!, ahora que se las piró, a criticarla —interrumpió Justina en tono de reproche—. Además, Feli, la casa será una mierda *pa* ti, pero bien que vives aquí. Y si supieras *toa* la historia de Restituta: sin padre, primero de enfermera y luego de farmacéutica *encargá* en la farmacia de la calle Condal. Y de remate con el marido *suicidao*. Y, *m'ijo*, a ti lo que te fastidia es que siempre adivina lo del veneno *utilizao* en las novelas cuando tú no sabes *na d'eso*. Bueno, ni tú ni ninguno. Así que menos criticarla.

Todos asintieron con la cabeza, menos Feli, claro, que aguantó el tipo con cierto aire de desdén.

—Vale, ¡merda! Tampoco me pongáis esa cara, que no he matado a nadie. Solo era un decir —se defendió al fin.

—Es que es lo de siempre: mucho criticar, pero, claro, tú no paras de contarnos las maravillas de tu tienda de fotos y los demás a aguantar con la boca cerrada —intervino Pilar famosa por sus historias de cuando trabajaba de cartera.

—La Pili *tie* razón. Además, Feli, ¿qué quedó de tu tienda…? ¿Qué dice el letrero?... Fotat, eso, ¿qué quedó de Fotat? —añadió con sarcasmo y todos sonrieron sin apartar la vista del aludido.

—Eso del letrero sí que tiene guasa: Fotat, que ya se sabe lo que significa —añadió Pilar.

—¡Vaya que se sabe! Hasta yo que lo del catalán lo tengo *mu joío* —remató Justina haciendo un esfuerzo por pronunciar la palabra con claridad sin que lograr otra cosa que remarcar la ausencia de la de. La sonrisa de todos se transformó en risa mal contenida—. Y tú, Pili, de cuando eras cartera, anda que no sabrás *de'so* ni *na* —añadió como si quisiera dar pie a que la vecina arrancase con una historia jugosa.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Pilar más bien molesta que motivada a la chanza.

—Pues que de historias de folleteo sabrás mucho, *m'ija* —contestó Justina.

—¡Pues buena me ha caído!, y todo porque os conté lo del del certificado del Pau Gasol en moreno…

—Si solo hubiera sido negro y alto… —apostilló Benancio sin disimular la ironía.

—Vale, me dio un vahído al verlo; pero es que abrió la puerta desnudo y con aquello colgando, que parecía la trompa de un elefante.

Ahora todos rieron sin disimulo, excepto Justina, que trató de contenerse: era asidua a La Capilla —el local de la Iglesia evangélica Wisconsin— y parecía que acabara de recordar la mojigatería que imperaba allí, que todo eso del sexo era pecado. Aunque ella, como

buena andaluza, era de las de hacer bromas de todo. ¿Qué había de malo en ello?, se decía.

Feliciano se recompuso en su silla; lo que había oído sobre su tienda no le hacía gracia. Allí todos sabían la versión oficial: que cerró obligado por el Ayuntamiento que proyectaba anexionar su local al solar colindante para convertir todo en un jardín. De aquello hacía mil años y todo estaba igual, pero más sucio. Al menos lo que le pagaron le dio para comprar esta ruina de piso sin hipoteca antes de que ejecutaran la orden de desahució que ya estaba al caer por no pagar el alquiler del piso de Mir Geribert; el negocio era una ruina.

Lo que no podía negar es que todos en el barrio conocían la historia del letrero de la tienda. Al principio, cuando la abrió y lo de la fotografía era un éxito, aquel luminoso era su orgullo, el rótulo con letras corpóreas en Helvética de color negro sobre una placa de plástico rígido.

=FOTOGRAFÍAS Y POSTALES FELICIANO=

Luego, la llegada de lo digital, los móviles y toda aquella mierda lo dejó al borde de la quiebra, y la misma ruina se contagió a varias de aquellas letras que se descolgaron primero, sin que el tuviera dinero para repararlas, y, varios años después, fue todo el letrero acabó caído tras un conato de tornado y arrinconado por él dentro del almacén con otros trastos inútiles. Para entonces, del otrora lustroso cartel solo quedaba el resto que llevaba cerca ya de un lustro de supervivencia.

= FOT---A--------T----------=

Y para entonces así había acabado llamando todo el barrio a su pequeña tienda reconvertida para mal sobrevivir en una especie de drugstore, donde podías encontrar desde un chicle a un preservativo, aparte del taller de fotografías y revelado que mantuvo más por orgullo y cabezonería que porque facturase un solo euro.

Tenía que cambiar de tercio, no fuera que todo se desmadrara y se deteriorara el que él consideraba su caché como fotógrafo famoso. Tomó la palabra para arreglarlo, y un poco más y lo empeora.

—Yo he dicho lo que he dicho porque, todos lo sabéis, la viuda siempre anduvo entre gente con pasta. El puestito de la farmacia le dejó una buena jubilación, o más si son ciertos los rumores de que media farmacia en verdad es de ella, y el hijo tiene mucho parné…

—¡Joder!, que viejuno eres —dijo Pilar que empezaba a estar hasta los ovarios de tanto sermoncito.

—… Así que cuesta entender que ella no quiera dejar esta casa —siguió con su disculpa Feli como si no hubiera oído nada. Aquello no evitó que Justina y Pilar torcieran el morro.

—El Feli tiene razón —se solidarizó Cipriano en calidad de miembro del llamado género masculino—. Es verdad, y no solo sigue en esta casa, sino que conserva su Seat 850 impecable a pesar de que no conduce, hace años que dejó de renovar el carné. Lo sé porque un día que tuve que llevar a la Paqui al hospital ella me lo dejó —aclaró, aunque nadie sabía quién era la tal Paqui ni les apetecía preguntar y darle pie a que siguiera con el rollo. Cipri, que era como todos lo conocían, decidió que no iba a dejar aquello así—. Pero, por mucho que ella vaya de experta, ya sabéis que yo llegué a ser un puntal para los jueces…

—Otra vez con esas —cortó Pilar.

—Bueno, yo solo lo digo porque, si la Restituta presume de ser una experta en venenos, yo lo soy en leyes.

—Ya, lo tenemos *mu* claro, nos lo has *contao* una *jartá* de veces, de memoria lo sabemos: eres un *enterao* en leyes y lo primero que hiciste en el *juzgao* fue ir con el juez a levantar el cadáver de un *destripao.* Y también nos has *contao* mil veces aquella vez del suicida, la que te tocó descolgarlo porque se había *ahorcao* —replicó Justina con desdén.

—Bueno, tú tampoco te puedes quejar de pasta, Justina —volvió a la carga Feliciano, que no parecía muy dispuesto a darse por vencido—. Y para que lo sepas, cuando lo del tipo que le sacaron las tripas a cuchilladas yo era un adolescente.

—¿Y ahora a cuento de qué vine si tengo o no tengo pasta? ¿Y es *chuminá* de que eras un adolescente? ¿Qué importa? —dijo la Justina, que seguía sentada en una de las sillas de formica con los muslos resbalándole por los bordes del asiento—. Y ándate con

cuidao con mentar al *descolgao* a *toas* horas*,* que suerte que no está aquí Restituta, que si no ya la hemos *liao*.

—Por nada, no lo digo por nada en especial —dijo Feliciano como si reculara, pero se lo pensó mejor y volvió a la carga con el tema del dinero—: Pero, collons!, digo yo que con lo caro que está el pescado algo caerá a la teva butxaca.

Hacía años, cuando murió su marido, a Justina le había quedado la casa de Vallvidrera y el usufructo vitalicio y la mitad de la propiedad de aquel piso de la plaza de Herenni que ya tenían de antes. La pescadería del mercado se la quedó Toñi, su hija, porque ella pensaba vivir de las rentas, del dinero que sacara de la venta de Vallvidrera. La venta fue bien, pero invirtió mal por culpa de su yerno y lo perdió todo. Al cabrón del yerno le costó el divorcio y a ella tener que agradecerle a su hija que la dejase volver a la parada del mercado a despachar por las mañanas y ganarse un dinero que le permitiera vivir.

—¿Por qué no te callas? —replicó Justina imitando la gloriosa frase que Juan Carlos I le soltó a Hugo Chávez hacía cerca de una decena de años en la Cumbre Iberoamericana—. Mi pensión no me da *pa na*. Y con *to* eso de los autónomos la cosa está *complicá* y mi niña se la juega con las inspecciones. No me toques las narices con eso. Además, yo vivo en el principal, o sea que lo del ascensor no va conmigo: como si anuláis la parada. Y si alguno de ustedes está tan hecho mierda que no da *pa* más, ya le subiré yo el carro de la compra, ¡que os veo a *toos* unos vejestorios *mu* flacos, ¡leche!

—Pues no pienses que con eso de vivir en el entresuelo te vas a escaquear del pago del arreglo del ascensor —espetó Silverio que ya estaba harto de callar y se decidió a intervenir por primera vez en el debate—. Bien que nos fastidiamos los demás aguantando día sí y día también el olor a col hervida que sale de tu casa y apesta toda la escalera —añadió el Mago, que era como allí lo conocían, ansioso desde hacía tiempo por escupir aquel reproche: odiaba aquella verdura que le recordaba a las penurias de su niñez.

Silverio parecía nacido para buscarse la vida, jamás había hecho otra cosa. De ascendencia gitana, había trabajado de todo hasta que lo contrataron en los talleres de Ascensores la Paloma. Allí se forjó

un nombre y un porvenir, y no solo llegó lejos en los talleres, sino en los asuntos de la oficina. Lo de Mago le venía de antiguo, de antes de los ascensores, de la época en que se había ganado la vida de payaso y fracasó estrepitosamente en su intento de hacer magia. Después se colocó de taxista y así siguió hasta que entró en los talleres de los ascensores. Siempre se movía en una moto con sidecar, una Zündapp-BMW que consiguió en el barrio chino de Barcelona en una apuesta con un tipo del ejército nazi que la había utilizado para huir cuando los aliados liberaron Lyon. La moto siempre merecía algún comentario jocoso en el barrio, aunque no exento de envidia: la aparcaba donde quería y no había grúa que se la llevase porque toda la Guardia Urbana le debía favores por la rapidez con la que les arreglaba los ascensores del cuartel o de los edificios donde vivían los que más favores le podían hacer.

Justina no contestó, se limitó a levantarse y pasear de un lado a otro. Iba vestida de negro de pies a cabeza: una blusa, dentro de la que le bailaban los enormes pechos, y una falda que no podía disimular su prominente vientre.

—Perdonarme, he de ir al lavabo, ahora vuelvo —dijo entonces Silverio y también se levantó, más que por una necesidad biológica, para huir de una discusión que, aunque él había colaborado en ella, ya no le apetecía.

Su ausencia sirvió para que se impusiera una pausa, como si esa salida marcara un receso en la junta de propietarios.

—El Mago siempre igual, y ahora tardará en volver —dijo Benancio al tiempo que miraba el reloj—. Tenemos que hablar sobre el problema del ascensor y dejarnos ya de discutir entre nosotros. El problema es grave, no creo que tenga que repetir que no hay dinero para pagar el arreglo. ¿Me explico? —preguntó con el mismo tono que si le hablara a un adolescente mal criado, luego miró el reloj de nuevo, no fuera que empezara el partido del Barça y todavía estuvieran dale que dale sin decidir nada. Aunque aquello no tenía solución, y menos, después de lo de Martín Prats. Puta suerte, él era el único que podía habérnoslo solucionado dándonos alguna facilidad para el pago, se dijo.

—Oye, Bena, ¿por qué dices que tardará en volver del baño? —preguntó Pilar como si no se hubiera enterado de nada de lo demás.

—Pues porque he oído más de una vez a alguno de sus compañeros bromear con que es de los que tarda tanto en salir del baño que debe limpiarse los dedos de los pies y las manos uno a uno.

Todos soltaron una carcajada al tiempo que entraba por la puerta Restituta de vuelta de recoger a sus nietas y devolvérselas a su hijo, que era el primero que había llegado de su vuelta ciclista a Cataluña.

—No sabía que mi presencia tuviera tanta gracia —dijo sin que quedara muy claro si hablaba con ironía o era eso exactamente lo que pensaba.

—Vale ya —interrumpió Benancio—. ¿Alguien tiene idea de qué podemos hacer para pagar la factura del arreglo del ascensor? De sobra sabéis que el asunto de Ascensores la Paloma lo complica todo, ¿no creéis? —nadie contestó—. Veamos que nos dice el Mago cuando vuelva del lavabo. ¿Me explico? —remachó con la precisión de lo inevitable.

Todos asintieron con la cabeza, con la esperanza con la que se aguarda la llegada de un milagro que te solucione la papeleta, aunque todos pensaban que, como siempre, Dios no vivía en aquella casa, ni siquiera en el barrio por más que estuviera cerca aquella congregación a la que Justina era devota.

—Es que lo tenemos jodido, pero al menos consuela saber que subir escaleras es sano, ¿o no?

—No digas sandeces, Cipri —intervino Restituta que se había acomodado en una silla—. Tú que eres tan sabio, un sábelo todo de leyes y abogados, ¿por qué no buscas alguna subvención o ayuda de la Generalitat? ¿O acaso no presumen de ayudas sociales?... Pues eso.

—¡Basta! No nos perdamos por los cerros de Úbeda y centremos el tema —zanjó Benancio justo en el momento en que Silverio volvía del lavabo.

—Bueno, ya veo que estáis dándole vueltas a la reparación del ascensor —dijo Silverio incorporándose a la conversación—. Mientras

estaba en el lavabo he pensado en algo que podemos probar para recaudar el dinero que necesitamos para pagar el arreglo. —Silverio paseo la mirada por los rostros expectantes de sus vecinos—. Todos sabéis que yo trabajé en lo de los ascensores, por eso os aseguro que el presupuesto que nos ha pasado Ascensores la Paloma está ajustado. Y no solo eso, Prats es un buenazo y, cuando se lo pedí, aparte de ajustarse, me dijo que yo podía ayudar en la reparación, que se fiaba de mí, que eso abarataría más el tema y que ellos firmarían la inspección sin costo —volvió a callar, esta vez para recuperar el resuello. Se palmeó los bolsillos, buscó el tabaco y las cerillas, pero finalmente decidió que no era oportuno fumar en aquel momento—. Pues bien, todo eso ya está descartado, no sirve de nada y se ha ido al carajo. No nos queda otra que pagar trinco-tranco. Esa empresa está en el ojo del huracán. Mejor dicho, la justicia se les ha metido por el ojo del culo y esta vez no se trata de la puñetera Hacienda que...

—Todo esto ya lo sabemos —cortó por lo sano Benancio—. Acaba el rollo y dinos de una vez qué propones.

Silverio se removió en su silla, se preparaba para exponer lo que había pensado, pero todavía era una mezcla de ideas que debía ordenar. Recordó su antigua manera de argumentar, cuando tenía que convencer a los patriarcas de que lo tomasen de palanganero y chófer en su juventud. Volvió a sacar el tabaco y esta vez encendió un cigarrillo sin respetar que estaban en un lugar cerrado y sin preguntar. En lo único que pensó es que así se daba tiempo para ordenar el discurso.

—Anda ya, arranca de una vez, que ya vale que tardes mil horas en mover ficha en el parchís, pero creo yo que será mejor que te expliques antes de que nos asfixies con el humo —terció Restituta, a la que ver el panorama le confirmaba lo de siempre: mucho hablar y nada de nada—. En fin, esto acabará en lo que ya sé yo: que no tenemos ninguna solución.

—Mira, Restituta, mejor que no sepas nada. Mírame a mí, creía que jubilarme era entrar en el paraíso, y ya ves, solo unos meses y cada vez la próstata me llama más seguido, y de paraíso nada de

nada. Así que, como dicen los míos, querida amiga, la vida es un camino lleno de sorpresas.

—¡Ostras!, Mago, arranca ya, y vosotros —dijo mirando a los demás—. Escuchadle de una pajolera vez y, cuando acabe de declarar, ya emitiremos sentencia….

—Collons!, Cipri, que esto no es un juicio. Tú siempre en plan abogado. Deja tú que se explique de una maldita vez —intervino Feliciano en dirección al aludido—. Mago, desembucha —añadió luego con un tono un tanto autoritario.

—Bueno, he pensado en cómo obtener alguna pasta…

—*¡Miarma!,* que estamos *jubilaos*. No nos irás a hablar de trabajar más, ¿no? Porque yo, además de *too*, pringo que no veas en la pescadería, ¡caray! —interrumpió Justina.

—No, Justina, no se trata de eso. Pero, si me dejáis, os lo cuento, ¿vale?

Todos asintieron con la cabeza, en especial Benancio, que lo hizo varias veces convencido de que, si el tío tardaba en salir del baño, no era por eso de los dedos, sino porque aprovechaba para pensar. Quizás él debería hacer lo mismo en lugar de cagar y leer al mismo tiempo.

—Mirad, aquí pasamos bastante tiempo jugando al parchís, alguna vez al dominó y comentando las tramas de las novelas negras o de las series de la tele, y siempre apostando por quién es el asesino, ¿no? —arrancó Silverio, sin prisa por llegar al meollo del asunto, y buscó con la mirada el asentimiento en el movimiento de las cabezas de los demás—. Desde que me enteré de la putada que le habían hecho al señor Prats, estuve seguro de que es tan inocente como la paloma de sus ascensores —calló ahora un segundo para comprobar que todos estaban atentos a su discurso—. *Ascensores la Paloma: orientación y visión, equilibrio y pasión*; para él eso es más que un eslogan escrito en las facturas o en los presupuestos, mucho más que lo que caracteriza el vuelo del ave que, además de dar nombre a la empresa, era su gran pasión. Bueno, supongo que lo seguirá siendo —mientras terminaba la frase, vio que el gesto de impaciencia en la cara de sus vecinos era cada vez más evidente—. En fin, que estoy seguro de que, si conseguimos averiguar la verdad

de todo eso, Prats hasta nos cambia el ascensor gratis. ¿Qué os parece?

Todos se removieron en sus sillas y Justina volvió a sentarse en la suya.

—*Miarma*, lo que dices es una *chuminá* —escupió Justina, aunque rápido se dio cuenta de que mejor moderaba su lengua—. Vamos, que eso es un imposible. ¡Ojalá pudiéramos hacer lo que dices!

—Justina, si nos organizamos, lo tenemos todo —dijo Silverio y, a continuación, fue dirigiéndose uno a uno a sus vecinos mirándolos directamente a los ojos y hablando despacio, rememorando su época de payaso—. Tú, Justina, eres como un Perry Mason. Tú, Benancio —obvió llamarle por su mote—, has sido un famoso detective a la altura de Sherlock Holmes —tras una pequeña pausa y, dirigiéndose a Cipriano, continuó—: Y tú, que sabes más de leyes que un abogado, nos puedes aconsejar en ese tema. Y tú, Feli —prosiguió—, no dejarás que nada se escape de tu cámara para demostrar lo que haga falta. Y, a ver, tú, Restituta, ¿qué decir de tu perspicacia? No sé si por lo de la farmacia o por qué, pero siempre adivinas el asesino. —Aspiró profundamente del cigarrillo y soltó lentamente el humo. La expectación flotaba en el ambiente—. Y, tú, Pili, que has vivido mil historias en tu trabajo de cartera, ¿crees que esto va a poder contigo? —nadie contestó, como si cualquier palabra fuera a romper aquella ensoñación—. Entonces, qué, ¿vamos a dejar que todos esos de los que nos pasamos la vida quejándonos tengan razón? ¿Somos unos viejos inútiles y acabados; unos cretinos que no servimos más que para votar a políticos corruptos, alimentar vagos, fregar suelos, cuidar niñas y, de momento, poner cachondo a algún degenerado? —añadió mirando a Pilar que era las más joven y que cada vez sentía más cerca esa presión de desaparecer—. ¿Vamos a continuar presumiendo de nuestras gloriosas actividades pasadas mientras durante horas jugamos al parchís, al dominó o hablando de detectives e historias de crímenes y de todo eso? ¿No vamos a ser capaces de mover el culo y averiguar quién es el malaje que ha organizado esto para que detengan a Martín?, ¿qué tratan de ocultar? Porque sí, estoy seguro de que todo eso es un trampantojo…

—¿Un trampan…?

—Venga, Pili, no te hagas la tonta, que seguro tú te has leído también la novela esa sobre las oenegés, la del Daussà, el autor ese que no paran de recomendarle a la Justina en la librería del mercado —Pilar no dijo nada y se limitó a sonreír—. Pues eso, que estoy seguro de que tapan algo y también de que nosotros podemos averiguarlo.

Tras las palabras de Silverio, se hizo un denso silencio, un mutismo extraño en aquel ambiente siempre bullicioso. Todos pensaban que, si pudieran volver atrás y borrar todas las exageraciones de las que llevaban años presumiendo por el simple hecho de hacerse valer, las borrarían. En definitiva, cada uno había tenido una vida vulgar, lejos de la etiqueta que cada cual se había colocado. Pero para Silverio el asunto no era solo arreglar el ascensor, se trataba de ayudar a un buen hombre, a un amigo. Se trataba de ir al fondo, de buscar el porqué se había desplomado el suelo de aquel ascensor, de entender que hacía el gordo usurero dentro de un ascensor destinado al uso exclusivo del personal del hotel. Además, todo lo que les había dicho era verdad: como todos, estaba harto de ser minusvalorado, ignorado o, casi peor, tratado con caritativa superioridad condescendiente. Así que, si le ayudaban, pues mejor, pero, si no, lo haría solo. Era lo mínimo que podía hacer por el señor Prats y por él mismo.

—¿Qué, se os ha comido la lengua el gato? —preguntó Silverio, al que su apellido, Cooper, ponía de manifiesto el origen romaní que ni su acento ni su aspecto evidenciaban.

—No es eso, Mago, es que, a pesar de ese discurso que nos has colocado, no es tan fácil. ¿Me explico?

—¡Joder!, Bena, que me digas eso tú que has sido como mínimo un Pepe Carvalho. ¿O es que no es verdad todo lo que nos has contado y ahora te rajas?

Para Benancio esas palabras fueron un disparo certero a su ego. Quizás había llegado el momento de contar que, en realidad, la puerta de entrada en Detectives Suarez la abrieron de una patada los abogados Nutier cuando se lo sacaron a él de encima. Pero, bien pensado, seguro que a todos ellos les pasaba lo mismo: presumían

de aquello que les hubiera gustado vivir. Así que, a lo hecho pecho, a la mierda los miedos y las fobias que le habían perseguido toda su pajolera vida. Qué leche, la idea no era tan descabellada.

—No me rajo, al revés, me parece una excelente idea. Tienes razón, nos pasamos la vida quejándonos y escondiéndonos entre el parchís, el dominó y los detectives de ficción. Pero, si lo hacemos, hagámoslo bien; en definitiva somos un equipo. ¿Me explico?

Todos cruzaron sus miradas. Si quien calla otorga, parecía que todos estaban de acuerdo. O nadie tenía narices para ser el guapo que se rajara.

—¡Ea! Yo me apunto —dijo Justina abriendo el fuego y todos los demás se fueron apuntando con entusiasmo.

—Pues bien —dijo Benancio que se había erigido en el líder indiscutido—, lo haremos, pero con unas normas básicas: la puntualidad; el compromiso en la misión; mantener la boca cerrada, en especial en el mercado —añadió mirando a Justina, que fue a contestar, pero se lo pensó mejor y no dijo nada—. En fin, quiero decir que, si la cosa ha de funcionar, será porque vamos en esto juntos. ¿Me explico?

Aquello, pensó Benancio, era lo que siempre le decía su jefe, el señor Suárez, que formando una piña entre todos era como al final se resolvían los casos. Pero claro, su mente decidió olvidar que aquellas palabras eran para que él no fuera de por libre y la cagara, como le decía que hacía siempre.

—*¡Pishai* ¡Qué ilusión!, somos como el equipo A, cada uno con su especialidad. Además, ¡leñe!, esto *pue'ser* un buen bisne, yo sé de muchos en el mercado con líos de cuernos, sisas y de *too* por el estilo. Si corro la voz, nos dará guita extra —añadió Justina que cada vez estaba más entusiasmada.

—¡Jopé!, que buena idea; en el mercado las noticias vuelan y los cotilleos más. La farmacia tampoco era mala cosa para enterarse de eso de los cuernos: viagras, condones, lubricantes, vibradores y otros juguetitos. Bueno, además de las recetas médicas, que también hablan. Más de uno del barrio acababa allí. Unos porque la farmacia no estaba cerca, así que pensaban que nadie los conocería, que no tropezarían con otra gente del barrio. Otros porque sabían

que yo estaba allí y necesitaban que les hiciera algún favorcillo. Si lo habló con los compañeros que siguen allí y que corran la voz, igual alguno nos cae —dijo Restituta que, aunque a ella lo del dinero le traía sin cuidado, lo de ser detective le ponía más cachonda que el sexo que tenía más bien olvidado por falta de práctica.

—Está bien, pero no vamos a poder legalizar esa sociedad.

Todos rieron y miraron a Cipriano, pero sin contestarle: no lo podía evitar, siempre tenía que sacar a pasear al abogado. A ver qué decía cuando se planteara lo de cobrar en negro que ya tenían en mente la mayoría como lo mejor; lo más rentable.

—El local ya lo tenemos, este mismo, aquí, donde jugamos al parchís. Le damos un toque de oficina y ya está. Pero hay que buscar un nombre, ¿no os parece? —dijo Feliciano dispuesto a participar y aún con el desastre de su letrero metido en la cabeza—. Pero nada de cartel con letras corpóreas, ¡eh!

—No, Feli, no. De letrero, tarjetas y esas cosas olvídate de momento, ¿o es que quieres que hacienda nos joda para empezar? Aunque, eso sí, pensaremos en un nombre y, en el futuro, ya veremos —dijo Silverio.

—Vale, tiene razón el Mago —concedió Benancio—, empecemos por el nombre. ¿Qué os parece Detectives Senior? —ninguno contestó, pero sus caras hablaban por ellos—. Y Agencia de Detectives Hostafrancs, ¿cómo lo veis?

Todos siguieron mostrando poco entusiasmo; a nadie le gustaban esos nombres. En especial lo de senior: ¡menuda gilipollada!

Durante un rato cada uno fue soltando un nombre tras otro a cuál más disparatado. Ninguno conseguía el consenso de todos, hasta que de golpe Silverio recordó algo.

—¿Qué os parece Agencia de Detectives el Rayo? —preguntó y, cuando vio las sonrisas en la mayoría de las caras, añadió con énfasis—: El rayo soy, donde me llaman voy.

El eslogan no era original y el Mago lo había visto hacía años al ir a reparar un ascensor a las oficinas de una agencia de transporte, no recordaba cual. Total, ¿qué más da eso ahora?, se dijo.

Cuando minutos después la junta de propietarios se dio por concluida, la Agencia de Detectives el Rayo, la más singular que

jamás se hubo conocido, había quedado constituida y, aunque su cliente aún no lo supiera, ya tenían un caso que investigar.

EL MUERTO CON LOS PIES COLGANDO

La competición de parchís solía transcurrir los viernes, pero el siguiente a la junta era víspera de San Jordi y Justina les había conseguido unas entradas para asistir a la cantada de habaneras que se celebraba en el centro cultural Els Propis, así que decidieron pasar el parchís al lunes.

Además de lo particular del cambio de día, otros aspectos hicieron que todo fuera singular: las discusiones sobre el retraso en mover el cubilete o sobre lo cansino que era repetir que un seis obligaba a abrir puente o que dos seises seguidos era muerte segura; lo pesado que resultaba insistir en que no se podía guardar lo de contar diez al meter ficha, o aquello otro de que cambiar el dado en plena partida no estaba permitido, o que ficha tocada no tenía vuelta atrás. De todo aquel «que si esto que si aquello» nada estuvo presente.

Tampoco tras las partidas acudió a la cita el eterno debate sobre las novelas negras que todos leían como si de un anárquico club de lectura, carente de orden y concierto, se tratase o la crítica pasional de las series televisivas de las que, en especial Justina, también eran, más que adeptos, adictos.

Por su puesto, por un día, las quejas sobre la política, las pensiones, las ocupaciones de pisos o las listas de espera sanitarias y otras mierdas familiares permanecieron aparcadas.

Toda la cháchara habitual quedó suplantada por las opiniones sobre la Agencia de Detectives el Rayo. Lo que había acudido más raudo que su lema, aquello de *El rayo soy, donde me llaman voy,* había sido la impresionante colección de dudas que les preocupaban en distintos grados y formas, hasta que después de varios días casi todos pensaban que quizás se habían metido en un monumental lío

para el que, en especial los otros —siempre los demás—, no estaban preparados: una cosa era leer un relato, ver una serie, incluso vivir una experiencia según venía, y otra bien diferente era saltar al escenario. Pero claro, a ver ahora quién era el guapo que se rajaba.

Feliciano, que había perdido estrepitosamente varias de aquellas partidas, a cuál con peor resultado, incluidas esas en las que cualquiera hubiera dicho que eran las pertinentes para desquitarse, pensaba que lo de la revancha debía haberlo inventado alguna mente oscura. Y por aquello de que una cosa lleva a la otra, se dijo que igual lo de los detectives iba a ser peor que un mal desagravio.

—Encontrar pruebas que exculpen al de la Paloma no va ser tan fácil. Eso si es que es inocente —dijo Feliciano

—¡Caray!, Feli, tú siempre tan optimista. Ya sabes, si dices que va a llover, pues posiblemente llueva. ¿No quedamos en que formamos un equipo compacto? ¿Me explico? —intervino Benancio.

—Es verdad —se sumó Restituta—, no es que seamos los de *Misión Imposible*, pero todo se puede andar.

—¡Mujer!, no nos pasemos. Míralos, ¿ves por aquí a algún Tom Cruise? ¡Qué más quisiera yo tener ese queso cerca! —añadió Pilar con ironía.

—¡Anda ya!, tú ni queriendo te ibas a comer ese queso. ¡Si ni siquiera has podido con alguno de esos negratas bien dotados que te has encontrado repartiendo cartas!

La carcajada fue general, incluso la propia Pilar se sumó a las risas.

—En serio, vamos a esperar a ver qué nos dice el Mago cuando vuelva. Sé que ya está trabajando en eso. ¿Me explico? —insistió Benancio muletilla incluida.

—¿Y no esperamos a la Justina? —preguntó Restituta que parecía empeñada en el lado negativo, como uno de aquellos periodistas que hacía años habían convertido en míticas las palabras de Louis Van Gaal: siempre negativo, nunca positivo—. El mercado está a punto de cerrar y me ha dicho que viene para aquí.

Nada más acabar de decir eso, fue Silverio quien entró por la puerta.

—Hola, Mago, ponnos al día sobre lo que has averiguado del ascensor. Si tienes alguna cosa —animó Benancio y todos se sumaron expectantes. Ya nadie opinó que había que esperar a que llegara Justina del mercado.

—Mirad, la cosa no es tan fácil. De momento, con unos *gin-tonics* y cobrándome algunos favores, me he enterado de que antes de todo el follón andaban jodidos de liquidez. Les habían adjudicado un concurso importante, pero hasta cobrar la primera certificación de obra no empezarían a tocar pasta. Ya andaban endeudados por unos impagados que tuvieron y ningún banco les daba un euro. Así que recurrieron a un préstamo del Babas, el gordo usurero muerto en el ascensor —narró Silverio con suficiencia y les observó a todos con complacencia por lo bien que lo estaba haciendo—. Pero con la pasta del primer cobro que les transfirieron el mismo día de la caída del ascensor les sobraba para devolver el préstamo sin problema. De hecho, para cuando detuvieron a Martín, ya lo habían pagado e incluso habían cancelado alguna de las pólizas de crédito de los bancos —remachó Silverio ante las primeras muestras de desánimo que aparecieron en las caras de su auditorio—. Así que lo del móvil que pretenden colgarle de entrada no se sostiene y que, como alternativa, hablen de reparaciones defectuosas, repuestos de mala calidad u otras mierdas que apuntan a una negligencia homicida no lo veo nada claro. Vamos, que tengo razón: ahí hay gato encerrado.

—Muy bien, Mago, buen trabajo, aunque eso no sé si despeja el camino, siempre pueden decir que, con lo mal que paga la Administración, no se creyó que iba a cobrar tan pronto, y que menos se lo creyó el usurero y le presionó, y que para cuando tu exjefe quiso parar la cosa ya era tarde, y bla, bla, bla. Vamos, que el señor Martín Prats sigue jodido y lo del préstamo me sigue pareciendo un móvil suficiente —dijo Cipriano que parecía sumarse al bando negativista.

—¡Ya estamos con que si la abuela fuma! Es que tú siempre con tus deducciones de abogado —respondió Restituta, que le tenía cierta manía a Cipriano desde siempre; no le gustaban ni los abogados ni los jueces. Así que se cambió ahora al bando de los positivos.

—Mira, Cipri, tú que estás tan metido en los juzgados podrías hacerte con el sumario del caso, al menos leértelo —dijo Pilar más pragmática.

Cipriano se quedó callado, lo que le pedían era un marrón; nada fácil. Menuda le había caído, muchos colegas ya estaban jubilados, pero no podía escaquearse si no quería caer en el ridículo más absoluto. En fin, lo haría, pero tenía que vender el asunto como algo mucho más complejo, solo así se pondría una medalla, la de oro. Tenía que maquillar la minuta facturando humo, como estaba cansado de ver hacer a los abogados.

—Os tengo que decir que una instrucción cerrada necesita mantener la confianza en el sistema judicial y proteger los derechos de las personas —comenzó Cipriano—. Y en esta está declarado el secreto del sumario. Esto implica que no se puede compartir información más allá de lo determinado por el instructor. Hacerlo puede dar lugar a consecuencias legales —concluyó remarcando la última palabra.

—¡Joder!, tú siempre igual, hablando como un abogado. ¡Aterriza ya de una puta vez a la vida! Y no me vengas con esas monsergas. ¡Coño!, que todos sabemos de las filtraciones diarias de los sumarios a la prensa —dijo Silverio con un tono un tanto enérgico y todos le miraron asintiendo con la cabeza.

Cipriano se vio pillado, impotente para rebatir ese discurso, y prefirió permanecer callado. Ya empezaba a barajar colegas conocidos a los que atacar con eso.

—Es que hay cosas que no me cuadran. ¿Por qué estaba el Babas en el Hotel Artes? —intervino Pilar de nuevo—. ¿Y por qué utilizó el ascensor de servicio? Es que no lo entiendo. Además, ¿qué coño hacía allí y a esa hora tan temprana?

En ese momento entró Justina y se sentó callada para no interrumpir, pero no por mucho rato: no soportaba callarse lo que había descubierto. Además, tenía que aclararle un par de cosas a Pilar, que parecía tonta del culo y la única del barrio que no conocía la respuesta a la mayoría de aquellas preguntas.

—Pili, tú mucho tropezar con negros de minga… bueno, ya sabes lo que quiero decir, pero no te enteras de *na*. *To* Dios sabe que el

Babas, el usurero gordo y baboso, se lo hacía con la Collares, y que se lo montaban en un hotel. No sabíamos en cuál, pero ahora es evidente: en el Artes. Los miércoles ella desaparecía del mercado y…

—¿Quién es la Collares? —preguntó Pilar, que en verdad parecía que no se enteraba de nada, aunque estuviera un poco molesta por el comentario de la vieja pescadera, que no tenía ni idea de la cantidad de tíos de todos los colores que había tenido ella entre sus piernas.

—Pues quién va a ser, la Trini, la del puesto de Frutas Pujol; que siempre va tan cargada de anillos y collares que se parece a Carmen Polo...

—¿Quién? —interrumpió Pilar.

—*M'ija*, no presumas de joven, que tampoco es *pa* tanto —dijo la pescadera y siguió sin que quedase claro que la cartera supiese que la tal Carmen era la mujer de Franco—. La tía bien se pavonea de las joyas que todos sabemos quién se las compraba. *¡Joer!,* que no somos idiotas. Y lo del ascensor de servicio sería un truco para que no les viera nadie, digo yo —concluyó Justina paseando la vista por los presentes—. Bueno, pero yo lo que quiero es hablaros de otro asunto que nos hará famosos; fijo que salimos en TV3.

—Justina, antes de que empieces. La tarta de cumpleaños que han amasado con la historia del ascensor del Artes la tengo yo metida en el horno. Así que espero que nos la comamos nosotros —dijo Silverio para no perder el protagonismo, con esa estúpida metáfora de aromas gastronómicos y pretensiones cultas—. Y ahora dinos tú qué tienes que contarnos tan urgente y nos va a proporcionar fama, y dinero, supongo —concluyó sentencioso.

Ella se resituó en la silla, sin prisa; había leído en alguna novela que los silencios bien repartidos eran básicos para mantener la tensión del relato. En las series siempre había algún listillo que lo hacía, en *Crimen en el paraíso* jamás fallaba eso al final para resolver el caso con todos presentes. Así que optó por hablar despacio.

—Ayer domingo, estaba yo con la Miquelina, eran ya las tres de la mañana…

—¿Y qué hacíais a esas horas? —interrumpió Silverio.

—¿Pues qué íbamos a hacer? Somos viejas y dormimos poco: charlábamos de nuestras co…

—¿La de la calle Ermengalda, esa que tira el tarot y adivina el futuro? ¡Menuda golfa! —cortó Feliciano como si continuara dándole vueltas al nombre—. Yo la tenía de vecina en la tienda y sé quién la visitaba… Bueno, por allí desfilaba todo el barrio. Entre ella y el cachondeo de los viernes noche me tenían frito.

—*¡Joer, miarma!,* si no van a dejar de cortarme, mejor me callo —aunque habló en plural, miró a Feli que no contestó, Justina regresó a la carga—. ¿Entonces, qué, Feli?, ¿me vas a dejar hablar? —tampoco ahora hubo respuesta—. Y sí, *pa* que te enteres, hablo de ella, la misma que ha *ayudao* a mucha gente con eso de las cartas. ¿Ahora puedo seguir o qué?

—Justina, no hagas caso y sigue. ¿Me explico? —terció Benancio.

—Gracias, Bena. Pues que era más que tarde y oímos ruido. Nos asomamos al balcón, su casa da justo enfrente del terreno ese de los botellones y de lo que no lo son, *toos* los viernes y más días. Ya sabéis de qué hablo —calló y, con toda la parsimonia del mundo, se sirvió un vaso de agua.

Restituta tampoco tenía ni idea de que hablaban. Lo de los botellones no le extrañaba, pero de eso otro de lo que parecía que todos estaban al tanto no tenía ni idea. Pero no pensaba preguntar, ya vería el modo de enterarse. Entretanto, examinó a la pescadera como si tratara de radiografiarla. Justina vestía un jersey ajustado sobre unos pechos tan caídos y abiertos hacia los costados que delataba que, sin duda, no llevaba sujetador. Vaya facha, da pena. No sé cómo no le da vergüenza, pensó la farmacéutica.

—A lo que iba —arrancó Justina de nuevo—. En la calle no había ni un alma, pero de pronto vimos a un tipo moviéndose dentro del solar *cargao* con uno de esos sacos negros en los que envuelven a los muertos y me fijé en que asomaban dos pies colgando. Así que de verdad tenía que ser un fiambre, pero debía ser muy *delgao*, porque el tío lo llevaba al hombro tan ricamente, sin esfuerzo, sujeto con un solo brazo, porque bajo el otro llevaba un paquete, como una caja de zapatos o algo así. Al poco dejó los dos bultos en el suelo y se largó.

—¿Le viste la cara? —preguntó Benancio rompiendo el suspense que se había creado.

—Ayer domingo aún había luna llena, así que lo vi *to* perfectamente, pero cuando se dio la vuelta, una nube con *mu malafollá* oscureció *too*. *Pa* cuando despejó, el tipo se las había *pirao*.

—Lo que os dije antes —intervino Feliciano de regreso a lo suyo—. Quina merda! Aquello tenía que ser un jardín, pero sigue siendo un solar abandonado, y tela marinera... Ya entonces los vecinos me comentaban en la tienda que estaban hasta los huevos de los viernes.

—¿Qué pasaba ahí los viernes? —preguntó al final Restituta que no aguantaba más la intriga—, porque creo que está vallado para que no entre nadie.

—Sí, está tapiado, pero es igual, entran. Imagino que saltan la valla. ¿Y qué va a pasar?, que los fines de semana, y no solo, lo mismo se organiza un botellón, que andan drogándose o haciendo pajas y mamadas para pagarse la dosis. Lo mismo da tíos que tías, o lo que sean —aclaró Feliciano para que no lo tacharan de machista—. Los vecinos a fastidiarse y no dormir.

—No lo entiendo.

—Pues es muy simple. Pero a ver, ¿qué no entiendes, lo de las pajas o lo de las mamadas, o que es igual el «género» al que pertenecen?

Todos rieron, pero Justina retomó el relato antes de que la cosa acabara por irse por los cerros de Úbeda o, más propio, por las verdes praderas.

—Bueno, ¿hacemos algo o no? Digo yo que sí, que *pa* eso somos una agencia de detectives, ¿no?

La duda y el desconcierto fueron oscureciendo las caras al igual que a aquella hora las sombras ya oscurecían las fachadas.

—Veamos —intervino Benancio asumiendo el mando, que para eso era el presidente de la comunidad—. Yo propongo que nos reunamos esta noche a las doce en la tapia del solar, entremos y busquemos al muerto. ¿Estáis de acuerdo? —dijo con firmeza, quizás para autoconvencerse de que, yendo todos, el miedo se repartía, y

miedo repartido era menos miedo. Aunque se equivocara al pensar eso.

Aquellas palabras del líder fueron la señal de salida para que todos se lanzaran a hablar a la vez, cortándose los unos a los otros en un galimatías ininteligible. Que si unos iban a llevar una linterna, que si otros sugerían ir de negro y mejor con sudaderas y encapuchados, y que si algunos proponían llevar guantes. Justina, en *petit comité* con las demás mujeres, apuntó que lo mejor era que llevaran pantalones, no fuera que al saltar la tapia se les vieran las bragas. Lo dicho, un guirigay que al menos consiguió que cada uno se sintiera pieza imprescindible en aquella primera misión imposible que nadie les había encargado, pero que los lanzaría al estrellato.

Al cabo de un buen rato, concluido el debate sobre el plan de acción en el que cada quien defendió su propuesta y dedicó más tiempo a destruir la de los otros, Benancio dio por acabada la reunión. Pero surgió un problema.

—Entonces, quedamos todos a las doce. No olvidéis nada de lo dicho y recordad: fuera de aquí, esta misión no ha existido. Para el caso como si se autodestruyera. Ahora pongamos todos los relojes en hora.

Todos se miraron la muñeca y no faltó quien pusiera cara de póker.

—¡Vaya!, la mitad no lleváis reloj… ¡Hay que joderse!... ¡Si que empezamos bien! Bueno, da lo mismo, mirar la hora en la tele o en el teléfono. Y ya sabéis, a las doce en punto; la puntualidad es parte del éxito. ¿Me explico?

Ya pasaban diez minutos de las doce. Entre todos, finalmente habían logrado arrimar el contenedor amarillo de los envases a la tapia del solar, y Benancio había subido y vuelto a bajar para dar las instrucciones pertinentes.

Faltaban Feli y Justina, que aún no se habían presentado. Los demás estaban nerviosos y cada cual metido en la piel de Pepe Carvalho, Kinsey Millhone, Sherlock Holmes, Miss Marple, Montalbano o Petra Delicado.

—Bueno, hemos tenido suerte: justo detrás de la tapia hay una montaña de cascotes que sirve de escalera y permite bajar con facilidad. Id tranquilos y, sobre todo, no alzad la voz. ¿Me explico?

—Cuando estemos dentro, con mi linterna será todo más fácil —añadió Restituta que, de una u otra manera, no quería quedarse al margen de la planificación. Aunque lo que más le preocupaba ahora era que no había hecho caso a Justina en el vestuario y estaba claro que, por no llevar pantalones, al alzarse al contenedor todos le verían las bragas. ¡Maldita sea!; tengo que lograr saltar la última.

—¿No esperamos al Feli y a la Justina? —preguntó Pilar, que llevaba un maillot ajustado de color negro. Con su característico pelo corto, su delgadez y sus movimientos rápidos como latigazos, parecía una gata.

—Somos detectives, y ya sabéis lo de la puntualidad —subrayó Benancio señalando acusador a Justina que se acercaba en ese mismo momento, como si la pregunta de Pilar la hubiera convocado—. Justina, ya pasa cerca de cuarto de hora de las doce. ¿Es que no tienes reloj? —preguntó con sarcasmo, pero sin su habitual muletilla.

Justina hizo oídos sordos al reproche.

—*¡Miarma!,* yo no tengo la culpa de que la peli de Montalbano acabe más tarde —dijo como si tal cosa.

—Bueno, dejemos eso —concedió el aludido—. Primero subirá Restituta…

—Yo prefiero pasar la última, si no te importa. Es que creo que será más fácil que me alcen desde arriba del contenedor a que me empujen desde abajo.

—Vale, pues primero alzaremos a Pili, después a Justina y luego subiremos nosotros: el Mago, el Cipri y yo; luego Restituta, que quiere ser la última.

De este modo fueron subiendo, luchando para no perder el equilibrio y caer por la inestabilidad del contenedor. Una vez arriba, las dos mujeres bajaron al solar por la montaña de cascotes. Tras ellas llegó Benancio y esperaron a los demás observando la parte alta de la tapia por donde aparecía y desaparecían las cabezas del Cipri y el Mago afanados en elevar a Restituta.

Cipriano y Silverio estaban sobre el contenedor e intentaban alzar a la mujer, pero aquello se movía demasiado y amenazaba con tirarlos al suelo. De manera que el Cipri saltó de nuevo al suelo, la cogió por la cintura y la empujó hacia arriba al tiempo que trataba de tirar de ella. Restituta pesaba tanto, que también aquel intento fue inútil y Cipriano se vio obligado a apoyar la cara en el culo de ella para ayudarse y ocurrió lo inevitable: un primer plano de toda la ropa interior de la vecina.

En esa tesitura, por la mente del Cipri pasó como un rayo que la vieja farmacéutica todavía se merecía un buen repaso y notó el regreso de un cada vez más ausente hormigueo en la entrepierna. Enseguida, con una ligera sacudida de la cabeza, abandonó tales ideas; la *Misión Imposible* era cosa seria y no iba a cagarla con asuntos improcedentes.

Por fin, mientras el Mago ya esperaba en la cima de los escombros, los dos acabaron encima del contenedor y listos para unirse a los demás y culminar la primera parte del plan.

—Cipri, salta tu primero —le dijo Restituta lanzándole una mirada que lo envolvió de pies a cabeza hasta que se detuvo en la bragueta del pantalón que lucía una aureola amarillenta, que le hizo pensar a ella que hacía meses que aquella prenda no había pasado por ninguna lavadora.

—Vale, lo que tú quieras.

Cipriano se sentía incómodo con aquella ropa; había buscado algo negro y solo encontró unos tejanos, sucios y viejos, y una camiseta que apenas le ajustaba. Pero todo era negro no fuera que hiciera el ridículo con ropa de otro color. Las deportivas eran blancas, no tenía otras, pero eso casi ni se veía.

Al alzarse hacia el filo de la valla, los pantalones se le escurrieron y, con la colaboración de la camiseta en exceso corta, la cinturilla elástica de los calzoncillos y el principio de la desagradable raja del culo quedó al descubierto. Él se dio cuenta del desaguisado, pero, sabrá el diablo porque retorcida idea, pensó que mejor que ella mirase. Que disfrute, iré más despacio.

—¡Cipri!, por el amor de Dios, date prisa para que suba yo. Esto no para de moverse —espetó Restituta, aunque no sin perder ripio

del espectáculo que se le presentaba a pocos centímetros de su cara.

Era ya casi la una menos cuarto cuando finalmente todos se reunieron en el solar.

—Señores, ahora yo me encargo de alumbrar y empezamos a buscar —dijo Restituta desobedeciendo la norma de no alzar la voz, con el propósito manifiesto de asumir el protagonismo. Pero al pulsar el interruptor con gesto melodramático, la linterna no funcionó y todos pusieron cara de circunstancias.

—Restituta, ¿has comprobado que tenía puestas las pilas? —preguntó Benancio con la sospecha de que ese era el problema.

Cuando ella, tras comprender que Bena estaba en lo cierto y que se había olvidado de las pilas, rezó esperando que la tierra se la tragase, dos sucesos la salvaron del ridículo.

Se oyó cómo paraba el camión de la basura al otro lado de la tapia y, bien alto y claro, cómo los operarios se cagaban en los graciosos que habían movido el contenedor que ahora tendrían que recolocar en su sitio.

Como si se hubieran caído al interior de un lago glacial, todos se quedaron helados: habían entrado en el castillo, pero alguien tiró la llave por la ventana y a ver quién era el guapo que salía de allí.

La maldita idea de Benancio de usar el contenedor ya no parecía tan buena. Ahora se trataba de encontrar la manera de escapar. A ser posible, una que no pasara por llamar a los municipales y quedar en el más absoluto de los ridículos, además de tener que dar mil explicaciones a cuál más absurda. Lo del muerto no era como para andar pregonándolo entre la autoridad competente ni parecía ahora lo más importante.

Invadidos por un silencioso desconsuelo más oscuro que la noche y que ya duraba varios minutos, vieron la luz de una linterna que se dirigía hacia ellos seguida de una figura blanca como la sábana de un fantasma. Todos se quedaron inmóviles: ellas cogidas de la mano y ellos hombro contra hombro.

Ya estaban luz y fantasma a pocos metros cuando sonó la inconfundible voz de Feli.

—Collons!, sí que habéis tardado, llevo rato esperando.

—¿Menudo susto nos has dado, cabrón? ¿Cómo has entrado? —preguntó Benancio molesto.

—Fácil, bufar i fer ampolles. Por un agujero que hay en la tapia más abajo. ¿O es que os creéis que los de las fiestas de los viernes se dedican a saltarla?

—¡Joder!, ¡serás cabrón! —insistió con el apelativo el Mago, que vestía un viejo smoking de cuando hacía magia porque era lo único que había encontrado de color oscuro—. Nos lo podías haber dicho. ¿O es que te daba vergüenza que supiéramos que conocías muy bien el sitio? —añadió sin disimular la intención de sus palabras.

Todos rieron y, en un momento, se olvidaron de las tribulaciones pasadas encima del container.

—Mira, Mago, no em cardis. Ya os avisé, pero nadie me hizo ni puto caso, todos estabais a vuestra bola, a vuestro plan perfecto. Y te diré una cosa, tío, nada más ridículo que tú con ese smoking y esa botella de agua colgando. Yo no necesito pagar por ciertas cosas ni me mato a pajas, como seguramente haces tú. Me sobran las tías, tío listo —dijo sin mucho recato y sin cortarse por la presencia de las damas.

El ambiente había subido muchos decibelios, tanto que, si aquello no se paraba, toda la misión se iba a hacer puñetas o a freír espárragos o a brasear calçots, que lo mismo daba.

—Bueno, bueno, tengamos la fiesta en paz —cortó Benancio agitando los brazos arriba y abajo pidiendo calma—. Dejémonos de peleas y voces y vamos a buscar al muerto. ¿Somos o no somos un equipo de detectives? ¿Me explico? —concluyó un segundo antes de pensar que era imbécil, que, si todo hubiera acabado allí, mejor, que a saber en qué marrón terminaba lo del fiambre que había visto la Justina por la ventana.

Cipriano, por su parte, esperaba anhelante observar la cara de miedo cuando todos vieran el muerto; iba a disfrutar de lo lindo. Aunque quizá a Benancio no le impresionara tanto, en cualquier caso, estaba seguro de que él tendría que asumir el mando dada su experiencia.

El solar era grande, sin más vegetación que cuatro pinos medio muertos. La parte sur, aun oculta por la oscuridad, se notaba que

era una zona trabajada por las máquinas: llana y diáfana. La zona próxima a las paredes de la tapia que daban a la calle estaba toda llena de desechos de todo tipo: neveras, televisiones, lavadoras, muebles, restos de obras, lavabos, inodoros, piezas de coches. Todo estaba amontonado de cualquier forma, sin duda porque al ser arrojadas por encima de la tapia el azar era su único orden.

Caminaron guiados por la linterna de Feliciano y por la inmejorable referencia de su camisa blanca. No mucho más lejos del punto de salida, tuvieron que parar porque Cipriano se torció un tobillo al pisar una encimera grasienta y no pasó más gracias a que Silverio le agarró antes de que se pegara el gran tortazo. Cojeaba, pero no parecía nada tan grave como para abandonar. No tardaron mucho en encontrar lo que buscaban guiados por la perpendicular de la ventana de la Miquelina.

Nada más hacerlo, todos se quedaron convertidos en estatuas de sal: ante ellos, en el esperado saco negro mal cerrado del que sobresalían dos pies, se guardaba, a juzgar por el inconfundible aspecto de aquellos apéndices, una muñeca hinchable.

Tras el asombro inicial, y luego de que Benancio descorriera unos centímetros la cremallera dejando a la vista la peluca rubia y la cara gomosa de labios abultados de la muñeca, no sabían si ponerse a reír o a llorar; y Justina hubiera deseado desaparecer abducida por un platillo volante.

Mientras la pescadera trataba de reponerse del tremendo chasco, alguien se fijó en que al lado del saco yacía una caja de cartón, seguramente la misma que ella había comentado haber visto abandonar en compañía de la poco humana muerta. Estaba cerrada de cualquier manera.

—Pili, tú, que sabes de paquetes, recoge ese y veamos que tiene dentro —ordenó Benancio otra vez imbuido en su papel de líder, aunque la atribución de la especialidad aludida para abrir la caja resultara más una idiotez que un chiste.

A Pilar maldita la gracia que le hizo que le diera órdenes, ni por lo pretencioso ni porque ella hubiera tenido esa profesión: ¿qué carajo tenía que ver ser cartera con aquello? Pero ahora no se trataba de

arrugarse, de modo que recogió el paquete y, bajo la luz de la linterna de Feli y la mirada de todos, procedió a abrirlo.

—Pero… ¡santo Dios! ¿Qué coño es esto? —exclamó Pilar mientras veía una tras otra un grupo de fotos de niños desnudos que había sacado de la caja.

—Vaya, parece que el follador de muñecas es además un pedófilo —dijo Benancio poco entusiasmado con el cariz que tomaba aquel asunto.

—Es que lo de la muñeca ha sido una marranada graciosa, pero esto es diferente. Algo habrá que hacer, ¿no creéis? —dijo el Mago dirigiendo a todos su pregunta.

Nadie contestó. Quizá paralizados por el asombro, ni siquiera hicieron algún gesto de reprobación. Solo Justina, algo alejada del grupo, no paraba de salmodiar. Restituta, pensando que era por haber confundido una muñeca con un muerto, se acercó y la cogió cariñosamente del brazo.

—No sufras, no te apures. Eso de confundir la muñeca con un fiambre nos podría haber pasado a todos. Tú hiciste bien en contárnoslo.

A pesar del esfuerzo de su vecina, Justina continuó con su respiración acelerada y el constante aleteo de la nariz que delataba su estado de agitación.

—Gracias, Restituta, pero no es eso. Lo que me mata es ver *toa* esta basura y recordar la *cantidá* de guarros que asoman a la luz un día tras otro. Hasta los curas, mira *toas* las mierdas que el Vaticano ha *callao* durante años… ¡Que Dios me perdone por lo que pienso que les cortaría a esos cerdos! —dijo y se persignó varias veces seguidas—. *To* esto se lo tenemos que llevar a don Julián, yo misma puedo llamarlo después.

—No sé de quién me hablas, ¿quién es ese hombre?

Justina iba a decirle que, si fuera más a la iglesia, sabría de quién hablaba, pero no quiso sembrar más cizaña.

—El pastor de mi iglesia, *m´ija* —se limitó a contestar.

A todo esto, el resto del grupo había dejado la caja en el suelo y habían hecho un corrillo para escuchar la conversación de ambas mujeres. Justina apenas había callado cuando sonó un teléfono.

Todos se miraron intrigados por un instante, hasta que comprendieron que el sonido provenía del interior del saco donde estaba la muñeca hinchable.

Ahora todas las miradas se posaron en Benancio: si él era el jefe, él era quien tenía que descolgar inmediatamente el teléfono y eso hizo: terminó de abrir el saco, localizó el teléfono y se lo puso en la oreja al tiempo que pulsaba la pantalla.

—Sí, diga… Me ha colgado —dijo un segundo más tarde, al tiempo que separaba de nuevo el teléfono de su oreja—. Creo que era una mujer y que ha dicho algo de un tal Julián, pero ni la he entendido bien ni me ha dado tiempo a decir nada.

A Justina, oír el nombre que ella misma acababa de pronunciar le provocó un vahído: si no llega a ser por Cipriano, que estaba a su espalda, se cae redonda al suelo. Feli acercó cojeando una silla desvencijada que encontró cerca de allí para que la sentaran. Mientras los demás acomodaban a Justina, él buscó otra silla y se sentó también.

Todos fueron animando a la pescadera con las típicas palabras de cariño, de manera que poco a poco se fue serenando.

En realidad, no estaba tan mal; lo que le había sucedido fue por el repentino pálpito de que el cerdo pederasta fuera el pastor, pero, ya más serena, comprendió que lo del nombre bien podía ser una simple coincidencia, incluso que Benancio hubiera entendido mal. Además, ella estaba segura de que aquello era imposible. Aun así, antes de levantarse, sacó su teléfono móvil.

—Gracias, está claro que somos un equipo —dijo—. Ahora voy a llamar al pastor. Pensaba hacerlo más tarde, pero él sabrá qué hacer con toda esta porquería y siempre dice que se acuesta muy tarde, leyendo la Biblia —añadió y, sin reconocer que en verdad adelantar la llamada era para comprobar que ella tenía razón y el pastor nada tenía que ver con aquello, marcó y esperó respuesta.

El teléfono misterioso, que aún estaba en manos de Benancio, empezó a sonar de nuevo. Todos se quedaron de piedra o eso hubieran deseado en realidad. Esta vez Justina se desmayó, su teléfono cayó al suelo y, sin que el otro dejará de sonar, el suyo continuó intentando recibir respuesta desde allí, emitiendo el

característico sonido de llamada hasta que Pilar lo recogió y colgó provocando la vuelta del silencio.

Ahora sí que no sabían qué hacer. Silverio roció el rostro de Justina con agua de la botella que llevaba colgada del cuello mientras todos se preguntaban en voz alta cómo actuar con lo que acababan de descubrir: parecía claro que aquel pastor evangélico era otro cerdo más con alzacuellos y aquel lugar carecía de límite para convocar depravados.

—La mare que et va parir. El parque de Sodoma y Gomorra, tendrá que bautizarlo el ayuntamiento el puto día en que se decidan a hacerlo de una vez —dijo Feliciano sin poder evitar el chiste ni las groserías.

Justina pareció restablecerse, aunque se volvió a sentar y se quedó en silencio. Mientras, entre los demás, decidieron dejar las cosas tal como las habían encontrado y huir de líos, a pesar de la oposición de Cipriano al respecto y de su insistencia en meter por medio a las autoridades.

—De acuerdo —concedió el leguleyo aficionado al final—, pero entonces ninguno de nosotros ha estado aquí. Y ya podemos empezar a limpiar todo lo que hemos tocado para no dejar ninguna huella, en especial tú, Bena, en ese móvil y en la bolsa de la muñeca, y tú, Pilar, en la caja y en las fotos.

—¡Y una mierda! —dijo Justina que parecía que había dedicado su silencio a tomar una decisión por sí misma—. Ustedes hacer lo que queráis, pero yo busco ahora mismo una bolsa para meterlo todo y me llevo esa caja y ese móvil, y mañana se va enterar el malnacido quién es la Justina. Por la gloria de mi madre.

Ninguno replicó esta vez. Silverio volcó los cascotes de una bolsa del Mercadona que había allí al lado y se la dio a Justina. Benancio, quizá más por nerviosismo que por convicción, limpió la superficie del saco de la muñeca y lo cerro de nuevo, como si pretendiera proteger la intimidad de la presunta muerta. Luego todos emprendieron la senda hacia el boquete de la tapia para salir de aquella maldita pesadilla, pero en el camino, ya casi llegando a su destino, tres enormes ratas se cruzaron desencadenando que Restituta y Pilar se subieran a una lavadora volcada allí al lado y que

Benancio, Cipriano y Feliciano treparan a un lavavajillas contiguo a ella. Ellas chillaron abrazadas la una a la otra y algo histéricas, como si se quemara Roma; ellos tres, con los rostros más pálidos que la camisa de Feli, intentaban disimular las ganas de hacer lo mismo.

—¡Vaya cuadrilla de valientes, *m'ijos*! —Silverio miró a Justina con una sonrisa y se encogió de hombros sin añadir nada a las palabras de la mujer.

El escándalo provocó que más de un vecino alertado se asomara al balcón, pero, por suerte para los allanadores del solar, la oscuridad no les permitió ver nada a los curiosos, que cerraron el balcón pensando que solo faltaba que también los lunes hubiera sarao.

Ante la mirada irónica de la pareja de valientes, los hombres bajaron del lavavajillas y, sin abrir la boca, intentaron entre todos calmar a las dos mujeres. No les resultó fácil y no hubo manera de que Restituta estuviera dispuesta a bajar al suelo a pesar de que las ratas habían huido más despavoridas que ellos mismos y era seguro que, como mínimo, ya estuvieran en el extremo opuesto del solar

Cipriano, que parecía repuesto de su cojera o la disimulaba, galante y satisfecho, se ofreció a llevar en volandas a Restituta hasta fuera del solar. Al final, el placer de comprobar de primera mano las voluptuosas y aún compactas redondeces del cuerpo de su vecina le costó a Cipri no poder levantarse a la mañana siguiente debido al insoportable dolor: de tobillo, por la torcedura, y de espalda, por el esfuerzo.

Cuando la noche empezaba a dar paso al nuevo día, cada mochuelo estaba en su olivo, pero todo no había acabado. Los agentes de la Agencia de Detectives el Rayo habían hecho honor a su lema: habían acudido como un rayo a la llamada, aunque fuera a la llamada de Justina.

Y, unas horas después, en la que ya era la tarde de un martes que el barrio, incluso la ciudad y el país entero, tardarían en olvidar, ella acababa de ser *trending topic* en todo internet y alguna otra red social de las que hacen circular sus mensajes por el teléfono móvil.

A las doce en punto, Justina entró en la iglesia de la congregación acompañada de más de un par de docenas de asiduos que ella había convocado previamente. El sorprendido don Julián, el pastor, los recibió con una dubitativa sonrisa en los labios.

—¿Qué les trae por aquí?

—Poca cosa, *m'ijo* —respondió Justina con una familiaridad que le era impropia en ese lugar y con esa persona—. Te he *llamao* al móvil para avisarte, pero no me has *contestao* —añadió.

—Es que lo he perdido, Justina —contestó el pastor obviando que ella le hubiese apeado del usted.

—¡Ajá!, eso lo explica *too* —luego, dirigiéndose a una mujer de unos cuarenta años que tenía a su lado y que estaba claro, por el uniforme, que regresaba de sus labores de limpiadora, pidió—: Por favor, *m'ija*, ¿serías tan amable de llamar a don Julián al móvil?

La mujer, mientras todos la observaban sin acabar de comprender, buscó el nombre en la agenda —Pastor-Julián— y pulsó la pantalla. Un par de segundos después, el tono de llamada del teléfono del pastor resonó en toda la iglesia desde el interior de la misma bolsa del supermercado en la que había permanecido desde la noche anterior.

—¿Cómo lo ha…?

—¡Vaya, parece que ha habido suerte y lo hemos *encontrao*! —exclamó Justina antes de que el pastor ni tuviera tiempo de concluir ni aún hubiera salido de su asombro—. Supongo que entonces esto otro también es tuyo —añadió al tiempo que sacaba un fajo de fotos de la caja y lo lanzaba al aire. Para cuando cayeron al suelo, más de una madre o abuela, o abuelo o padre ya había reconocido a un niño que llevaba su sangre o al vástago de algún vecino. No hizo falta más.

El resto circulaba por las redes a los pocos minutos, casi antes de que una patrulla de los Mossos irrumpiera en la iglesia para impedir el linchamiento por el sistema de llevarse al pastor Julián detenido, y fue noticia en TV3 y los periódicos del día siguiente compitiendo con el suspenso general a los políticos por abocar al país a una repetición electoral tras meses de ser incapaces de formar un

gobierno. Por supuesto, aquel indeseable ya no tendría un rebaño que pastorear jamás.

Justina y los demás tendrían que buscar otra iglesia mientras la congregación reconstruía aquella y llevaba allí a un nuevo representante de Jesús. Y, seguro que a su pesar, la popularidad que adquirió la pescadera por haber puesto la primera piedra para acabar con una de las mayores redes de pederastia que operaban en el país, la convirtió en un activo inestimable para la Agencia de Detectives el Rayo.

LOS CUERNOS Y EL CORAZÓN «PARTÍO», Y UNO

Justina estaba sentada en una de las sillas de la barra del Bar del Mercat d'Hostafrancs. Poco más allá, un camarero y una pareja de clientes elucubraban con ironía sobre el resultado de las elecciones convocadas para el 26 de junio dado el manifiesto gusto por el sillón de Pedro Sánchez y la poca disposición de sus supuestos socios —Pablo Iglesias y Albert Rivera— a dárselo si ellos y los suyos no enganchaban uno igual de mullido. A ella todo aquello le daba igual, solo salivaba de gusto mientras le servían un timbal de salmón relleno de aguacate, gambas, palmitos y salsa de salmorejo con sésamo.

Remedios, la esposa del dueño de la carnicería, se sentó a su lado.

—Vaya, Justina, qué bien te cuidas, ¿acaso celebras alguna cosa?

La pescadera, sin intención, pensó en el ridículo eslogan de aquel negocio: *Ramón el chuletón resultón*. Luego, regresó a las palabras de la mujer y se dijo a sí misma que no le había gustado su comentario, ni el tono irónico que daba a entender que sabía lo del abusador de mierda del Julián —el «don» lo había perdido para siempre—. Además, para un día que se daba un capricho a espaldas de su hija, que le controlaba hasta el último céntimo de gastos, llegaba aquella a meter las narices donde no le importaba. Ya estaba harta de medio esconderse cuando se despedía del puesto al mediodía y se acercaba al bar del Manolo a tomarse un par de vermuts caseros, con unos berberechos en vinagre y unas puñeteras cortezas de cerdo. Nada de Cinzano ni mariconadas de esas —con perdón de los gais, se dijo para sí, muy concienciada con las diferencias de género—. A todo eso añadía unas gambas cuando

cobraba la paga extra. Aún no era el caso, pero, como el día anterior le habían tocado los dos últimos números de los ciegos, se iba a dar un homenaje. Además, ahora que era famosa y que en los periódicos habían salido fotos de la parada del mercado, y mucha gente pasaba por allí para verla, las ventas habían subido, así que esperaba que la hija levantara la vigilancia y le gratificara con algo los esfuerzos.

Desde luego, a lo que no estaba dispuesta era a aguantar impertinencias. Y ahora viene esta tacaña a jorobarme el disfrute, pues no me va a levantar ni una caña, ¡ele!, concluyó para sí cargada de razones.

—*¡Miarma!,* ya ves, algún día hay que hacer un extra —soltó y se calló lo de los ciegos; si decía cualquier cosa, al día siguiente la miseria del premio pasaba a convertirse en un pastizal que la hacía la ricacha de todo el mercado por haberse llevado el bote del Eurojackpot de la ONCE. Exagerar era la norma común, especialmente si eso daba pie a poner a parir a alguien. ¡A ella se lo iban a decir! Y más después de lo de la iglesia y que medio mercado estuviera dispuesto a quedarse ciego de envidia con tal de verla a ella tuerta.

—Claro que sí. Te lo mereces. Además, siempre tan controlada por tu hija. Así que imagino que celebrar… celebrar poco o nada. Ni siquiera ahora que has salido en los papeles. ¿No es así?

Tampoco ahora le gustó a Justina el andar de la perrita —como le había oído más de una vez a Ana Oramas, la diputada canaria en el congreso que a ella le caía muy bien por lo clarito que habla—. ¿A santo de qué tenía que meterse con su hija y con su vida? Pero otra vez decidió que lo mejor era hacer oídos sordos y meterle mano al timbal de una vez.

—Hoy es viernes. Y ya sabes… —Se metió un buen trozo de salmón en la boca.

—Es verdad, los viernes son el peor día para comprar pescado: lleva ya varios días en la nevera y no es tan fresco. Pero, sin embargo, es el día que más gente lo compra.

Remedios seguía a lo suyo, mete que mete, aunque no tenía ni idea y solo decía insensateces sobre el pescado. Si aquella mujer

continuaba por el mismo camino, iban a acabar mal. Esta se cree que lo sabe todo y, si me tira de la lengua, no pienso callarme, pensó Justina. Todo el mundo sabe que es una avara, de las que lo tiran con la derecha y lo agarran con la izquierda, y viceversa. Más le vale cambiar de tercio ya o me va *encontrá*.

—No, si yo solo lo decía por decir, no pongas esa cara, mujer —dijo Remedios como si le hubiera leído el pensamiento a la pescadera en las arrugas del entrecejo—. Bueno, ahora pido una cerveza y te cuento una cosa —añadió conciliadora.

—Pues tú dirás, Reme, *m'ija* —dijo Justina que ya había acabado con el timbal y se disponía a pedir un carajillo de ron Pujol.

—Es delicado, pero quería preguntarte si has notado que el Ramón ande con algo raro.

—Hablemos claro —respondió la pescadera disfrutando con el nuevo rumbo que tomaba la conversación—, me preguntas que si he visto que tu *maríó* le meta mano a esa niña que habéis *contratao*. A la jovencita aspirante a ama de cría, porque menudo par que tiene —remachó para que quedara claro—, y que está de toma pan y moja.

Remedios se sonrojó, ella no pretendía ir tan por la directa al asunto; pero, en cierto modo, mejor así: necesitaba desfogarse con alguien sobre los cuernos que estaba segura le había colocado su esposo con la sobrinita.

—Pues sí, quiero saber si lo has visto —dijo Remedios y, sin dar tiempo a la réplica, añadió—: Yo noto algo, pero no estoy segura. El caso es que él anda como ido, distante y no me hace ni caso. Y a ellos dos se les ve tan ricamente juntos, así que, no sé, algo me escama. Y ya sabes cómo son los hombres con las jovencitas, y más en cuanto pasan los cincuenta.

—Sí, *m'ija,* jamás salen de la edad del choco —se solidarizó—. Pero no veo el problema, Reme, lo mandas *pal* carajo y *to* resuelto.

—Claro, eso sería lo fácil. Pero, si hago eso, yo me quedo en bragas… O en pelotas, que es peor.

—Pues, mujer, *pa* eso están los *abogaos*.

—Ya he ido a uno, pero me dice que, si no tengo pruebas de mis sospechas, es difícil tener un divorcio favorable. Vamos, que lo tengo

crudo para sacarle las tripas, que es lo que yo quiero. Me aconseja que contrate a uno de esos detectives privados que proporcionan fotos y evidencias. Me dice que él me puede recomendar alguno de confianza con los que trabaja —dijo e hizo una pausa con los ojos fijos en la cara de la Justina, como si quisiera comprobar que no la estaba espantando con lo que le decía.

—¿Y eso es *too*? —preguntó la pescadera.

—No, no es todo pero casi; porque lo del detective me dice que vale una pasta. Y yo solo tengo cuatro mil euros para gastarme —concluyó.

A Justina casi se le salen los ojos de las órbitas. Aquella historia era como agua de mayo, como un milagro caído del cielo o de TV3, los periódicos y la iglesia; que seguro que algo tenía que ver en el acercamiento. Un justo premio a sus plegarias y la ocasión de resarcirse del disgusto que aún le duraba. Ahora que ya era una chica de los Ángeles de Charlie públicamente reconocida, lo de sacarle unas fotos al cabrón del Ramón —se sonrió ante la rima que le había salido— era pan comido. Y, si no, para que estaba la Agencia de Detectives el Rayo.

—Pues mira, *miarma*, yo colaboro con unos detectives…

—Ya, algo he oído —se le escapó a la Remedios.

—Pues eso, puedo recomendarte y seguro que te lo hacen por la *mitá* —le entró Justina conocedora de que nada más atractivo para una tacaña que comprar a mitad de precio—. Vamos, que de esos cuatro mil aún te sobrará *pa* que me invites a una buena *mariscá*

—¿Y son buenos?

—Los mejores, y más *pa* eso de las fotos. Cuenta con ello.

Remedios apuró la cerveza, cogió una servilleta de papel y se limpió los labios y, finalmente, se quedó mirando a Justina a los ojos.

—De acuerdo, hágase —dijo—. Y, si tú te encargas, cuenta con la mariscada esa y con algo más.

—¡Ea! —dijo Justina al tiempo que afirmaba con la cabeza y pedía la cuenta de todo, incluida la cerveza de Remedios.

Tras pagar y dejar una propina como Dios manda, se levantó y se marchó pensando que, si se apuraba, todavía engancharía a los del primer turno de partidas: los viernes era un día especial en la casa y

hasta solían sacrificar la hora de la siesta para jugar al parchís y hablar de sus lecturas y, de paso, despellejar a medio barrio o cotillear de cualquier cosa. Como hace *too* el mundo, por de finolis que se las den, se dijo.

Además, hoy les tocaba debatir sobre *La felicidad es un té contigo*, una joyita que Marga, la chiquilla nueva del Abacus, la librería del mercado, le había recomendado a ella. Aunque pensaba, que si todo iba como tenía previsto, no llegarían a debatir *na* sobre el inspector Manchego o sobre Atticus Craftsman, ese inglés tan *salao perdío* por el Albaicín y, más que *na*, *prendao* hasta las cachas de Soleá.

Feliciano estaba cabreado, aquel mes ninguna partida le era favorable, y lo que más le fastidiaba era perder a pesar de que casi siempre tenía todas las fichas a punto de entrar en la casa de su color.

—¡Quina putada! Con estas fichas color mierda de oca no hay manera de ganar —refunfuñó Feliciano al acabar la partida.

—No digas eso, a ese amarillo le pasa lo que a todos los colores y a todas las fichas: que están viejos y descoloridos de tanto uso. Algún día habrá que decidirse a comprar un tablero nuevo —dijo Pilar—. ¿O es que no cambiáis de carteras cuando se os estropean? —preguntó y al ver que todos reían no tardó en darse cuenta de qué les hacía tanta gracia—. ¡Joder!, no me refiero a las de Correos, que sois la pera.

El tablero del parchís era coetáneo de Matusalén, de manera que todo, especialmente el color de las fichas, estaba tal y como había dicho Pilar: descolorido. Y eso, a pesar de que de vez en cuando Restituta, que era muy limpia, traía una botellita de alcohol de la farmacia y las limpiaba de una en una.

—Viejas puede, pero no me negaréis que las fichas están sanas; bien las desinfecta Restituta —dijo Benancio para seguir con la guasa.

—Bena, ellas estarán sanas, pero tú estás hecho un capullo. Ella se preocupa de que estén limpias y punto. Y ahora que no está aquí, pues ala, a ponerla a parir —dijo Pilar.

—Por cierto, Cipri, hablando de salud, ¿cómo estás del tobillo? —preguntó Benancio cambiando de tema.

—Pues mal, ya ves, vendado —dijo y se levantó la pernera del pantalón dejando a la vista el aparatoso vendaje—. También fue mala suerte, pero, como estaba todo tan oscuro, no vi que la maldita encimera de la cocina estaba llena de grasa. Y gracias a que el Mago me cogió y no llegué a caerme. Si no es por él, me doy una leche de campeonato.

—Y ahora, ¿cómo estás?

—Supongo que mejor. Me dolía de pelotas, así que pedí hora al médico…

—¿Y qué te ha dicho, que lo tenías dislo…? —insistió Benancio.

—¿Que qué me ha dicho? —preguntó Cipriano con cara de mala leche y, antes de que le respondieran nada, siguió—: No me jodas: me han dado hora para dentro de un mes y medio; y, si te duele, te aguantas, que para eso está el ibuprofeno y el paracetamol. Ah, que igual cuando vayas te tienen que cortar el pie por no haberte visto antes, pues mala suerte; para eso tienes dos y el hijo de Restituta vende unos de acero muy monos. No te jode.

»Eso sí, lo importante aquí es el puto tipo del flequillo y el referéndum a la escocesa, no abrir la boca con la pasta de los Pujol en Andorra, ni con el puto agujero de la gestión del Narcís Serra en Catalunya Caixa, que ya podía haber seguido tocando el piano, dicho sea de paso. Eso por si ya no teníamos bastante con los cabrones del PP y todo lo del Bárcenas y lo que viene, o con el PSOE, que van de santitos y, después de aquello de Zapatero y la Champions League de la banca, que no vamos a terminar de pagar ni en cien años, pues ya me contarás si no va con ellos lo de los ERE; o lo del caso ese, el Pulpo, en Lugo, que el hijo de su madre del tal Besterro, Becerro, Besteiro o como se llame el que malversaba hasta para comprar dispositivos de esos para no embarazarse… DIU...

—¿Y tú no eras de Muface, esa cosa de los funcionarios? —preguntó Benancio interrumpiéndole.

—Pues no, yo era contratado. los cabrones del ministerio tardaron siglos en sacar la plaza a concurso y yo ya no estaba para tonterías, así que, como ya era fijo y no iba a ganar más, pasé del asunto

—aclaró—. Pero eso no quita para que todos sean uno mangantes y me cague en la madre que los parió, ¡joder!, porque…

—Para, para… vaya cabreo llevas y vaya mitin que acabas de dar. Ni que te lo hubieras estudiado para un examen —volvió a interrumpir el Bena.

—Pues, sí, casi me lo he estudiado y hasta sin querer, que esta mañana, mientras esperaba en urgencias, me he leído un artículo en *El Mundo* y estaba todo eso y más aún. Una mierda de país o un mundo de mierda; que por ahí fuera no es que anden mejor…

—Vale, no vayas a empezar ahora con Venezuela o con el loco del Trump ese que dicen que igual gana en Estados…

—Collons!, un mes y medio, ¡vaya exageración! —interrumpió Feliciano que parecía haberse olvidado de su cabreo por la partida y a saber en qué se había quedado pensando, porque no se había enterado de nada de todo aquel palique salvo de la demora de la Seguridad Social en atender a Cipriano, ni siquiera de que Benancio no había acabado de hablar—. ¿Y qué hiciste?

—Pues nada, lo de siempre, aunque solo sirva para joder más la cosa. Lo que he dicho: me fui a urgencias como todo Dios, y ahí, además de tener tiempo de empaparme de las chorizadas y desgracias…

—¿No irás a empezar otra vez? —cortó esta vez Pili.

—Pues no, lo que iba a deciros es me pasó una cosa divertida. O a lo mejor es que después de tanto queme a uno ya le dan ganas de reírse de cualquier cosa.

—¿De qué cosa? —preguntaron todos al unísono.

—Una chorrada —dijo y calló un instante para crear más expectación antes de seguir—: Cuando entré en la consulta, después de esperar mil horas en la sala a que me tocara, la médica era una tía de esas de toma y rasga. El caso es que, después de mirarme el pie y colocarme el vendaje, va y me pregunta con una voz dulce como una caricia: ¿cómo se encuentra?, y yo, dispuesto al ligoteo, le contesto: aquí, con usted, estoy de coña; y me pongo a reír. Al principio me pareció que ella no había entendido la chanza, pero enseguida la tía me la devolvió: es que la medicina que usted toma es la mejor para su salud. Entonces fui yo el que no entendí nada y,

como un capullo, le pregunté que qué medicina era esa. Ella, con una sonrisa y sin contestar, esperó a que terminara de calzarme, me acompañó hasta la puerta y, sin dejar de mirarme con sus ojazos verdes. me contestó: la del ingenuo que cree en pajaritos preñados, y me dejó allí fuera con un palmo de narices y medio cojo.

Pilar, que ya estaba en la portería y que en ese momento era la única representante del género femenino, se vio impelida a intervenir.

—Pues sí que fue educada la doctora, yo te hubiera enviado a freír puñetas —dijo mezclando los espárragos que se fríen y las puñetas que se hacen—. Es que todos los tíos siempre estáis pensando en lo mismo.

—Ya —dijo Feliciano—, como si vosotras fuerais todas monjas de clausura, y más ahora después de lo del Me Too ese.

—Hablando de hombres, esto me recuerda lo que me pasó con un tipo —siguió Pilar sin molestarse en replicar a Feliciano y como si nombrar al Me Too le hubiera dado una dosis de empoderamiento femenino añadida—. Un tío ya madurito al que una vez al mes le llevaba una carta que le enviaba su novia. El hombre era medio ciego, y siempre me convencía de que se la leyera. Me invitaba a un café y yo se la leía. Las cartas siempre decían lo mismo, que si esto que si lo otro, y, claro, siempre en la cama. Y a mí me ponía cachonda.

—Collons!, ¿para tanto eran? ¿Las remitía Anaïs Nin? —preguntó Feliciano con aires de lector sabiondo y al tiempo que levantaba el pie escayolado para ponerlo sobre una silla.

Pilar, que con solo recordar esas lecturas se excitaba, y más ahora que el Feli había nombrado a la autora de *Delta de Venus,* que era su novela erótica favorita, decidió que iba a divertirse y espabilar a aquellos tres viejos salidos de mente. Total, no había ningún peligro. Así que empezó a describir con mucho detalle, que si por detrás, que si la boca chupando aquí, que si el dedo por allá; hasta que, poco a poco, pasó por todas las posiciones del Kamasutra. Y no solo con palabras, sino acompañada la explicación de autocaricias y gestos dignos de una contorsionista.

Al final, cuando estaba mostrando la postura que el libro definía en su capítulo de las artes amatorias como la Unión de la Vaca —las rodillas y las palmas de las manos en el suelo, sacando el culo en pompa— el murmullo de risas y confidencias se desvaneció de repente, como si alguien hubiera apagado un interruptor. Justina entró de golpe, embalada y dispuesta a contar lo de Remedios y renovar su respeto después de lo de la muñeca hinchable. Aunque, para todos, con lo que había hecho en la iglesia había demostrado mucho más de lo que ninguno le hubiera exigido. Al ver a Pilar en aquella postura y a ellos mirando cayéndoseles la baba, cogió una escoba que estaba apoyada en la puerta.

—*¡Cuidao, Pili!* A *toos* estos no sé yo si les funcionará su aparato, pero yo te envaino con este palo. ¡Qué pareces una perra! —añadió comparando a la cartera con el animal que vulgarmente daba nombre a esa posición—. Y ustedes, *¡joer!* No sé qué decir. ¿Es que ahora el parchís se juega así? ¡Por el amor de Dios, no os da vergüenza!

Pilar se incorporó a toda prisa y se recompuso la falda. Los recuerdos de cómo se lo hacía con el cegato aún la tenían revuelta. Pero la llegada de Justina la había dejado helada, como si, en lugar del palo con la que la amenazaba, le hubiera metido unos cubitos de hielo entre los pechos; no sabía ni qué decir ni qué hacer. Sin que ya viniera a cuento, recordó algo que no le había contado a ninguno, que cuando se enteró de que aquel tipo se enviaba él mismo las cartas, que ni novia ni ceguera ni leches, lo envío a tomar viento.

Las miradas de todos se cruzaron huidizas, con la típica vergüenza del niño que le pillan en una travesura. Benancio hizo un gesto con la mano, como si se sacara de encima un mosquito muerto, y se encogió de hombros.

—Justina, no es lo que piensas, ella solamente nos estaba explicando cosas de la cartería, nada más —dijo en un intento de pasar una goma de borrar, aunque no dejaba de fastidiarle que la pescadera hubiera aparecido. Vete a saber si, metida en faena, la Pili no se hubiera sacado la ropa. Era evidente que ese tío se la había beneficiado. ¡Qué suerte tienen algunos!, pensó.

En esas andaban, cuando también entró Restituta que llegaba después de pasar por Comercial Orthos S.L. y recoger la órtesis de tobillo y un bastón plegable que le había pedido Cipriano, por aquello de que le salía más barato; al fin y al cabo, ella era la madre del dueño de la empresa. Antes ya había ido a recoger a sus nietas del colegio, como siempre. Enseguida se dio cuenta de que allí había pasado algo. Algo que les avergonzaba lo suficiente como para mostrar aquellas miradas recelosas, como si al mirarse fueran a confesar y delatar un secreto compartido.

—¿Qué pasa aquí? ¿Me he perdido alguna cosa? —dijo mirando con descaro a Cipriano y su pierna de tobillo vendado levantada sobre una silla—. Por cierto, te he traído la tobillera y el bastón —añadió y, no sabía por qué, pero se le vino a la mente el magreado que él le había dado al saltar la tapia en la noche y pensó que más le valía no haberse dedicado a comentarlo con todos como un imbécil presuntuoso. Aunque, con Pilar y Justina allí, no parecía probable—. ¿Qué, criticando al ausente como siempre?

—No, *miarma*, nada de eso —cortó Justina—. Andaban como siempre, pero con las típicas cosas de tíos. ¿*Verdá*, Pili? —Pilar aguantó la mirada que le echó Justina, una mezcla de reproche y complicidad, y afirmó con la cabeza—. Bueno, ya que estás aquí —continuó la pescadera—, justo ahora iba a darles una buena noticia, algo que nos puede ir muy bien. Aunque no esté el Mago, os la voy a contar a ustedes.

—El Mago me dijo que no le esperáramos, que iba a estar muy liado cuidándose del palomar que tiene Martín Prats en el terrado de su casa —aclaró Benancio—. Por lo visto, si a las palomas mensajeras no se las cuida y se les hace volar, es mal asunto. También me ha dicho que iba a aprovechar la visita para echar un vistazo a los expedientes de los ascensores, a ver si averigua algo sobre lo del hotel. ¿Me explico?

Los demás no hicieron mucho caso a su observación, andaban impacientes por oír lo que Justina iba a contarles. Y ella se despachó a gusto y no dejó nada en el tintero de lo sucedido con Remedios, regodeándose, dejando claro que era la líder del momento en el

grupo. Cuando acabó, todos estaban excitados con la idea, no por el asunto en sí, sino por la pasta que iban a cobrar.

—Bueno, si os parece, vamos a organizarnos. Feli, tú te encargas de las fotos; pan comido. Y lo propio es establecer una vigilancia —dijo Benancio.

—Ustedes verán, pero yo creo que no hace falta, basta con seguir el jueves al Ramón y a la niña. Ese es el día que, según la Reme, desaparecen del *mercao* —dijo Justina.

—Y a la tacaña esa, ¿no le ha parecido raro hasta ahora que su marido y la niñata desaparecieran todos los jueves? ¿Es tonta o qué? —dijo Pilar.

—No, *m'ija*. Ese día es cuando hacen los pedidos a los proveedores y el Ramón ha ido siempre a visitar a alguno, porque dice que es bueno que sepan que se controla la *calidá* del *ganao* —aclaró Justina—. Eso es lo que dice Reme. Y que ahora el cuento era que se llevaba a la niña *pa* que aprendiera…

—Aprender a mamarla —murmuró Feliciano, tan bajo que solo Cipriano, que era quien estaba más cerca, le oyó y se sonrió.

Como Silverio estaba liado con las palomas y las averiguaciones del ascensor del Hotel Artes, no podían disponer de su singular moto sin llamar la atención, ni tenían dinero que distraer en un taxi; aún estaban a primeros de mes, pero ni la mísera jubilación que les habían ingresado ni su propensión a no dilapidar ni un céntimo les incitaba a gastar dinero en taxis. Y en Barcelona ni siquiera podemos recurrir a esos Uber que dicen los de Madrid que resultan tan baratos y prácticos, se dijo Feliciano y concluyó que, como qui vulgui peix, que es mulli el cul, no había otra solución que hacer el seguimiento con el Seat 850 de Restituta.

El problema surgió cuando constataron que ese día ella tenía que ir al médico y, además, como todos los jueves, el cuidado de las nietas se extendía a toda la tarde. Así que, si ella no participaba, no quedaba otra que recurrir a Cipriano que, como él mismo había contado, ya le había pedido el coche prestado con anterioridad por lo que, al fin y al cabo, no sería la primera vez.

Finalmente, esa fue la opción y, tras darle garantías de que la misión carecía de peligro y de que aquella joya le sería devuelta en perfecto estado de revista, Restituta accedió y le entregó las llaves a Cipriano, no sin antes insistirle en que tuviera mucho cuidado, que de él se fiaba, pero que de los demás…

Todos se mostraban eufóricos con el caso. En especial Benancio, que decidió ir bien pertrechado para no pasar sed y, por aquello de que el agua sirve para lavarse los pies y algunos guarros hasta se la beben, eligió la compañía de su querido DYC Single Malt Colección Barricas, un destilado del que aún conservaba alguna caja de botellas heredada de su padre y reservada para ocasiones muy especiales.

La afición del progenitor —franquista de pro— por la marca databa de los remotos tiempos en que, siendo él el representante de Anís la Castellana, su viejo amigo y jefe don Nicomedes poblara España de aquel güisqui escocés nacido en Palazuelos de Eresma, Segovia.

Padre e hijo compartieron gusto hasta la muerte del viejo don Benancio —padre— y a ambos les duraban las botellas del popularmente conocido «Dragados Y Construcciones» —por presumibles similitudes políticas e indudable semejanza en las siglas— lo que a un gato un plato de leche.

No siempre la botella elegida era de tal enjundia, pero esta vez Benancio no dudó en llenar una petaca de tal Single Malt y, además, llevarse la botella: las vigilancias eran aburridas y largas de cojones, y ellos detectives.

Por su parte, cuando Feliciano se presentó con una cámara Leica de toda la vida, se encontró con Benancio vestido con un traje cruzado, pajarita y una gabardina Burberry de color beis y un borsalino en la cabeza; con Pilar luciendo una blusa no escasa de transparencia, que dejaba entrever un sujetador con pedrería, y adornada con un sofisticado tocado prendido a su cabellera como complemento, algo que dada a su imagen más añejamiento que el güisqui, y, por último, con un Cipriano que repetía los mismos

tejanos añosos, aunque ya pasados por la lavadora, y una camiseta: la misma indumentaria que la noche del cadáver hinchable.

Como era de esperar, el Seat 850 seguía como nuevo, olía a pino y un gracioso perro de resina, aposentado en la bandeja trasera, movía la cabeza arriba y abajo con el movimiento del coche.

Feli, dada la incapacidad transitoria de Cipriano, ejercía de conductor y Benancio de copiloto. Pilar y Cipriano ocuparon el asiento trasero. El último, con la excusa de tobillo vendado, adueñado de casi todo el espacio existente.

—Vaya, Bena, no conocía esa faceta tuya a lo Rick Blaine. ¡Tócala de nuevo Sam! —añadió Pilar y comenzó a tararear *As time goes by* acompañada de la risa de todos los compañeros a excepción del aludido.

A Benancio la broma no le gustó, quizá porque había invertido demasiado tiempo en la búsqueda de aquel atuendo enterrado en una caja entre bolas de naftalina desde las lejanas fechas en que trabajaba en Detectives Suarez.

—Y yo no conocía tu gusto por las espías, ¡qué vaya Mata Hari estás hecha!

Todos volvieron a reír, salvo Pilar, que se miró la blusa, se retocó el cabello, se estiró la falda y se quedó callada con una sonrisa helada en los labios.

Llevaban ya varias horas de espera detenidos en un carga y descarga a la salida del aparcamiento del que presuntamente debían partir los perseguidos, pero Ramón y su pupila no parecían dispuestos a abandonar el lugar aquel preciso día.

Era ya más de mediodía y, aburridos, decidieron enviar a Feliciano a la pescadería de Justina a enterarse de si había habido novedades.

—Justina, qué diantres pasa que estos no salen. Estamos hasta los mismísimos de esperar —dijo Feliciano después de una teatral aproximación que pretendía disimulo y que, por el contrario, solo logró llamar la atención más que un cura en una sauna.

—*¡M'ijo!,* te he *llamao* varias veces *pa* decirte que justo hoy van a salir sobre las tres. Al menos eso me ha dicho la tacañona. Pero no has *contestao* la llamada.

Feliciano miró su móvil: sin batería.

—Déu n'hi do.

Sin añadir nada más y sin volver a intentar pasar por un turista haciendo fotos del mercado con la trasnochada Leica, salió a avisar a los demás al tiempo que pensaba que, si ahora era un detective, ya era hora de que le pidiera a su hija para Navidad un móvil nuevo de esos que hacen de todo para sustituir a aquel cacharro que no tenía ni aguante en la batería.

—Bueno, pues ya que estamos aquí, comemos algo y esperamos a las tres —añadió Feliciano ya en el coche y después de haber dado novedades.

—Vale, salgo y traigo alguna cosa, que no vaya a ser que al final se larguen cuando no estemos —dijo Pili extrañada de que Justina no les hubiera avisado, aunque Feli no había dicho nada de eso.

Pilar no tardó en regresar con unos sándwiches de gasolinera, unas patatas fritas y unos ganchitos de queso acompañados de tres latas de cerveza y una botella de agua.

Para cuando se aproximó la hora prevista, ellos ya habían dado buena cuenta de todo y el suelo del coche estaba cubierto de servilletas de papel, envases de plástico, latas de cerveza goteando y la botella vacía de agua rodando de un lado a otro cada vez que un intranquilo pie la empujaba. El cenicero estaba lleno de colillas y los asientos llenos de migas, restos de patatas aceitosas y ganchitos aplastados.

Y, sobre todo, la petaca ya había gritado un par de veces para que la rellenaran de nuevo, y Benancio estaba a punto de hacerlo una tercera vez, porque beber a morro de la botella era improcedente e impropio de unos detectives de postín.

A las tres en punto, tal y como había anunciado Feliciano, un Seat Ibiza blanco salió con los dos supuestos tortolitos dentro —carnicero y sobrina— y empezaron el seguimiento.

—¡Coño, no te acerques tanto, que nos van a ver y se joderá todo! —gritaba Cipriano cada dos por tres desde atrás.

A Feliciano, tanta advertencia, le tenía cada vez más cabreado, pensaba que le gustaría ver al capullo del Cipri al volante, a ver

cómo se las apañaba con el caos de tráfico de la Plaza de España que tenían delante.

Sin embargo, antes de llegar a la plaza, en la parada de autobús de Creu Coberta - Pl Espanya, el Ibiza se detuvo y la mujer descendió. Mientras ella continuaba en la parada, el coche arrancó de nuevo.

—Quina merda!, ¿qué hago ahora?

—Pues seguir al coche, qué vas a hacer —dijo Benancio y le dio un nuevo tiento a la petaca.

Al llegar al semáforo de la esquina de Mir Geribert, el Ibiza pasó con la luz en ámbar, un Opel Corsa que iba entre perseguidor y perseguido se detuvo y obligó a Feliciano a parar.

—Collons!, ahora sí que se va todo a la mer…

—¡No! ¡Mira! —gritó Pilar desde atrás—. Se ha parado ahí delante, donde el Cheers.

Todos miraron hacía allí y, mientras cambiaba el semáforo, Benancio le pasó la petaca a Feliciano. Tras el trago, Feli se la devolvió y él le dio un nuevo tiento.

La luz se puso verde, el coche de delante arrancó y ellos, tras seguir unos metros detrás, se echaron a la derecha y se detuvieron sobre el carril del bus a unos metros del coche de Ramón. Apenas pasó un minuto antes de que un tipo —hermoso y rubio como la cerveza, y con una camiseta tan ajustada sobre sus músculos que se diría a punto de reventar— se subió al Ibiza.

—¿Quién es ese? —preguntó Feliciano más por sorpresa que por curiosidad.

—Ni idea —dijo Benancio—. ¿Vosotros le conocéis?

—No, no creo que lo haya visto en mi vida —dijo Cipriano.

—Pues yo no creo que le haya llevado un certificado en la mía —dijo Pilar—. Si es que vive por aquí, que era mi zona.

De nuevo se pusieron en marcha y, esta vez, Feliciano se pegó más al Ibiza, convencido de seguir así al menos hasta que la circulación se volviera más fluida.

Poco a poco, mientras delante el alcohol seguía pasando de uno a otro, en la parte posterior el ambiente subía de temperatura. Cipriano, con más descaro que sutileza, se acercaba cada vez más a

Pilar con la excusa de encontrar mejor postura para su tobillo lastimado y, al mínimo movimiento del vehículo, posaba en el escote de la cartera la mano del brazo que había pasado por encima de sus hombros con la coartada de mantener el equilibrio. Pilar, ajena a la provocación que emitía su atuendo de Mata Hari, se mantenía despreocupada, indiferente al peligroso juego de seducción en el que estaba inmiscuida.

—Estoy segura de que torcerá por la próxima a la derecha y tomará la carretera de Vallvidrera —dijo Pilar al llegar a la Plaza Borrás.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿No has dicho que no conoces al tipo ese que va con el tal Ramón? —replicó Cipriano más bien molesto porque ella llamara la atención de los de delante con ese comentario. Como si temiera que le pillaran, quitó la mano del nacimiento del pecho de su compañera. En el ademán, le dio un golpe a la cabeza del perrito de la bandeja trasera y se la arrancó del cuerpo para terminar rodando por el suelo en compañía de la botella vacía de agua.

—Ya verás —dijo ella cuando ya se había cumplido su pronóstico—, seguro que se paran en el mirador que hay dentro de tres o cuatro curvas.

—¿Y para qué va a parar ahí, a contemplar las vistas? —preguntó ahora Benancio.

—Pues para qué va a ser; puro romanticismo para ir calentando la estufa.

—¡Caray!, Pilar, no has visto que es un tío lo que se ha subido al coche. ¿Me explico?

—¿Y cuál es el problema?

Todos se quedaron callados —como si hubiera pasado un ángel, pensó Feli que hubiera dicho la Justina de estar allí—, ninguno quería admitir que no venían preparados ni sospechaban lo que cada vez parecía más real.

—¿Y tú de qué conoces ese sitio? —preguntó ahora Benancio por decir algo y por eludir la pregunta de Pilar que aún flotaba en el ambiente.

—Bueno, el amor es el amor y, como se suele decir, la noche es joven —dijo coqueta, dejando claro en el tono que era y se sentía joven por mucho que los de Correos la hubieran prejubilado hacía un año, sin cumplir los cincuenta y cinco todavía—. Lo raro es que vaya ahí de día, lo normal es que se llene de parejas por la noche: la ciudad se ilumina y ellos se meten mano.

—Pues, si tienes razón —dijo Feliciano sin dejar de mirar al frente—, estamos jodidos, porque eso es muy pequeño y se nos verá el plumero.

—Vaya, otro que también conoce el mirador —ensartó Cipriano con intención.

—No em cardis! Ahora resulta que uno no tiene derecho a haber sido joven. ¿No es eso?

A pesar de sus temores, cuando llegaron al mirador tuvieron suerte: había aparcados dos coches en el extremo opuesto a donde se situó el Ibiza y con espacio entre los dos para colocar el 850.

—¿Y ahora qué hacemos? —dijo Feliciano—. Yo no puedo salir y ponerme a hacerles fotos con la Leica; sospecharán. Además, seguro que me conocen. En el barrio nos conocemos todos.

—Vamos a hacer una cosa —dijo Benancio que algo había aprendido en los años de detective a pesar de coleccionar errores—. Tengo un plan.

Todos le miraron con cara de expectación y cierta sorpresa.

—No pongáis esa cara —se quejó—. ¿No veis que han salido y están apoyados en la barandilla? ¿Os dais cuenta de cómo el niñato le mete mano al Ramón por dentro de la ropa y le da besitos en el cuello? Menudo descaro.

—Es verdad —dijo Pilar—, y ahora le ha echado mano al paquete. ¡Por Dios, lo que hay que ver! —añadió al tiempo se reía y salía del coche. Su tono quizá no era tan de guasa como quería parecer y cierto moralismo delataba que, tal vez, ella tampoco fuera tan liberal como había presumido antes, o pudiera ser que sus exclamación escondiera algo de envidia, que le pareciera que lo que veían sus ojos era un total despilfarro. ¡Con lo bueno que estaba el tipo!

A Cipriano, mientras con el pie malo asomando por la puerta intentaba arrastrar el resto del cuerpo fuera sin volver a lastimarse,

se le subió la camiseta y le dejó con la tripa al aire, cuando ya antes la visión de la etiqueta evidenciaba a las claras que se había colocado la prenda del revés.

Y yo sentada al lado este desastre de hombre, pensó ahora Pilar. En lugar de arrimarse tanto, más le valía que se cuidara un poco. Porque, como sea igual de cuidadoso en todo, ya me dirás qué será lo del sexo con él.

—¿Y cuál es el plan? —preguntó Feliciano, porque le preocupaba que para entonces incluso ya hubieran visto a la Pili—. Yo con este cacho cámara poco puedo disimular.

—Pues fácil: yo salgo, con esta gabardina y este sombrero nadie me reconocerá. Pili, que va de Mata Hari, y Cipriano, que puede hacer el papel de su amante o lo que sea, se colocan tan juntos que pasarán desapercibidos, y tú, Feli, dejas la puñetera cámara y tomas las fotos con este móvil —dijo y le alargó el suyo—. Si haces como si estuvieras hablando, no apartas la cara de él y disparas con disimulo, nadie te reconocerá. ¿Me explico?

—Es buena idea —dijo Cipriano que había logrado incorporarse y ya estaba fuera del coche a punto de abrazarse a la Pili y relamiéndose del gusto por anticipado—. Un turista haciendo fotos o uno más hablando por el móvil. Además, el Ramón no estará a nada más que a lo que está, a lo suyo; y el otro igual, a lo que está, a ver qué saca por sobar al viejo y hacer guarradas —añadió y Pilar torció el morro. ¡Qué tópicos sois!, pensó, pero no dijo nada. Claro que qué otro motivo puede tener ese guayabo para liarse con semejante tipo—. Así que vamos con cuidado, con disimulo —prosiguió Cipri y apretó un poco más el abrazo, tanto que, por primera vez, Pilar mostró algo de resistencia—. Y tú, Feli, te centras en sacar buenas fotos.

—Es que lo de fotos con un móvil, no sé, no es lo mío. —se justificó Feliciano que le tenía especial manía a todo lo digital, sobre todo a las fotos que le arruinaron la tienda. Lo de antes era mejor, sin discusión. Y aquello de los móviles, la verdad, no lo pillaba.

—No nos vengas ahora con eso, que somos detectives y modernos, no unos disfuncionales necesitados de que nos cuiden como a nenes de pecho, ¡coño! Así que vamos allá. ¿Me explico?

La media hora siguiente transcurrió según lo planeado y no solo obtuvieron una serie de fotos de la pareja magreándose mientras disfrutaban de las vistas, sino también de los dos medio desnudos en el asiento trasero del Ibiza, amasando carne como cocineros albóndigas y deglutiendo como famélicos.

Cuando los tortolos emprendieron el regreso a la ciudad, prosiguió el seguimiento, pero esta vez en la parte trasera parecía que no había concluido la actuación y el papel de cariñosos amantes marcado por el guion seguía representándose. Al fin y al cabo, tanto ensayo había concluido por calentar el caldo. Por su parte, los de delante rebosaban exceso de alcohol, pero la que llevaban encima no llegaba como para que fueran ignorantes de lo que pasaba a su espalda, más después de que Pilar le pidiera el teléfono a Benancio para empollarse debidamente las fotos subidas de tono de los perseguidos, en especial de aquellas en las que no faltaba ni un sugerente detalle del adonis —el pecho tatuado con un corazón—. ¡Qué desperdicio!

En unos minutos, más bien de otra que de una manera, llegaron al cruce de la calle Córcega con Enrique Granados. Allí, la parejita entró bien abrazada y sin disimulo en la casa de la esquina.

—¿Y ahora qué? —preguntó esta vez Pilar.

—Pues nada. Vosotros quedaos aquí, yo voy a ver —dijo Feliciano arrastrando la voz, pero lanzado en su papel detectivesco—. Si estos tienen montado aquí el chingadero, nos ha tocado la lotería.

Apenas cinco minutos después de salir del coche y entrar en el mismo portal que la pareja, Feli regresó al coche.

—Pues s'ha acabat el bróquil, de pisito nada: aquí alquilan habitaciones a todo lujo por horas.

—Así que es un *meublé* —dijo Pilar.

—Vaya, también sabes de eso, chica lista. Aunque ahora eso ya no existe, son *love hotels*, y cuestan una pasta. Bueno, hasta hay páginas web que tienen acuerdos con hoteles de los de toda la vida para alquilar habitaciones por horas —dijo Cipriano para que quedara claro que no solo se dedicaba a saber de leyes y cosas por el estilo—. Aunque, la verdad, se diría que este sitio es más bien de los antiguos: algún superviviente —concluyó.

Pilar no se amilanó. Qué se había creído el tío, que se las podía dar de gracioso enterado solo porque le había dejado tocarle un poco de pierna y una pasada por un pecho. Con ella no le iba a servir, menos, después de que se arrimara todo lo que pudo en el mirador y ella no notará ni una leve inflamación. Puro candidato a pitufo, a las pastillitas azules, y habría que ver si aun así.

—Cipri, mejor que no te hagas el graciosillo. Lo del folleteo también tiene clases. Los pudientes, a los de cinco estrellas. Si no mira al usurero del ascensor asiduo a ese hotel, según dicen con la Collares. Los más míseros, como parece que es este, de hostal o pensión y habitación cutre.

—Vale, nosotros dejamos el parloteo y que ellos follen o se den por ahí todo lo que quieran. O, mejor dicho, todo lo que pueda el viejo carnicero —sentenció Benancio—. Si os parece, quedamos para seguirlos el próximo jueves a ver si nos hacemos con un vídeo, eso sería lo más y hasta puede que le saquemos otra tajada a la rácana cornuda y más cuando se entere de esto; fijo que ni se lo imagina. ¿Me explico?

—La Agencia de Detectives el Rayo despega a toda pastilla. Som els que tallem el bacallà, somos los amos, los put… —exclamó con repentina euforia Feliciano, aunque la expresión de la cara de Pilar, le hizo parar. Aquello fue el remate para que todos estallaran en carcajadas.

Recobrada la calma, emprendieron el regreso a casa.

Aquel día se celebraba una de las exposiciones habituales en Montjuic seguidas de coctel y, como también solía suceder, la policía municipal aprovechaba para rellenar las arcas colocando controles de alcoholemia en la Avenida del Paralelo.

Cuando llegaban a la Plaza de España para tomar Cruz Cubierta y subir hasta Hostafrancs, les enganchó un control. La tasa de alcohol de Feliciano casi rompe el aparato, a pesar de que sopló dos veces en la ingenua creencia de que eso era una forma de aminorar el resultado.

Ahora no quedaba otra: tendría que conducir Benancio, que no es que anduviese más católico, sino que, demasiado entretenidos en

cazar conductores, ningún policía le había hecho soplar cuando el resultado no era susceptible de aportar beneficio económico.

—No em cardis!, en ninguna novela pasa esto por mamados que vayan. Y menos en las películas, en las que siempre encuentran aparcamiento a la primera y delante de la puerta… —Feliciano, repentinamente lúcido, paró el estúpido discurso; no llevaba a nada útil seguir. Luego miró a Cipriano—. Pero espero que tú, o alguno de esos amigos tuyos jueces, me libre de este marrón.

—Bueno, ya veremos, la cosa no es tan fácil…

—La mare que et va parir!, toda la puta vida presumiendo de contactos y ahora me vienes con esas. No em cardis! ¡No me jodas! —repitió y tradujo por si no había quedado suficientemente claro.

Cipriano no contestó, solo le faltaba ahora aquello. Echar un vistazo al sumario del Hotel Artes le estaba haciendo sudar tinta china y todavía no lo tenía solucionado. Maldito día en que chuleé contándole mi vida a esta gente.

Menos de una hora después, la pendiente hacia el desastre les dio un nuevo empujoncito: la devolución del Seat 850 derivó en un drama lorquiano, un indignado luto digno de la Casa de Bernarda Alba, con una ansiosa y hundida Restituta incapaz de superar el caótico estado en el que estaba el interior de su preciado coche, más semejante a una cochiquera que a la delicada carroza de Cenicienta que ella les había dejado, y menos aún de salir a la superficie tras descubrir el cuerpo decapitado del antes gracioso perro de resina. Aquello, para ella, representaba la nueva muerte de su marido. En mitad del cruce de insultos que se organizó, Restituta decidió abandonar la agencia; el Rayo podía continuar sin ella.

Para la agencia aquello era un desastre, no solo por el daño que habían causado a la vecina ni por el hecho de perder un miembro, sino porque, objetivamente, sin el Seat 850 era imposible concluir el trabajo el jueves siguiente. Pilar y Cipriano, por motivos distintos, tras huir del drama, no tardaron en preguntarse si todo aquello merecía la pena, más si Benancio no controlaba lo que parecía un serio problema con la bebida en el que antes no habían pensado y, en consecuencia, no era capaz de controlar a los miembros de la

agencia para que dejaran de producirse conductas tan impropias como las de aquella tarde. Que ellos fueran dos de los actores principales de los hechos acaecidos no pareció formar parte de sus pensamientos.

Además, no iban a cobrar un céntimo ni por la parte del encargo que ya habían hecho, pensó Benancio poco después, ya solo, al comprobar que, por alguna causa que no llegaba a comprender, las fotos habían desaparecido de su móvil.

Quizá la solución se presentará de repente, pensó Justina sentada en su casa junto a Benancio que, en mitad de su propia desesperación, había acudido a ella en busca de apoyo y consuelo y le había hecho un resumen de la situación.

Tal vez el remedio llegara solo o apenas sugerido por los personajes que poblaban la dilatada convivencia de aquel grupo, sin duda muy humano, con los ficticios detectives de los libros, del cine o de la televisión. Allí siempre ganaban los buenos; o al menos era así en las historias que ellos consumían.

LOS CUERNOS Y EL CORAZÓN «PARTÍO», Y DOS

El tiempo que podemos medir por su extensión es imposible de calibrar por su intensidad; desde Einstein es relativo. Y esa subjetiva percepción recorrió a cada uno de los componentes de la Agencia de Detectives el Rayo durante los días de espera, esos que debían dedicar a buscar la manera de conseguir culminar el caso de los cuernos, que ya era como todos se referían a él, aunque nadie lo hubiera bautizado.

Pilar fue la única que se libró de la tensa espera, quizá hubiera preferido no hacerlo: nada más llegar a casa, recibió una llamada de su madre con la noticia de que su padre había fallecido aquella misma noche. Sin demora y sin hablar con nadie, salió hacia Cariñena y nadie en Plaza Herenni sabía dónde estaba y tenían la impresión de que había huido, Dios sabría por qué. O, tal vez, solo era que se la había tragado la tierra.

A Benancio, Feliciano y Cipriano les tocó, tras aguantar la bronca de Restituta y su dimisión de la agencia, arrastrar orgullo ante ella, solicitar perdón una y otra vez y convencerla de que, si confiaba en ellos y les daba la oportunidad, le devolverían al coche todo el esplendor perdido.

Limpiar el coche no fue tan fácil, en especial deshacerse del olor a tabaco y alcohol impregnado en la tapicería: ni varios espráis ni los dos pinos ambientadores que colgaron del retrovisor fueron capaces de lograr tal proeza. Mas fortuna tuvieron al encontrar en los Encants, en perfecto estado, un hermano casi gemelo del perro decapitado, algo diferente en su color, pero que, una vez situado en su lugar, nadie pareció percibir el cambio o, quizá, prefirió no hacerlo.

Por su parte, Justina, seguía enfadada con el mundo por el fiasco de las fotos —a Benancio lo perdonó la misma noche que él se confesó con ella— y triste por la dimisión de Restituta. Aunque lo que peor llevaba era anticipar el ridículo de presentarse ante Remedios y no solo asumir su fracaso —¿cómo le voy a decir que su *marío* se la pega con otro tío y sin las fotos?—, sino dejar de cobrar y asumir los números rojos del gasto de la gasolina, los túneles de lavado y la horterada del puñetero perrito.

Silverio, por su parte, transitaba por otra esfera, o volaba en asuntos más elevados, como la investigación de lo ocurrido en el Hotel Artes o con las palomas mensajeras que cuidaba con devoción. El caso de los cuernos no le parecía una cuestión prioritaria, más bien un juego con el que entretenerse. Esta vez la magia funcionaría y él no tardaría en convocar una reunión para informar sobre los avances y establecer un rígido cuadro de tareas a seguir.

Por fin, el lunes las aguas regresaron a su cauce. Durante el fin de semana, Feliciano había anunciado que tenía un plan para el jueves y había convocado a todos en la portería para esa mañana. Parecía que lo más peliagudo del asunto era la necesidad de convencer a Restituta de que volviera a la agencia y les dejara el Seat 850, pieza imprescindible para llevarlo a cabo. La alternativa, la moto del Mago, parecía impensable.

—*Miarma*, Feli, mira que cagarla entre tú y el Bena con las fotos del móvil. A ver cuándo entráis en la *modernidá* —dijo Justina con condescendencia, no se trataba de meter más ácido al asunto, aunque pensaba que, si hubiera ido ella, nada de lo ocurrido hubiera pasado y ya tendrían la pasta.

—De todos modos, cualquier abogado con un mínimo de experiencia podría lograr que se desestimaran esas imágenes. —Cipriano miró a Feli—, si es que las tuviéramos, claro. Cuestionaría su autenticidad, la invasión de la intimidad y diría que es homofobia y delito de odio. Vamos, que las fotos no hubieran tenido peso alguno —concluyó al tiempo que se inclinaba hacia adelante enfático.

—La mare que et va parir! Tú eternamente igual, siempre con tu verborrea jurídica. Collons!, bastante lío tenemos para que vengas

con esa mierda. Además, a Justina solo le han encargado unas fotos que prueben que su marido se la está jugando. Que la tal Remedios no se enterase de la misa la media y la cosa no vaya con la sobrina sino con un gemelo del actor ese que hizo de Thor no cambia nada, y que sirvan o no en el juzgado a nosotros nos trae sin cuidado.

—Tú, Cipri, dedícate a librar a este —Benancio señaló a Feliciano— del marrón de la tasa de alcohol y déjate ya de legalismos que él tiene razón en que nos tienes hasta los huevos con eso. Y, por cierto, ¿cómo llevas lo del sumario del Hotel Artes? —en el fondo pensaba que la inutilidad de las fotos rebajaba la culpa que sentía porque hubieran desaparecido de su móvil.

—Ya que estamos con el hotel, os pondré al día de lo que he logrado averiguar —dijo el Mago que se había unido a la reunión en mitad del discurso del Cipri—. Bueno, primero os adelanto que, aunque lo siento, mi participación en el caso de los cuernos no será posible porque, entre lo del Artes y que me comprometí para echar una mano con la organización del concurso colombófilo que patrocina Ascensores la Paloma, voy de culo.

—Pues nada, Fer-ne cinc cèntims, nos hacemos idea de cómo va la cosa y tú sigues a lo tuyo y nosotros a lo nuestro —dijo Feliciano que no estaba dispuesto a que nadie se adueñara de una reunión que, al fin y al cabo, era él quien la había convocado.

—Pues ahí va el resumen —dijo el Mago sin ganas de polémica—. Lo primero es que lo ocurrido me parece muy raro. He visto el expediente de la revisión rutinaria que se había hecho antes y el resto de documentación a la que tuvieron acceso mis compañeros de la Paloma cuando el suelo del ascensor se vino abajo. La conclusión es clara: no había ningún problema con las sujeciones cuando se revisó ni lógica para que cediera la pared y de resultas se desprendiera el suelo, que es casi seguro lo que pasó…

—¿Entonces? —preguntó Benancio y provocó una mirada asesina de Feliciano.

—Pues que tengo que hablar con el abogado de Martín, porque él tiene que tener el resultado de la investigación de los Mossos que responsabiliza a la Paloma de esto, y ver qué hay. Otra posibilidad, que me ayudaría a pasar desapercibido y a que nadie sospeche que

ando con esto, es que por fin Cipri me consiga la copia en el juzgado. Con discreción, claro.

—¿Y a santo de qué andarme con tanto secreto? ¿Os parece ya poco complicado que lo consiga para encima esto? —dijo ahora el aludido que, cuando el Mago había nombrado al abogado, pensó que se libraba de buscarse la vida en el juzgado.

—Pues porque estoy casi seguro de que todo es un apaño. Me da la nariz —dijo y, antes de que nadie preguntara el motivo como estaba seguro que iba suceder con solo verles las caras, siguió—: Hay un par de tipos que aparecieron por la Paloma haciendo preguntas tras el accidente o lo que sea.

—Vés a pastar fang!, serían de los Mossos, ¡Vaya novedad! —interrumpió Feliciano con ganas de acabar con aquello.

—No, no lo eran —dijo el Mago cortante, pero sin entrar al trapo de la polémica—. A alguno de los compañeros les dijeron que eran periodistas y a otros que trabajaban para el abogado de Martín. Pero ni lo uno ni lo otro cuadra y, además, uno de ellos es seguro que era de Madrid —de nuevo, antes de que nadie preguntará el porqué, Silverio se anticipó—: El acento era inconfundible y, además y más llamativo, cojeaba, como si tuviera una de esas prótesis para amputados.

—¿Y s'ha acabat el bróquil, ya está todo? —preguntó Feliciano dispuesto a lanzarse a lo suyo.

—*¡M'ijo!,* mira que eres *pesao* —se lamentó Justina.

—Pues más o menos sí, es todo —dijo el Mago sin que tampoco ahora entrara a la provocación—. Salvo que juraría que, o esas casualidades en las que no creo existen, o he visto a ese tipo rondando por el club colombófilo—. Así que tened cuidado vosotros. Si me vuelvo a cruzar con él, que apuesto a que así será, intentaré hacerle una foto con el móvil y os la mando. Por eso lo de la discreción, Cipri. ¿Qué nos dice que no anden también controlando el juzgado y se enteren allí de que andamos en esto? —preguntó mirando al aludido—. ¿Lo entiendes ahora o te hago un plano? —añadió en un tono que dejaba lugar a pocas dudas—. Y ahora os dejo, que tengo que pasar por el club. Además de a ayudar, como os he dicho, a escuchar: la gente habla mucho, más si es pura chorrada

y buscas la pregunta adecuada —concluyó y, casi sin despedirse, se marchó por donde había venido.

Todos se quedaron en silencio, sumidos cada uno en sus pensamientos sobre las palabras de Silverio, que para unos habían sido lluvia sobre sequía que daba ánimos y para otros una inundación que igual los dejaba metidos en el fango hasta el cuello.

—¿No encontráis al Mago diferente?, no sé… no sabía que era tan… tan responsable, que se tomara las cosas tan en serio —dijo Benancio rompiendo un silencio que amenazaba con volverse irrespirable.

—¿Lo dices por las juergas que monta en el ático? Sabré yo las mujeres que suben en el ascensor y las pintas que tienen —preguntó Justina y se contestó ella sola sin que nadie hablara—. ¿O porque es gitano y ya se sabe, los gitanos y los andaluces somos *toos* uno vagos *descerebraos* y meapilas? —añadió con toda intención.

—No mujer, no me mal interpretes, que con esto de tanta corrección política tiene uno que cogérsela con papel de fumar. Ni una cosa ni otra —se defendió, aunque sin cuestionar el tópico—. Pero no me negaréis que un lumbrera y un prodigio de sensatez no es que aparente. Quiso ser mago y ya me diréis qué clase de profesión es esa, más cuando era tan malo que no pasó de las fiestas de cumpleaños y, aun así, todos los críos le adivinaban los trucos. Que si lo dejó de verdad no fue por ese rollo que cuenta del túnel carpiano. ¿Me explico?

— S'ha acabat el bróquil. Dejemos ese asunto, ¿no os parece? Y vayamos a lo importante —apuntó Feliciano como si hubiera olvidado que, si todo había empezado, había sido gracias a Silverio y a su idea para reparar el ascensor de la comunidad, y lo único sustancial fuera que él recuperase su prestigio de Robert Capa que ahora estaba a la altura de la suela del zapato—. Os cuento.

Todos asintieron, nadie comentó nada y, por un momento, a juzgar por sus expresiones, pareció que era unánime el acuerdo en que lo mejor era pasar sin más a lo del jueves.

—Apa! Todo está arreglado —arrancó Feliciano tras el rumor de crujidos que ocasionó que todos se acomodaran en sus sillas

mirando hacia él.

—¿Cómo que está arreglado? Si no tenemos las fotos. ¿Me explico?

—Mira, Bena, eso lo tengo resuelto: las tiene mi nieta.

—¿Cómo que las tiene tu nieta?

—Pues que las tiene ella y me las ha dado en un bolígrafo de conducir de esos.

—¿En un pendrive?

—Pues, Bena, lo que yo te he dicho: un bolígrafo de conducir. A ver si aprendemos idiomas, que luego el atrasado soy yo, collons!

—Ya nos explicarás cómo va a ser eso de que las tiene tu nieta —dijo Cipriano, que desde el corte de antes no había abierto la boca.

—Pues muy fácil. Mientras el sábado hacía un curso intensivo de móvil con ella, recordé que este —señaló a Bena— le pasó el teléfono con las fotos a la Pili y se lo dije a la niña por si ella tenía idea de cómo es que se habían desaparecido y si podíamos recuperarlas. Y ella me ha dicho que seguro que la Pili se había enviado las fotos a su teléfono, que eso es lo que hace todo el mundo cuando se encuentra con algo gracioso, y que lo de aquellos dos viejos toqueteándose tenía que ser para partirse de la risa.

—¿Viejos?, *m'ijo*. Pero si me habéis dicho que el maromo del Ramón no tendría más de treinta años.

—Pues eso, Justina, para la criatura, que tiene diecisiete y sabe más que los ratones coloraos, ya me dirás tú lo que es un tipo de treinta liado con uno de cincuenta y pico —dijo Feliciano en tono de provocación—. Así que he llamado a la Pilar.

—¿Y?

—Pues qué va a ser, Bena, que mi nieta tenía razón, así que bufar i fer ampolles: la Pili le ha mandado las fotos por una carta electrónica de esas…

—Dirás un correo —interrumpió Benancio.

—¿Otra vez? Correo, carta, todo es lo mismo, digo yo… Y mi nieta me lo ha copiado aquí —dijo al tiempo que se sacaba el pendrive del bolsillo y lo colocaba sobre la mesa—, y ella se lo ha guardado en las nubes.

—Será en la nube —dijo ahora Cipriano.

—¡No ibas a faltar tú! ¿Qué importa si es una nube, muchas o una borrasca entera? —nadie contestó—. Lo he resuelto, ¿o no?

—¿Y con ese chisme que hago yo? ¿Cómo le cuento a la Remedios que el lio de su marido es con un hombre y *toas* esas *marranás*?

Todos callaron, cada uno con la mirada extraviada en un punto distinto de la habitación, en un poco logrado intento de disimular que ese hueso se lo tendría que roer ella.

—Por cierto —dijo Cipriano como si se acabara de dar cuenta de repente—. ¿Dónde se ha marchado la Pilar? ¿Le ha pasado algo?

—A Cariñena.

—¿Y que hace allí?

—Pues supongo que beber vino no será lo principal. Imaginó que enterrar a su padre, que se ha muerto.

—¡Por Dios, Feli! Hasta los lagartos tienen más sensibilidad que tú. Pobrecilla mía.

—Desde luego, la empatía no es lo tuyo —añadió Cipriano.

—Es que yo no soy tan moderno como para tener empa… leches. Ya me lo decís todos —nadie se atrevió a abrir la boca—. El padre, al parecer, estaba hecho mierda, con Alzheimer y cagándose y meándose encima. Así que, como afirma Pilar, para él lo mismo daba o mejor así, y para los demás, en especial para la madre, un milagro.

Todos volvieron a callar de nuevo.

—Bueno, a lo que íbamos —intervino Benancio con intención de reconducir el asunto—. Creo que será más fácil que esto lo tratéis entre mujeres —dijo dirigiéndose a Justina y, antes de que ella pudiera decir nada, continuó—: Puedes hablar con Restituta. Tú no ibas en el coche y nosotros se lo hemos dejado como una joya, aunque el Cipri y yo nos hayamos dejado media pensión en lavacoches. No te pondrá pegas, seguro. Y entre las dos le dais las nuevas a la carnicera. Además, si antes le interesaba a la Remedios lo de las fotos, imagina ahora el escándalo que le puede formar al marido con esto.

Todos miraron a Justina.

—¡Qué Dios me ayude! —dijo y fue como si cayera el telón.

No fue fácil la misión de Justina, pero, poco a poco, a medida que Restituta se fue viendo de protagonista, las negaciones pasaron a ser una aceptación total.

Respecto a las fotos, con ayuda de la nieta de Feliciano, que parecía disfrutar más que nadie del reconocimiento de sus en verdad muy normalitas aptitudes informáticas, imprimieron las fotos más jugosas y, una vez con ellas y el pendrive en un sobre, se decidieron a quedar con Remedios en el mercado al mediodía del viernes, porque fue imposible que ambas vecinas cuadraran antes sus agendas plagadas de ineludibles revisiones médicas inoportunamente acumuladas que, en el caso de Justina, hasta le impedirían ayudar en la pescadería el resto de aquella semana.

—¿Justina?

—Sí, dime —contestó de inmediato al reconocer la voz de Remedios.

—Que mejor nos vemos a las dos. —Eran las once pasadas de la mañana del viernes—. ¡Ah!, y mejor en el Kimchi Mama…

—¿Dónde?

—El Kimchi Mama, el restaurante coreano que acaban de abrir en el Carrer del Callao, al lado de tu casa.

—¿Nos vas a invitar a comer? —preguntó con intención Justina, aunque, la verdad, qué puñetas iba a comer ella donde esos chinos o lo que fueran sin correr el riesgo de zamparse una rata. Por algo sabía todo el mundo que en cada vecindario donde se habría uno de esos restaurantes las ratas y los gatos callejeros no se volvían a ver.

En la línea se produjo un silencio, como si la llamada se hubiera cortado.

—Pues allí nos vemos —dijo Remedios sin responder a la pregunta, y esta vez, sin lugar a dudas, cortó la llamada.

A la hora prevista, Justina y Restituta entraron por la puerta del casi vacío restaurante. La farmacéutica, mucho más ducha en tales cuestiones, le indicó que serían tres a la joven camarera de

ojos rasgados que las saludó a la entrada con una inclinación de cabeza, y le solicitó una mesa en un lugar tranquilo, algo poco posible dadas las características del local: un estrecho pasillo central con mesas a cada lado directamente apoyadas a la pared por su lado más estrecho y que, con extrema dificultad, hubieran sido capaces de alojar a cuatro personas del volumen de Justina.

Un par de mesas antes de llegar al fondo del local, la camarera les señaló una preparada para cuatro personas y las invitó a sentarse. Luego, tras una nueva inclinación de cabeza, retiró uno de los servicios y se marchó a por la carta.

Justina ocupó una de las sillas más cercanas a la pared y, al acomodar el cuerpo al apretado espacio, empujó la otra silla hasta casi el pasillo. Restituta optó por sentarse frente a ella.

Mientras estudiaban la carta en silencio, algo impacientes por los ya diez minutos de retraso de la carnicera y bebiendo sorbos del agua a la espera de, presumiblemente, pedir un vino para acompañar la comida, vieron entrar a Remedios con una especie de jarrón con tapa en la mano.

Cuando la recién llegada se aproximó a la mesa, dudó un par de segundos, pero no tardó en decidirse por colocarse al lado de Restituta; había bastante más sitio para hacerlo.

—Ya era hora, *m'ija* —reprochó Justina una vez que la otra estuvo sentada y el jarrón donde antes estuvo el servicio eliminado.

—Sí —dijo Remedios sin más—. ¿Y tú y esta qué contáis? —añadió con desdén.

Restituta, a la que aquel tono le pareció de lo más improcedente, decidió acabar por la vía rápida. Sacó del bolso que había colgado de la silla el sobre con las fotos impresas y se lo plantó a la otra delante.

—Pues que aquí tienes tus fotos y ya puedes ir dándonos el dinero acordado —dijo cortante.

Remedios sacó la docena de fotos y las fue mirando de una en una sin inmutarse. Luego las volvió a guardar en el sobre y miró a las otras dos mujeres.

—¿Esto es todo?

—¿Te parece poco?, *miarma* —preguntó Justina cada vez más sorprendida y molesta.

La aludida no contestó y se limitó a empujar el sobre hacía la pescadera.

—Podéis hacer con ellas lo que queráis; yo no voy a pagaros ni un euro —Justina y Restituta se miraron sin saber qué decir, en sus caras el desconcierto era manifiesto—. Vaya, veo que sois las únicas en todo este maldito barrio que no os habéis enterado de que al mamarracho de mi Ramón, que yo creía tan machito y no era más que un maricón, el jueves de la semana pasada le dio un infarto en un picadero de la calle Córcega mientras estaba con ese *juláis* de ahí. —Señaló el sobre que seguía sobre la mesa—. Ese que al que, además, lo único que se le ocurrió fue salir por patas y dejar al fiambre en la cama. Total: policía, juez, autopsia y el imbécil detenido, y yo cabreada, hecha mierda y aguantando hasta hoy para que me dejaran quemar al estúpido lame vergas este. —Ahora señaló la que ya Justina y Restituta habían comprendido que era una urna—. Pues nada, podéis estar contentas, igual tenéis las últimas imágenes de esos dos sodomitas, seguro que de un par de horas de antes de que la diñara el muy gilipollas. Hasta puede que seáis capaces de venderlas por ahí a algún programa de mierda de la tele. Así que lo dicho, que disfrutéis de la comida, que yo no tengo hambre y tengo que tirar las cenizas al retrete. No estoy como para guardar basura en casa.

Sin una palabra más y sin esperar respuesta, Remedios se levantó, cogió otra vez la urna y emprendió camino a la salida perseguida por la mirada de las dos vecinas que observaron por la puerta abierta del restaurante cómo se detenía una furgoneta de reparto con la música a todo volumen: «De pronto un día / pasaste de pensar que pensarían / si lo supieran, / tu mujer, tus hijos, tu portera. / Que en el cine Carretas, / una mano de hombre / cada noche bucea en tu bragueta…»

Cuando estaba a punto de salir, Remedios se apartó para dejar pasar a un tipo cachas cargado con una caja de cervezas y se dio la vuelta.

—Por cierto, si os enteráis de alguien que quiera arrendar una carnicería o, mejor, comprarla, ya sabéis: darle mi teléfono. Porque cuanto antes me largue de este maldito barrio y más lejos esté el puto mercado más pronto dejarán de zumbarme los oídos con tanta habladuría y chismorreo. Por supuesto, si encontráis un comprador, os pagaré una buena comisión —dijo y, antes de salir, se volvió de nuevo y las miró altivamente —Justina y Restituta, al oír lo de la comisión, no pudieron evitar una carcajada.

EL JUEZ Y LA GASOLINA

Aquel jueves un viento frío barría la calle, había diluviado todo el día hasta que a aquella hora crepuscular había parado la lluvia, pero todavía se oían desde dentro de la portería el chapoteo de los coches al atravesar los charcos.

—¡Vaya día de perros!, ya nos podía haber citado en otro momento, ¡quina merda! —dijo Feliciano. No le gustaba nada la lluvia ni tampoco que Cipriano los hubiera convocado, según él, para un asunto importante. Menos después del fiasco de la cabrona de la carnicera de hacía un par de semanas. Aunque, por lo menos, nadie pudo echarle a él la culpa por lo de las fotos.

—No digas eso; ni que hubieras tenido que estar cantando bajo la lluvia a lo Gene Kelly —dijo Restituta al tiempo que ella tarareaba la canción y todos se reían—. Si nos ha citado, será por algo importante. Algún asunto de esos judiciales que le gustan al Cipri… Bueno, y ahora tiene el encargo de hurgar en lo del ascensor, que el tiempo pasa y el nuestro no se va a arreglar solo. Así que…

—Claro, ahora que lo dices —interrumpió Benancio—, seguro que será para algo sobre el sumario del Babas, del usurero. ¿Me explico?

—¡*Cagontó* lo que se menea! —dijo Justina molesta, cada vez más harta de que no les saliera una a derechas—. *Too* lo que ustedes queráis, pero el Cipri dijo a las siete, y son y veinte y aquí no ha *llegao*.

Por un momento, el ambiente pareció contagiarse de la misma mezcla de fastidio, incomodidad, intriga y complicidad que dominaba a los presentes sin decidir a qué lado inclinarse. Pilar decidió romper el encanto, la frágil pared de vidrio.

—Lo siento, pero yo espero diez minutos más y hasta luego Lucas. El Mago me dijo que hoy no podía venir y yo llego tarde a

una cita —añadió sin dar detalles sobre el hombre con el que había quedado por la *app* «Solteros 50». Se las prometía felices.

Todos asintieron con la cabeza; ninguno parecía dispuesto a derrochar paciencia, así que esperarían diez minutos y cada oveja a su corral. Además, ese día ponían *Citas* en la tele y nadie quería perderse aquello para ver si aprendían de la serie algo de eso que, al parecer, Pilar ya dominaba.

Por su parte, aunque nadie lo supiera aún, Cipriano había conseguido hacerse con una copia del sumario, pero el precio de sus nuevos alardes de investigador había sido asumir un compromiso que, por mucho que hubiera presumido de ser capaz de resolver en un pispás, pintaba más que crudo cumplir si no contaba con el apoyo del Rayo al completo.

Llevaba toda la tarde dándole vueltas a la manera más adecuada de exponerlo para que el grupo, que de leyes nada, entendiera el charco en el que andaban y lo que él se jugaba. Estaba claro que lo primero era eso: hacer sangre y que le agradecieran como es debido el riesgo que había asumido.

Luego, como estaba seguro de que le dirían lo de siempre, que era un exagerado y que dejara de dárselas de abogado, tendría que crear expectativas, entusiasmo por el beneficio.

Para lo primero haría lo habitual, inflar sus conocimientos —ellos eran ignorantes y no iban a pillarle en el renuncio— y exagerar las consecuencias legales, inflar el riesgo. Para ir creando ganas, empezaría por llegar media hora tarde a la cita. Ese truco se lo había visto usar mil veces a los abogados que tenían a las visitas esperando como tontos antes de atenderlas para dárselas de ocupados e importantes. Había quien decía que eso era también cosa de los médicos, que por eso hacían esperar a los pacientes. Pero no, lo que tenían en la sanidad era exceso de aforo.

Cuando ya tenía todo planeado, Pilar le avisó de que Silverio no podía ir y maldijo su suerte porque aquello le complicaba la jugada: el Mago, el mayor beneficiario del expediente judicial, seguro que le habría apoyado en todo desde el primer minuto.

Con aquella contrariedad dándole todavía vueltas en la cabeza, a las siete y media en punto, apareció Cipriano por la puerta y se dio

de bruces con Pilar que, con su parca y el paraguas en la mano, se disponía a salir de allí la primera tal y como había amenazado.

—Vaya, Cipri. Un poco más y te quedas solo; ya nos íbamos. Más te vale que sea importante lo que nos quieres decir. Y ándate, que nos tienes en ascuas. ¿Me explico?

—Sí, es muy importante. Os cuento.

Cipriano comenzó por insistir otra vez en el mismo tema con el que ya les tenía aburridos desde que el asunto del juzgado se planteó: que si el juez había dictado secreto del sumario; que si podía acabar entre rejas si le enganchaban, que, además, jodería al compañero que le iba a echar una mano y a ellos, porque acabarían inculpados como cooperadores necesarios…

— Vés a pastar fang! Nos sabemos ese discurso de memoria —interrumpió Feliciano, que enseguida adivinó la intención de darles miedo—. ¡No te enrolles, Charles Boyer!

Todos rieron.

—Feli, mira que eres viejuno, dirás que no flipe y corte el rollo —apostilló Pilar, y la risa pasó a carcajada.

—*Efectiviwonde*r —dijo Restituta para evidenciar que ella no era tan antigua, aunque lo cierto era que esa expresión solo la conocía porque estaba cansada de oírsela a la mayor de sus nietas y, por otro lado, de moderna la cosa nada de nada.

Benancio decidió reconducir la reunión antes de que se desmadrara más. Además, para entonces, la cara de Cipriano era el mapa del desengaño. Se había quedado con la palabra en la boca y se diría que no sabía cómo seguir.

—¡Venga!, por favor, dejemos que el Cipri acabe. ¿No teníais prisa? ¿Me explico?

Lo cierto es que más allá de su cara, mezcla de cabreo y desconcierto, había entendido que había equivocado la estrategia, que tenía que ir al grano: palabras simples y hechos más concretos. Y que intentar meterles miedo solo provocaba que se pusieran más chulos aún o como mínimo no llegar a ninguna parte. Igual iba siendo el momento de que aquello de que eran un equipo fuera acercándose a la realidad; aunque, claro estaba, no todos igual de listos.

—Gracias, Bena. El tema es sencillo, he conseguido el sumario, pero a cambio de un favor. Ya sabéis, *quid pro quo*, yo doy y tú me das —dijo con tono de entendido e hizo una pausa para ver la reacción de la audiencia.

—Vaya, pues yo creía que eso era *do ut des* —volvió a la carga Pilar que había leído cómo Pepe Guerrero, uno de los protagonistas de *El hombre que no sabía nadar,* una novela negra de un tal Javier Luque, le daba el mismo corte a otro personaje tan listillo como Cipri.

Las risas regresaron, pero un expresivo gesto de la cara de Benancio devolvió la paz y la atención a lo que Cipriano tenía que decir.

—Resulta que me lo ha facilitado un antiguo colega, cuyo nombre me callaré por motivos obvios —puntualizó más para dar misterio al asunto que porque el nombre fuera relevante.

—¿Y cuánto nos va a costar el favor? Collons! Que aquí todos vamos a dos velas —interrumpió otra vez Feliciano que parecía tener ganas de gresca.

—Feli, ¿quién ha dicho nada de dinero? Se nota que eres catalán —contestó Cipriano que, más que molesto por la interrupción, estaba contento de tocarle las narices al fotógrafo.

—Tens pebrots!, ya estamos con que la pela es la pela, siempre con la misma historia de la tacañería catalana. Estoy hasta los huevos de eso, pero para buscaros aquí la vida si estáis dispuestos. Además, si no es eso, ¿qué es?

—Pues si no me interrumpís más, os lo acabo de contar.

Un silencio expectante, en el que flotaban las palabras que nadie se había atrevido a pronunciar, se instaló en la habitación. Feliciano decidió aprovechar y proseguir sin esperar a que a alguien le diera por volver a las andadas.

—El asunto es que el juez Hércules Ricci, que es quien ha llevado la instrucción del caso, está hasta las pelotas de que le roben la gasolina de su coche. Según me contó mi contacto, al principio pensó que era algún fallo del motor, pero su mecánico le dijo que todo estaba perfecto, que vigilara, que la única explicación es que alguien le estaba chupando la gasolina —calló un segundo para ver

si de verdad entendían de qué hablaba. Sus caras de atención le confirmaron que sí—. Entonces…

—¡Claro! —interrumpió Benancio que parecía que la parada había servido para traerle a la memoria a aquella empresa de transportes a la que le robaban la gasolina de los furgones. Uno de aquellos casos de la agencia de Detectives Suárez en los que él recordaba que su participación fue fundamental—. Tu colega misterioso quiere ponerse una medalla delante del juez, que debe ser su jefe, descubriendo al hijo de puta que le roba la gasolina, y tú quieres que nosotros lo descubramos. ¿Es así o no es así?

A Cipriano no le hizo maldita la gracia el comentario; ya le había fastidiado el discurso, porque eso era, justo eso, y mejor explicado imposible. Al final iba a resultar que el Benancio no exageraba con sus historias detectivescas y era bueno de verdad en aquello.

—Pues sí, justamente se trata de eso. ¿Qué me decís? ¿Vamos a por el caso? ¿Somos o no somos en el Rayo una agencia de detectives que vamos a por todas? Además, si le digo que sí y me pasa el sumario, el Mago seguro que saca de él buenas pistas para la historia que más nos interesa.

—Y de lo mío, ¿qué? —dijo ahora Feliciano que parecía que de golpe había recordado que aún no se había librado de la multa por conducir bebido.

La sonrisa sarcástica que se dibujó en el resto de los rostros dictó sentencia sobre lo que opinaban sin necesidad de comentar nada, hasta que Pilar decidió apuntillar.

—Anda este, yo creía que era fotógrafo y resulta que nos ha salido político: primero yo y luego también yo. Eso sí, por vuestro bien —dijo sarcástica.

Ahora, abierto el fuego, todos decidieron sumarse a los disparos: «No te jode, no haber bebido si ibas a conducir». «Serás *malafollá,* menuda cara te gastas*, m´ijo*». «Hubiera estado bien que te preocupara lo mismo el coche, ¡que como no era tuyo!». «Ahora no viene al caso lo de la multa, estamos aquí para otra cosa. ¿Me explico?».

Mientras aún resonaba el amago de bronca, Restituta abrió el bolso y sacó una bolsa de Huesitos y la rasgó con estrepito. Todos la

miraron interrumpiendo sus comentarios y ella, sin ofrecer, sacó una de esas chuches y se la llevo a la boca.

—Collons! No sabía que eras de los de la memoria histórica, y ni siquiera ofreces —dijo Feliciano dispuesto a cambiar de tema.

—¿Y qué tontada es esa, Feli?

—Mujer, está claro: te gusta sacar huesos.

—Anda y vete a paseo, o a comprar pasteles, que seguro que te gusta más, que tú eres de los del Puigdi.

—Pues no sé de qué hablas.

—Vaya, resulta que tan catalanista y tan listillo y no sabes que tu ídolo era pastelero. Bueno, y toda la familia más de derechas que Franco y unos meapilas que ya te digo; tanto que se dedicaron a esconder curas cuando la República —atacó otra vez Restituta.

—¿No me estarás dicien…?

—*M'ijo*, ¡ea!, déjalo ya y acabemos de una vez —dijo Justina; el rollo político le fastidiaba sobremanera y, si derivaba a criticar lo religioso, peor.

A Cipriano le pareció que aquel ambiente, que se enrarecía por momentos, daría al traste con la reunión, así que se decidió a intervenir y retomar el asunto. Levantó los brazos con las manos abiertas y las movió como si pretendiera echar a volar.

—¡Calma calma!, tranquilizaos, dejemos la política y vayamos a lo que nos interesa. Y tú, Feli, de lo tuyo ya se verá en su momento. Ahora lo que toca es planificar lo que vamos hacer con lo de la gasolina del juez Hércules Ricci.

Las cabezas de todos asintieron en un sí colectivo.

—Si este tío se llama Hércules, además de juez, será buen detective, ¿digo yo? —soltó Pilar con una sonrisa.

—Claro, como el de Agatha Christie, ¿no? —apostilló Restituta.

—¡Por Dios! Qué tendrá que ver el tocino con la velocidad. Vayamos al asunto de una puta vez —exclamó Cipriano cansado de tanto cachondeo.

—Eso digo yo, por la Virgen del Rocío, ya está bien, *dejaos* de *chuminás* —ensartó Justina que se levantó y se quedó con los brazos en jarras.

Todos se resituaron en las sillas, era evidente que esperaban a que, como siempre, Benancio tomara la voz cantante y explicase qué hacer y, más que nada, cómo hacerlo. El reto estaba aceptado, eso era ya un hecho.

—Bueno, ya que todos estáis de acuerdo —dijo al tiempo que hacía un repaso visual por los presentes a modo de escáner—, vamos a organizar una vigilancia y grabaremos al chorizo que le trinca la gasolina al juez. ¿Me explico? —nadie dijo nada ni respondió a aquella pregunta retórica que era la cansina muletilla de Benancio—. A ver, Cipri, dinos dónde aparca el juez, las horas que permanece allí y todos esos datos; para organizar la vigilancia.

El ego de Cipriano se elevó al cubo, aparcó su verborrea jurídica, que resultaba inútil con ellos, y se lanzó a facilitar todo lujo de detalles: los días de la semana que asistía a la Ciudad de la Justicia y los que estaba en el juzgado de guardia, las horas, los sitios donde invariablemente aparcaba el coche, la matrícula, el modelo; todo.

Benancio, al tiempo, tomaba nota de todo en el mismo bloc que utilizaban para anotar los puntos del dominó y, cuando Cipriano acabó de hablar al cabo de algunos minutos, retomó la palabra.

—Bien, nos vamos a organizar por parejas, la Justina con el Feli, la Restituta contigo. —Señaló a Cipriano—. Y tú, Pili, vendrás conmigo. Si os parece, me estudio bien esto y mañana dejo aquí encima del parchís los turnos, las horas y el sitio de la vigilancia. ¿Me explico?

—Como un libro abierto, y vamos a darle leña al mono que es de goma. Esto está chupado —dijo Pili con entusiasmo.

—¿Y el Mago? ¿Se va de rositas o qué? —señaló Feliciano que, en principio, cuando oyó lo de grabar cada pareja con sus móviles le dio rabia; ahora que dominaba el puñetero teléfono, ya se habían olvidado de que él era el excelente fotógrafo. Aunque qué más daba, a pesar de las clases de su nieta, siempre podría salir algo mal. Así que menos responsabilidad para él.

—Feli, dejemos al Mago que siga revolviendo en el hotel o lo que sea relacionado con lo del ascensor. Él ya nos informará cuando tenga algo importante que contarnos —dijo Benancio y, por una vez, no concluyó con la muletilla de siempre.

Pasaron seis días y volvieron a reunirse convocados por Benancio: tenían algo que celebrar. Habían conseguido un vídeo donde se veía bien claro a un joven que abría la tapa del depósito de gasolina del coche del magistrado, introducía un tubo de goma y aspiraba para hacer de sifón desde el depósito hasta cada una de las latas de cinco litros. La imagen era nítida y clara, no había error posible ni se necesitaba nada más para identificar al autor.

Otra cosa es que el asunto no fue tan sencillo y que ninguna de las guardias establecidas en el plan se realizó según lo acordado y ahora, aunque la misión había sido exitosa, era el momento de aclarar las cosas.

—Cipri, ya tenemos el vídeo, así que se lo puedes dar a tu contacto. Habrás pagado el favor y, además, podrás presumir de abogado y buen detective —Benancio paró de hablar, pero antes de que Cipriano contestara nada, cambió de tono—. Todo está bien, pero por casualidad, la verdad —tampoco ahora nadie dijo nada—. Si no es porque Pili y yo tuvimos suerte y pudimos grabar ese vídeo, no sé lo que hubiera ocurrido. ¿Me explico? Si queremos ser una agencia de detectives, una seria, hemos de cumplir las normas. Y deberíamos haber cumplido las que establecimos aquel día. Y lo cierto es que cada uno ha hecho lo que le ha dado la gana, y eso no puede ser. ¿No tengo razón? —preguntó dirigiéndose a Silverio.

Él no sabía lo que había pasado, él estaba en otra onda, intentando avanzar en lo del ascensor. De todos modos, si Bena lo decía, imaginaba que tenía razón.

—Así es —dijo lacónicamente.

—Claro, Mago, para ti es fácil darle la razón. Tú en esta guerra nada, no sabes ni de qué va. Pero a mí me tocó ir con Justina y ella se presentó media hora tarde. Así que a mí que no vengan ahora a darme la bronca porque cuando llegamos el coche ya no estaba, Collons! —dijo Feli.

—Oye, *miarma*, no seas *apollardao*, que yo ya te advertí que llegaría después de que acabara Montalbano. O sea que no te quejes. Además, este —señaló a Benancio— nos colocó el turno de noche, el peor, y está claro que el fulano se largó del curro antes de hora. Pues que le den —dijo Justina furiosa porque Feliciano se

hubiera puesto de chivato y acusica cuando ella se había callado que a él se lo encontró con el móvil sin batería, igual que la otra vez.

Cipriano pensó que, ya que la cosa había tenido un buen final y él iba a quedar como Dios, no era cosa de dejar que el ambiente siguiera caldeado; pero acabó echando agua a un fuego de gasolina: mal asunto; lo encrespó más.

—Bueno, es igual, lo que importa es el resultado. Restituta tampoco se presentó y fui solo; y no pasa nada.

A Restituta el comentario no le molestó menos que el de antes a Justina, más cuando su justificación era de lo más convincente, de importancia vital.

—Sí, es verdad lo que dices, Cipri, pero, a ver, yo quiero que me digáis quién de vosotros se atreve a saltarse la cita del Sintrom. Yo ya te mandé un mensaje al móvil, Bena, para avisarte de que ese día, a esa hora, no podía ir. Pero pasaste de mí y no me contestaste.

Benancio lo recordaba, y también que no quiso hacer ningún cambio. Ahora parecía que era él mismo el que, como Froilán, el sobrino del rey, se había metido un tiro en el pie. Era momento de doblar la esquina y dejar aquello atrás.

—La cuestión, lo importante ahora, es que ya habéis visto que el ladrón es el hijo mayor del Antonio el Ferri.

—¿Quién es ese tal Ferri? —preguntó el Mago.

—¡Caray!, es el dueño de la ferretería. Es que tú no te enteras de nada o qué —dijo Cipriano.

—¡Ah!, el chico ese que trabaja en Globo.

—Sí, el mismo. Pero con la mierda de dinero que les dan y contratados como autónomos, no me extraña que tenga que mangar la gasolina. Son unos cabrones esclavistas, no sé yo cuando la justicia va a terminar con eso. Y ahora, con ese vídeo, encima vamos a joder al chaval. ¡Maldita gracia! —dijo Pilar.

—Mujer, nosotros no denunciamos a nadie, solo cumplimos y pagamos un favor, lo que haga el juez con eso no es cosa nuestra —remarcó Feliciano que temió que el furor sindicalista de la cartera acabara contagiándose y mandando todo al garete.

—Vale, hemos finalizado un trabajo, lo que venga después no lo sabemos ni nos importa, así es como trabajan los detectives:

cumplen el encargo y punto. ¿Me explico?

Mientras hablaban, Silverio había aprovechado para echar un vistazo a la grabación; Benancio se la había mandado.

—¿Alguno habíais visto antes a estos tipos que aparecen en el fondo, como si salieran del juzgado? ¿A ese más alto y al otro que cojea, que anda medio rígido? —dijo de golpe, señalando la pantalla. Todos prestaron atención y, después de intercambiar miradas entre ellos, negaron con la cabeza.

—¿Por qué lo preguntas? —dijo Restituta.

—Porque, aunque se ven muy mal, diría que son los mismos tipos que os dije que habían andado husmeando por La Paloma. Al menos el cojo. Así que, si volvéis a verlos, tratad de enteraros de quienes son de verdad o qué mierda hacen, porque es seguro que algo hay. Bueno, ahora me voy. —Se levantó y se dirigió hacia la puerta. Ya en el quicio, se giró—. Lo siento, pero tengo que dar de comer a las palomas. Y espero, Cipri, que tu amigo cumpla ya que está pagado el favor. Tengo varias cosas del asunto de Martín Prats que ese sumario me ayudará a confirmar. Y a todos nos interesa acabar pronto con esto sino queremos dejarnos la salud en las escaleras —concluyó y, antes de que nadie dijera nada, ya se había ido.

El vacío que dejó la marcha del Mago quedó flotando en el ambiente, se quedaron sin palabras. Si alguna duda les había entrado sobre la grabación, el argumento de Silverio era tan demoledor que no dejaba lugar a duda.

Como siempre, fue Benancio el que rompió el frágil encantamiento.

—No hay más que hablar. Si estáis de acuerdo, que el Cipri entregue ese vídeo —apuntilló y luego, con una sonrisa, añadió—: Os dais cuenta de que somos unos detectives fantásticos, estoy seguro de que acabaremos siendo famosos. Reíos del comisario Jaritos, del comisario Brunetti, del subteniente Bevilacqua y la sargento Chamorro o de la inspectora Petra Delicado…

—Vale, Colombo —cortó Pilar y todos rieron.

Ya había caído del todo la tarde, el viento había cesado, y las estrellas jugaban al escondite entre las nubes de un oscuro cielo sin luna. Nadie podía sospechar que la Agencia de Detectives el Rayo no

tardaría en hacer gala una vez más de su eslogan *El Rayo soy donde me llaman voy*.

LA FIRA DE LA GENT GRAN

El viernes habían acabado su particular campeonato de parchís y Restituta estaba eufórica, había ganado las tres partidas y además llevaba una buena puntuación en la libreta del dominó al que también jugaban a veces entre parchís y parchís.

—Bueno, ¿os parece que mañana vayamos a pasear por la Fira de la Gent Gran? —dijo con entusiasmo.

Todos se quedaron sin saber que contestar, nunca habían ido juntos a ningún acto, pero parecía que ahora con eso del Rayo se había establecido entre ellos una especie de compadreo. Aunque, en verdad, lo de la agencia de detectives parecía estar en un desagradable punto muerto; ya había pasado más de un mes desde que entregaron aquel video al juez y Cipriano se hizo con el sumario. A pesar de ello, quizá debido a que Silverio, que era en quien recaía ahora intentar resolver el misterio de lo ocurrido en al ascensor, parecía centrado totalmente en las palomas y en el campeonato nacional que estaba próximo a celebrarse, nada se había avanzado en la resolución del caso y todo seguía detenido: el ascensor del edificio en la planta baja y el señor Prats en el módulo de preventivos del centro penitenciario Brians 1.

—¿De qué va todo eso? —preguntó Pilar que no tenía idea de que iba la feria.

—Es que mi hijo tiene un estand allí de accesorios para la gente mayor, y quiero ir a verlo. —Al ver a Pilar moviendo los hombros en señal de que aquello no iba con ella, aclaró—: Pili, no es por ver accesorios para los viejos, es que podemos dar una vuelta por el moll de la fusta y luego ir a tomar un vermú al paseo del Port Vell.

—A mí me parece buena idea —dijo Cipriano—. La pena es que no podré ir. Por cierto, dile a tu hijo que el bastón plegable que me

trajiste me ha ido de coña. Ya tengo bien el pie y no lo necesito. Así que, si me lo puede recomprar, me irá de cojones. Está nuevo.

—Joder, Cipri, ¿Te ha contagiado el virus el Feli? Igual es que has tomado café en su casa y te ha echado uno de esos azucarillos que se lleva de las cafeterías, junto con los palitos y todo lo que pilla con tal de no comprar azúcar en el super ni gastar las cucharillas. ¿Me explico?

Todos sonrieron.

—Pues no, no he tomado un café en su casa, aunque lo que sí me pasa es que ando jodido de pasta, supongo que como todos. Aunque de momento no trinque a puñados los caramelillos de mierda que ponen en La Caixa como hace este —dijo Cipriano dispuesto a echar más leña al fuego de la coña—. No sueltas una moneda del bolsillo ni que te maten —añadió mirando a Feliciano.

Las sonrisas se mudaron a carcajadas.

—Cipri, vas a tener razón con eso del dinero —dijo Feliciano lejos de enfadarse—. Lo que sucede es que soy buena persona. Si cuando llevo dos monedas en el bolsillo me gasto una, la otra la añora y llora, y a mí me da pena —añadió y los dejó a todos con la boca abierta—. ¡Quina merda! —siguió cuando cesaron la risas—. Dejar ya todo eso. Además, ya sabéis que el sábado tengo birras con la peña del Barça —concluyó aunque nada tuviera que ver una cosa con la otra.

Al final, solo Pilar y Benancio se apuntaron, el resto se escusaron. Silverio por lo de siempre: las palomas, Justina porque tenía que atender en el puesto del mercado y el Cipri por una historia con los del juzgado que nadie entendió o que le sonó a cuento chino porque, llana y simplemente, no tenía ganas de ir.

El sábado amaneció como lo que era, un día de mediados de Julio, de cielo despejado y tan azul que parecía que las nubes se habían tomado fiesta de fin de semana.

Cuando Restituta, Pilar y Benancio emergieron a la superficie en Colón, tras su recorrido en la línea tres del metro, y se encaminaron a la entrada sur de FiraGran, lucía un sol de verano tan de justicia que la temperatura solo se volvía algo más soportable por un ligero

levante que movía los palos de los yates haciéndolos sonar en su balanceo.

Una vez allí, se dirigieron al estand de Comercial Orthos S.L., que exponía bastones de todo tipo, cascos protectores, barras de sujeción, asientos de baño, herramientas telescópicas de agarre, eslingas ergonómicas, calzadores de calcetines, andadores y otras muchas cosas; pero, en especial, sillas de ruedas y hasta una silla eléctrica Terra de Bischoff & Bischoff que era la novedad.

La instalación del hijo de Restituta estaba cerca de la entrada norte, de modo que hasta que llegaron pasaron por un gran número de las de otras empresas expositoras. Había muchísima gente, incluso algún grupo organizado en que todos sus componentes iban como corderos detrás de un guía que los pastoreaba con un paraguas con la punta cubierta por un pañuelo de vivos colores. Eso sí, todos eran gente mayor.

Para ninguno de los tres vecinos, y recientes investigadores privados, aquel espectáculo que se alimentaba de la decrepitud resultaba un estimulante de la felicidad o de la simple alegría, así que, contagiados de la misma desanimada festividad, pasearon sin cruzar palabra, inmersos cada uno en sus poco positivos pensamientos.

Pilar se preguntaba que carajo hacía en aquel lugar. No tenía por qué estar allí y se arrepentía de haberse apuntado. Restituta, que ya conocía de qué iba aquello, estaba contenta, pero solo por ver a su hijo sin tanto colegio y las nietas de por medio; simplemente verlo a él y sin la pantera de la trepa de su esposa cerca. Y Benancio se dedicó a compararse con los presentes y a sentirse tan victorioso que se otorgó una medalla de oro, aunque no tardó mucho en que su Pepito Grillo le convenciera de que tampoco estaba tan lejos de ellos, que era más que probable que pronto, aparte de la viagra, iba a necesitar algún refuerzo más, quién sabe si alguno de aquellos espantosos aparatos. Aunque mirar a la derecha, al muelle donde estaban los yates atracados, le devolvió una voz más agradable que le dijo que, ya que estaba allí, aprovechara para respirar la brisa marina.

Cansada de tanto caminar, nada más llegar al estand, después de besar a su hijo y presentarle a Pilar y a Benancio, Restituta se sentó en una de las sillas de ruedas.

—Vaya, que bien se te ve sentada ahí, está hecha a tu medida —dijo Benancio por hacer un chiste, pero, de entrada, solo logró que tanto Pilar como el hijo de Restituta le lanzaran una mirada asesina.

—Pues sabes, Bena, si esto te hace gracia, ya verás la risa que te entrará cuando necesites una grúa de esas para que te levanten de la cama —dijo la aludida seria, señalando una pequeña cama situada en la pared sur del estand que tenía acoplado un elevador eléctrico, un cojín de ayuda a la rotación, una almohada ergonómica y una barra de agarre en la pared.

—Bueno, mamá, vamos a calmarnos un poquito, no te tomes las cosas de este modo —dijo y miró a su madre con gesto cariñoso—. Por cierto, tengo un problema y me vendría bien que me ayudaras con él.

—Dime, hijo; lo que sea —contestó y se puso de pie.

—Mamá, resulta que tengo un pequeño estand a dos pasos de aquí, en el Hotel Artes. Mañana domingo se celebran allí unas conferencias sobre ortopedia y a algunos nos dejan exponer allí, pero resulta que la chica que iba a ocuparse de aquello me ha dejado tirado. Así que, si tú pudieras atender eso, me harías un gran favor.

—Lo entiendo, hijo, pero yo sola… la verdad, no sé si voy a poder hacer eso que me pides.

A Restituta le encantaban las películas de las tardes de los domingos, esas en las que siempre hay un lago, montañas nevadas, casas con muchas flores y personajes noruegos muy educados; por eso no le gustaba pasar esas tardes fuera de casa. Así que lo que le pedía su hijo no era tan fácil. Además, siempre era lo mismo: que si las nietas que si esto que si lo otro. ¡Caray!, que se lo pidiera a la arpía de su mujer.

—Pero, mamá, es que es importante para mí, si no, no te lo pediría. Además, no tienes que hacer casi nada, solo dar folletos, catálogos y recoger tarjetas de los que se interesen por algo. Ya verás, ese hotel te va encantar y se come de maravilla, el

restaurante tiene estrellas Michelin y la empresa, naturalmente, te lo paga todo.

Para Pilar oír eso de las estrellas Michelin fue como si le tocara el cupón de la Once. Conocía el sitio. Bueno, en realidad, había ido un viernes por la tarde al casino, a la sala contigua en la que organizaban sesiones de baile con música en vivo, pero no volvió porque todos eran unos viejos. Sin embargo, se quedó con las ganas de entrar al lado, al hotel de lujo, pero sobre todo se prometió que antes de morir comería en el restaurante con estrellas Michelin que había allí dentro; aunque tuviera que ligarse a un viejo ricacho para eso.

—Restituta, si quieres, yo te puedo acompañar.

—¡Magnífico!, así podréis hacer alguna demostración —apuntó sin dudar el hijo—. Y lo dicho, todo a nuestro cargo, faltaría más.

Pilar sonrió, movió los hombros y, con las manos, se alisó el cuello de la blusa y después la falda, como si quisiera plancharla todavía más.

—¿Demostraciones? ¿A qué te refieres? —dijo Benancio que había estado callado después de su metedura de pata.

—Pues a demostraciones del uso del material, claro. A ver —dijo y se dirigió a su madre—. Mamá, túmbate en esa cama.

—No, hijo, no. Vale lo del hotel, pero yo no estoy para esos trotes. Que se tumbe Pili.

—Vale, ya me tumbo yo —concedió y se colocó encima de la cama al tiempo que ya se veía deleitándose con uno de aquellos fantásticos menús degustación.

—Abre las piernas y las colocas encima de este cojín de ayuda de giro —dijo el hijo de Restituta y a Pilar, sin saber muy bien por qué, le regresó a la memoria la cabeza del Cipriano empujando el culo de Restituta en el contenedor y pensó que por qué leche se le habría ocurrido llevar a ella falda aquel día; ahora se las tendría que remangar un poco para encajarlas en las patas de aquella especie de eme vuelta hacia arriba.

—Abre un poco más para que encajen. Como si fueras a dar a luz y ya verás cómo en un plis plas te giro sin que te des cuenta.

Sin mucho entusiasmo, Pilar se arremangó más la falda y abrió más las piernas. Con el meneo, sus bragas quedaron a la vista de todos: una brasileña de encaje y seda transparente que se compró cuando la cita esa de la *app* que resultó ser una mierda, pero de algún modo las tenía que amortizar.

Benancio, que no se perdía detalle, ni de la posición ni de las partes pudendas de la Pilar, añadió a la escena el recuerdo de la Unión de la Vaca, con aquellos lúbricos glúteos exhibidos como ofrenda, y pensó que no sería mala idea intentar apuntarse a la propuesta del hotel, a gozar de aquellas demostraciones que quién sabía dónde acabarían.

Pilar, sin embargo, se bajó de la cama tachándose a sí misma de idiota por su vestimenta y por dejarse arrastrar a semejante exhibición. La cara de baboso incorregible que mostraba Bena dejaba poco a la imaginación sobre el efecto que había causado. Quizá fuera buena idea desdecirse de ir a eso del hotel, pensó.

—¿En lo del hotel también hay una cama de estas? —preguntó antes de plantear la renuncia.

—No, no la hay —dijo el hijo de Restituta con una sonrisa que transparentaba que había captado el porqué de la pregunta—. Es un sitio demasiado pequeño. Más que nada, la idea es hacer contactos con traumatólogos y ortopedas para que receten y recomienden nuestros productos. Aunque, por aquello de llamar la atención y que se acerquen, es bueno hacer pequeñas demostraciones —añadió y buscó entre las cosas que había por allí una eslinga ergonómica—. Mira, ven, deja que te la ponga por detrás de los riñones. —El resultado fue un abrazo, aunque, sin duda, muy profesional—. Y ahora, usted venga aquí y tire de estas eslingas —dijo dirigiéndose a Benancio. Luego, volviéndose otra vez a ella, añadió—: Y tú haz como si no te pudieras mover.

Benancio obedeció y en un segundo se vio acoplado a Pilar, sus duros pechos erguidos —sin duda tetas operadas, pensó— apoyados contra él. A continuación, el ortopeda prosiguió con las instrucciones y las manos de Benancio acabaron bajo los glúteos de Pilar hasta aposentarla en una silla.

Aunque las intenciones de Benancio eran tan trasparentes que Pilar pensó que de un momento a otro la saliva del hombre le iba a escurrir por el canal abierto entre sus pechos, se dejó hacer: dejarle disfrutar un rato bien valía una comida de lujo. Además, ella también le estaba cogiendo el gusto al zarandeo.

—Oiga —dijo Benancio concluida la sesión de equivocas caricias—. Estoy pensando que quizá puede venir bien que yo acompañe a las señoras al evento, ¿Me explico?

—Sí, no hay problema en ello y no es mala idea —dijo el hijo de Restituta—-. Pero si repiten esta demostración, no se olvide de que se trata de ir mucho más rápido —concluyó porque a él no se la daban con queso y aquel viejales lo que quería era repetir magreo y jugársela a que ella lo matase de un infarto. Pero bueno, eso no era su problema—. Pues necesito que me dejen los carnés de identidad y llamo para que les tengan sus acreditaciones preparadas como expositores. Y muchas gracias a los tres, ya verán que lo pasan bien.

—Bueno, hijo. Nosotros nos vamos y ya te contaré cómo ha ido todo.

—Vale. Recuerda que mañana tienes que estar a las nueve en la recepción.

—¿A las nueve, tan pronto?

—Está bien, nueve o nueve y media. El evento empieza a las diez y media en el gran salón Puig i Cadafalch, en el estand solamente tenéis que colocar los folletos y los catálogos, y encender el monitor que emite nuestros vídeos.

—¿Monitor? Hijo, yo de eso de ordenadores ni idea.

—Mamá, es muy simple, basta con ponerlo en marcha.

—Restituta, no te preocupes, yo lo sé hacer —dijo Pilar.

Cuando los empleados de la ortopedia que se habían ido a tomar algo regresaron al estand, los tres detectives del Rayo se despidieron y se marcharon de la feria. Una vez en la calle, decidieron que, dado que se iban a ver al día siguiente, lo del vermut mejor quedaba pendiente para entonces y, en lugar de en el puerto, lo tomarían en el hotel. Así que se encaminaron al metro para regresar a sus casas.

Ninguno podía sospechar que hacer un favor, ejercer de azafatas y azafato de congresos el domingo en el hotel Artes, se convertiría en escalar, cada uno a su manera, un buen número de peldaños en el prestigio obtenido como detectives —entre sus compañeros y fuera de ellos— de la llamada a ser cada vez más insigne Agencia de Detectives el Rayo.

CONGRESO EN EL HOTEL ARTES

El domingo amaneció con una inusual tormenta de verano —por adelantada—, de manera que Restituta sugirió utilizar el Seat 850 para ir hasta el hotel, su hijo le había dicho por teléfono que dejara el coche en el aparcamiento, que él se encargaba de todo y no se preocupara de pagar nada; ya pasarían la factura a la empresa.

Llegaron justo a las nueve y media, y al entrar en el hall del hotel tuvieron que esperar una pequeña cola de otros expositores que aguardaban para recibir sus tarjetas acreditativas al XXI Congreso de Ortopedia y Traumatología.

—Fijaros que bonito y lujoso es todo esto —dijo Benancio, tan emocionado que olvidó su eterna muletilla. Estaba claro que no se arrepentía de haberse apuntado a esa misión, aunque se perdiera el partido del Barça.

—Bena, es verdad. Mira todos esos jarroncitos violeteros de vidrio transparente que están encima de esa mesa redonda, Cada uno con su clavelito. A eso le llamo yo ser fino, bonito y elegante —dijo Restituta y se volvió a Pilar para buscar su ratificación.

—Llevas razón, jarrones por todos lados —contestó Pilar por decir algo; ella lo que quería saber era dónde estaba el restaurante de las estrellas Michelín no fueran a terminar llevándola a comer a otro sitio después de aguantar aquello. Sería como para pegarse un tiro. Mejor tener dominado el terreno para cuando llegara el momento.

—Pili, te veo despistada, como si anduvieras en otro mundo. —Restituta parecía que se había dado cuenta, así que Pilar pensó que lo mejor era ir directa a la herida y no andarse con rodeos.

—Mira, Restituta, voy a serte clara, yo no he venido aquí a hablar de mi libro, como decía aquel, el Francisco Umbral. No, yo he venido a comer en ese restaurante lujoso, ese que nos aconsejó tu hijo, el de las estrellas —al ver el anuncio de cabreo en la cara de Restituta,

añadió condescendiente—: Bueno, además de ayudarte con lo de tu hijo, naturalmente.

—Entonces no tienes de qué preocuparte. No te apures, iremos todos a ese restaurante, yo también tengo ganas. Estate tranquila y vamos a lo que hemos venido. Luego nos organizamos.

Al poco recibieron unas tarjetitas de color amarillo, las acreditaciones como expositores que les daban una cierta libertad de movimiento por todo el hotel.

De camino al estand, no pararon de comentar lo lujoso y bonito que era todo, en especial el juego de cascadas que daba acceso al lobby interior.

La veintena de expositores estaban situados en el extremo del pasillo del acceso al Gran Salón Puig i Cadafalch, que se agrandaba en un hall donde, aparte de la veintena de estands, en un extremo había dos mesas; una con platillos, vasos y tazas; la otra, con una cafetera y jarras con zumos.

Enseguida empezaron a llegar asistentes, con su gafete blanco prendido de la solapa, que fueron rápidamente entrando en el Salón.

—Vaya, te has fijado, no nos han hecho ni caso. ¿Me explico?

—Bena, que ahora todos esos médicos van a la conferencia, ya verás cuando hagan los descansos cómo se llena esto de gente —dijo Restituta que recordaba, de una vez que acompañó a su hijo a una pesadez de conferencia, cómo todos salían a gorronear el café y las pastas en los *coffee break*.

—Bueno, yo, si no os importa, voy a tomar un café. Ya que es gratis y aquí no hay ni Dios…

—Vale, Pili, pero, ya puestos, vete a comprar el *Diez Minutos* o el *Lecturas* y el *Hola;* un par de ellas, las que sean. Esto va a ser aburrido por lo que estoy viendo. Esta semana no he ido a la *pelu* y no he leído ninguna, así que podemos aprovechar —dijo Restituta.

Pilar asintió con la cabeza y se alejó en busca del quiosco donde abastecerse de la prensa rosa, pero sin disimular cierto falso desdén en el gesto; ella también leía las mismas revistas, pero no pensaba reconocerlo y ponerse a la altura intelectual de la farmacéutica. ¡De eso nanay de la China!

Efectivamente, como preveían, en el momento de cada *coffee break* aquello se llenó, con la misma rapidez que si hubiera sonado una alarma de incendio, de congresistas con sus tazas de café y sus dulces y canapés. Para los expositores ese era el momento en el que tenían trabajo repartiendo tarjetas, folletos y catálogos. Pilar se movía encantada entre aquellos tíos de aspecto elegante y señorial, y cuerpos trabajados en el gimnasio, a lomos de bicicletas y en las canchas de pádel. Por el contrario, las señoras le parecían unas insulsas estiradas de tetas operadas —nada importaba que las suyas no fueran más naturales—, labios y pómulos inflamados de ácido hialurónico, pestañas postizas permanentes y dosis semanales de radiofrecuencia para las arrugas. Aunque, quizás, el problema no era la presunta banalidad de ellas, sino como unos y otros tonteaban, reían y charlaban como si el mundo les perteneciera por derecho propio.

Cuando el inicio de una conferencia se anunciaba, aquel toque a rebato dejaba todo vacío, sin un alma, con la sola presencia de los empleados del catering en las mesas, y la de los expositores en sus minúsculos cubículos.

En el que atendían Restituta, Pilar y Benancio, él no dejaba de buscar la manera de provocar una demostración con aquellas eslingas ergonómicas y volver a darse el gusto de, como se solía decir en su lejana juventud, arrimarle la cebolleta a la Pilar. ¿Qué hago aquí si no?, se decía una y otra vez. Las mujeres, entre tanto, leían las revistas para no aburrirse.

Pilar había elegido el *Lecturas* y paseaba la vista por las más que insinuantes fotos de la televisiva y exconcejala de los Yébenes por el PSOE Olvido Hormigos. Que contase con todo lujo de detalles sus andanzas con el otrora famoso conde Lequio no tenía nada de raro, pero, sin duda, sí atesoraba su mucho de morbo en opinión de la cartera.

—¡Vaya! Al final la hermana de la Letizia se divorcia —dijo Restituta que estaba enfrascada en el *Hola*.

—¿Y quién es esa? —preguntó Bernardo.

—Hijo, ¿tú de dónde sales? Pues quién va a ser, la reina —dijo Pilar divertida al tiempo que dejaba su revista sobre el mostrador.

—Eso hasta yo, que no me interesan nada esos chismorreos —dijo señalando la revista—, lo sé. Me refiero a esa hermana de la que habláis. ¿Me explico?

—Pues la hermana pequeña, la que vive aquí, en Barcelona y está casada con Jaime del Burgo, un abogado y empresario que se pasa todo el año fuera y, cuando viene, en lugar de a la casa de la mujer, se queda a vivir aquí, en este hotel.

—Vaya, ni los de hacienda saben tanto de estos dos: les has hecho el padrón.

—Nunca está demás conocer a los poderosos. Y ahora, mientras esta se plantea el divorcio, la otra anda con su amiga la Obama en la Zarzuela.

—Eres una caja de sorpresas, Restituta. Pero dejemos esto y vayamos a comer, que ya es hora, y dejemos a la realeza para otro rato.

—¡Caray! que prisa, si son las dos y hasta las cuatro y media no empieza otra vez el sarao. ¿Me explico?

—Bena, no la liemos y vayamos ya. La Pili tiene razón.

Poco problema tuvieron para encontrar mesa: aquel templo de la vanguardia gastronómica estaba medio vacío. Los recibió un camarero enfundado en una camisa blanca de manga corta abotonada hasta el cuello, pero exenta de corbata, y embutido cual butifarra en unos pantalones negros estilo *slim fit,* de indudable practicidad para ir de pesca y no mojarse los bajos al entrar en el agua. A lo Julio Iglesias, pensó Benancio nada más verle. A Pilar, más a lo suyo, no se le escapó el detalle de la sonrisa de dientes lavados con Colon doble acción —Colon lava más blanco, se dijo Restituta recordando el eslogan publicitario y sin saber que compartía atracción con Pilar— ni los músculos que como tabletas de chocolate se marcaban en el abdomen ceñido por la camisa ni la serpiente que descendía tatuada remarcando el poderoso bíceps del brazo izquierdo del camarero.

Para cuando algo más de dos horas después salieron de allí, Pilar iba algo achispada por el abuso de copas de vino, pero satisfecha del derroche de lujo y exquisitez de platos como la enorme tabla que representaba una huerta plantada con melón *thai*, frambuesa,

gunkan de escalivada, ensalada de verano, tomate y oliva, y el crujiente de maíz del aperitivo; o las quisquillas crudas en un jugo, ligeramente trabado, de tomate asado con toques marinos de algas; o el resto de especialidades de nombres no menos largos.

A Benancio todo aquello le pareció, sin duda, un engañabobos esnobista montado para escurar los bolsillos, y Restituta solo pensaba en el maldito momento en que consintió con aquello del maridaje de vinos que había supuesto el certero puntillazo a la mala estocada que ya tenía garantizada por la comida. Su hijo iba a tener que vender muchas prótesis a todos aquellos estirados para entrar en beneficios con la dichosa jornada en el Artes.

—Mira que he disfrutado —dijo Pilar cuando ya estaban de vuelta en el estand a la espera de que desfilaran por allí los congresistas de nuevo—. Esa manera de que te expliquen los platos: «pues hoy tendríamos mero cocinado a la brasa con cuscús de algas y tallarines texturizados de zumo de limón, que aportan unos agradables toques de acidez y de textura cartilaginosa; percebes; puntitos de espinacas, y algas». Y esa forma tan elegante de hablar del camarero mientras me miraba: «un exquisito plato de pescado *fine-dining*».

—Sí, mucha virguería, y el maromo un chulo piscinas finolis. Pero yo le pongo más alpiste a mi jilguero. ¿Me explico? Que porque no hay tiempo, pero, si no, igual me iba a comerme unos buñuelos de bacalao a La Cova Fumada.

—Bena, estás hecho un carcamal. Que aparte de esos buñuelos, la butifarra con judías y la tortilla de patatas hay más cosas. ¿Sabes? —dijo Pilar con sorna.

—¿Con cebolla o sin cebolla? —dijo él al tiempo que la miraba con su mejor sonrisa burlona y se echaba a reír.

Mientras tanto, Restituta callaba todavía conmocionada con la factura del restaurante. Su única preocupación era conseguir clientes para su hijo y solo pensaba en la mejor manera de que no se les escapara ni uno.

Según se aproximaba la hora de la nueva conferencia, los futuros asistentes desfilaron y, muchos de ellos, pasaron por el estand, recogieron tarjetas y catálogos, incluso alguno hizo preguntas sobre

el material, pero, para disgusto de Benancio, ninguno parecía por la labor de asistir a una exhibición de la indudable utilidad de las eslingas ergonómicas que él había dejado estratégicamente a la vista.

—Buenas tardes. ¿Qué garantía tiene esta silla? —le preguntó a Benancio un hombre sacándole de sus pensamientos—. Es que no parece muy resistente —dijo el tipo señalando la foto del catálogo.

Benancio se lo quedó mirando un par de segundos sin contestar. El tipo era tan gordo que al moverse, incapaz de guardar el equilibrio quieto, sus michelines parecían un colchón de agua. Por fortuna, antes de que a Benancio le diera un ataque de risa, sonó la llamada a la conferencia y el hombre se alejó sin esperar la respuesta.

—Vaya cachalote de tipo, no sé qué hace aquí —dijo Pilar a punto de la carcajada.

—¿Pues qué va a hacer? ¿No le has visto la acreditación colgando? —dijo Restituta.

—Pues, más que dispuesto a asistir a una conferencia, parecía que estaba pensando en comprase una silla para él. Por eso le interesaba tanto saber las toneladas de peso que resiste la que vende tu hijo. ¿Me explico?

—No, Bena, eso que dices es imposible.

—¿Por qué dices eso, Pili?

—Porque ese tío ahí no entra ni con calzador y menos cuando se quite la faja y se desparrame. Si en la sala esa le habrán tenido que dejar dos asientos o tres para él solo —añadió y se echó a reír.

Benancio y Restituta no pudieron evitar unirse a las carcajadas contagiosas. Mientras el eco todavía resonaba en el ahora casi desierto lugar, una pareja pasó por delante de ellos. Ya casi habían desaparecido de su vista, cuando Restituta, que los observaba de soslayó, cayó en un detalle.

—Callar un momento…

—¿Qué te pasa? Si no molestamos a nadie.

—La Pili tiene razón, no sé por qué no podemos reírnos, si nos oyen esos expositores y las camareras, que les den, nosotros a lo nuestro.

—Callaos de una vez y escuchadme. ¿No habéis visto a esos que acaban de pasar por delante nuestro?

—Será por delante de nosotros —corrigió Pilar recordando lo mejor que había sacado de aquella *app*, «Solteros 50»: una clase magistral con un corrector editorial sobre la cada vez más insistente incorrección en el uso de los posesivos. Un tipo que de «lengua» sabía mucho, pero de cómo usarla, bastante menos.

—Pues lo que yo he dicho…

—No, porque no es adecuado usar un posesivo con los adverbios locativos —remató remarcando las dos últimas palabras.

Restituta miró a Pilar y pareció que iba a contestar, pero, en lugar de eso, miró a Benancio y se encogió de hombros.

—Vale, por aquí delante. ¿Y qué pasa? —intervino Benancio.

—¿Recordáis que el Mago nos dijo que había un par de tipos que andaban por la Paloma haciendo preguntas? —los dos asintieron con la cabeza—. Pues me juego la pensión de este mes a que el hombre que ha pasado por aquí con la limpiadora del hotel lleva una pierna ortopédica. Y aquí, en el Artes, fue donde ocurrió lo del Babas.

—Vale, supongamos que es cojo —dijo Pilar mirando hacia el tipo que había vuelto sobre sus pasos después de dejar a la empleada y ahora se tomaba tranquilamente una taza de café con unas pastas en una de las mesas—. Pero seguro que no es el único lisiado de toda Barcelona.

—Claro, seguro que es uno de estos congresistas que ha salido a mear, ha pegado la hebra con la de la limpieza a ver si caía algo y, ya que parece que no ha logrado nada, se ha conformado con tomarse un café. ¿Me explico? Al menos eso es gratis.

—Bueno, ya que estamos aquí, nada perdemos por intentar averiguar algo, su nombre aunque sea. Así el Mago lo puede investigar —concluyó Restituta.

A Benancio le molestaron las palabras de la farmacéutica. ¿Acaso el Mago era detective? Lo de investigar, en todo caso, le correspondería a él. A pesar de todo, no dijo nada, aunque su cara lo decía todo.

—Bueno, ¿y qué hacemos? —dijo Pili dirigiéndose a Benancio para ver si él hacía lo de siempre: gobernar.

A buenas horas mangas verdes, pensó Benancio, aunque en realidad no supiera quienes eran los cuadrilleros de la Santa Hermandad a los que hacía referencia aquella sentencia. Que le preguntaran al Mago y él les diría, ¡Qué caray, cada palo que aguante su vela!

Restituta leyó en la cara de Benancio el vulgar ataque de cuernos que sufría porque ella hubiera sacado a relucir al Mago, pero no lo iba a dejar así. Además, aquello de sentirse Petra Delicado, como el día del solar, le gustaba.

—Bueno, he visto que es congresista y voy a ver si averiguo su nombre.

—¿Y cómo lo sabes? Igual es un huésped del hotel —dijo Benancio molesto, se estaba cabreando cada vez más porque ella tomara la iniciativa.

—¡Caray! Pues porque llevaba una acreditación, una de esas tarjetitas blancas. Me voy; quedaos al mando de esto.

Pilar, que no paraba de mirar hacia la mesa de los cafés, se dio cuenta de que, por su forma de moverse, no era difícil imaginar a aquel tipo como un pirata con pata de palo, un parche en el ojo y cara de malo. Menos por el parche, justo como el Mago había dado a entender. Decidió que tampoco ella iba a quedarse sin hacer nada, así que, sin más, cogió un montón de folletos y, con ellos en la mano, salió tras Restituta. Pero, una vez fuera del estand, la primera tomó rumbo a recepción y la otra el sentido opuesto, hacia donde estaba Jack Sparrow tomando café.

—¡Que me quedo solo! –exclamó Benancio como el que clama en el desierto—. ¡Hay que joderse! —añadió, aunque sin que el volumen de su voz sobrepasase el de un murmullo. Él, que era el detective, cuidando del puto estand que le importaba un huevo. Mientras aquellas dos aficionadas a la novela negra echarían la investigación a perder y todo se quedaría en agua de borrajas.

Al cabo de tres cuartos de hora, Restituta volvió al estand. Estaba orgullosa de su gestión: había sido muy fácil, pero no pensaba confesarlo; le pondría al asunto unas cuantas y dolorosas espinas

imaginarias, a la postre no hay rosas sin ellas. De entrada, antes de regresar, deambuló un buen rato por el hall del hotel.

La cosa había sido llegar a la mesa de acreditaciones, soltar un buen rollo a la jovencita que lo atendía sobre que el tipo había estado en el estand y había dejado encargado un buen pedido, pero que ella —es que ya estoy vieja y torpe, le dijo— había perdido la tarjeta con los datos del cliente. ¿Sería tan amable de darme sus datos? Al principio la treta pareció condenada al fracaso, pero, un par de frases más tarde sobre la dureza de la vejez y el dolor de defraudar la oportunidad que le había dado su hijo para sentirse útil, la cuestión quedó reducida a lo imposible de dedicar más de una hora a revisar las fichas. Y bastó que ella describiera la característica cojera del hombre para que la joven que la atendía desde el principio y la otra secretaria que se había unido a la conversación intercambiaran un par de comentarios jocosos sobre el tipo baboso que les había tirado los tejos con nulo estilo, con piropos groseros y con ninguna gracia.

—Bueno, Bena, el tío se llama Otilio Arenera López. Parece que viene de Madrid, pero lo de llamarse Otilio me escama y no estoy nada segura de que el domicilio que figura en la ficha sea verdadero.

—¿Y eso por qué?

—Pues porque no conozco Madrid, pero tengo dudas sobre llamarse así y vivir en el número trece de la calle Rúe del Percebe. Pero supongo que el Mago sacará algo en claro de los datos.

—¡Pero qué coño dices! —bramó Benancio al instante, aunque se arrepintió de inmediato. Tanto Mago arriba y abajo le tenía desquiciado. Tenía que intentar serenarse—. Perdona, es que por experiencia tengo claro que a ese tipo hay que investigarlo ya. Tú lo dijiste: eso de la casualidad no existe.

—Sí, eso también es cierto. Además, el asesino siempre vuelve a la escena del crimen. ¿No?

—Bueno, no adelantemos, que ni siquiera sabemos si hay asesino.

—Claro, claro —se justificó ella—. Por cierto, ¿sabes dónde para Pili? La dejé repartiendo folletos, pero de eso hace ya mucho rato. ¿Qué hora es?

Benancio se había quedado sin batería en el móvil, buscó en la cazadora que tenía encima de la silla, metió mano en el bolsillo y sacó un reloj.

—Casi las siete.

—¡Caray!, ya es muy tarde. Por cierto, vaya reloj bonito llevas ahí. Es un Festina, ¿no? ¿Por qué no lo llevas puesto?

—Es que no es mío, es un regalo para mi nieto. Lo compré el viernes, a ver si aprende a mirar la hora sin tanto dígito y tanto móvil. Que van a terminar todos tontos.

—Ah, claro, por eso me ha parecido que era pequeño; un modelo infantil, pero te habrá costado un dineral. Podrías haber dicho que te lo envolvieran para regalo.

—Prefiero envolverlo yo mismo, es más personal. ¿Me explico?

Menos mal que se le ocurrió esa salida, no le iba a contar que lo había comprado de saldo a un mantero y a saber si era más falso que Judas. Aun así, fue un zarpazo a sus finanzas.

—Tu nieto estará contento —concluyó ella—. Pero a lo que íbamos, ¿sabes dónde para la Pili?

—Ni idea, ya vendrá, y ahora que ya salen los de la última conferencia vayamos a lo nuestro, que para eso estamos aquí.

A LA CAZA DEL PIRATA

Cuando Pilar salió disparada con los folletos en la mano, no sabía qué hacer para conectar con el misterioso cojo. Dándole vueltas a la situación en su cabeza, aterrizó en Almodóvar y en sus mujeres siempre al borde del ataque de nervios: marchó directa a por el tipo, se tropezó con él y tomó suelo, cuan aeronave averiada, junto a los folletos desparramados y los restos de café que lo embadurnaron todo al tiempo que taza y tozos de platillo rodaban por el pavimento.

El hombre, sorprendido por el golpe que a punto estuvo de derribarlo a él en compañía de la taza, se sobresaltó y, de repente, se vio en Palma Nova siete años atrás, tirado encima de media docena de vestidos playeros impregnados de la sangre que manaba de su pierna. Mientras su instinto le llevaba a adoptar una actitud defensiva, vio a la mujer que estaba a sus pies, tirada en el suelo con cara de espanto, agitó la cabeza para apartar los malos recuerdos y se agachó con esfuerzo para intentar ayudarla.

—¿Se ha hecho usted daño? —Pilar no contestó, se limitó a mirarlo fingiéndose más aturdida de lo que estaba—. Disculpe, es que no la he visto venir —dijo y tendió el brazo para que ella se agarrase a él para incorporarse.

—Soy yo la que lo siente; iba despistada como una tonta y menudo desastre —se lamentó en tono sensual mientras elevaba hacia él una mirada lánguida y se recomponía la vestimenta. Con la caída, la larga falda negra que vestía, ajustada y con su gran abertura lateral al estilo chino, se había abierto al máximo y dejaba más que sus muslos al aire y, a través de la blusa blanca manchada de café, allí donde el golpe había desabrochado un botón, asomaba el provocativo encaje del sujetador y una generosa porción rosada de uno de sus pechos.

—Espere, voy a avisar a una camarera para que la ayude a hacer algo con las manchas de esa blusa —dijo el tipo con pretendido aire caballeroso, pero que no lograba disimular la impostura y la costumbre de transformar en ventaja la falta de una parte de su apéndice inferior.

Sin necesidad de que el hombre llevara a cabo su propuesta, una camarera se aproximó con una servilleta húmeda en una mano y un recogedor y un cepillo en la otra. Le entregó la servilleta a Pilar y se agachó para recoger los folletos esparcidos.

—No se preocupe, bárralos y ya está; ya no sirven para nada. Y perdone por el estropicio —dijo mientras se frotaba las manchas de la blusa.

La camarera sonrió sin decir nada y se dedicó a retirar con el cepillo los restos del desastre.

—Déjeme, aún le queda mancha —dijo el hombre en tono melifluo y se dispuso a coger de la mano de Pilar la servilleta que ella iba a abandonar sobre la mesa que estaba allí al lado convencida de que, hiciera lo que hiciera, la mancha no saldría hasta que lavara la blusa.

—No hace falta. La mancha de café no se va a quitar.

—Pero algo más se puede disimular. ¿No dudará de mis intenciones? Soy un caballero —dijo chulesco, la viva estampa de un chulapo a punto de bailar un chotis, en lo que a él le parecía una inmejorable insinuación.

A Pilar, aquella pose de superioridad, le tentó la moral en exceso; no había ido allí a que un aspirante a pirata de tierra adentro le tocara los ovarios por mucho nombre de TBO que tuviera y mucho apellido palíndromo con el que presumir, que ella tenía una cultura y aquello de las palabras que se leen igual en ambos sentidos hacía años que lo tenía sabido. Aunque, total, dejarle que le rozara una teta con el paño tampoco era un precio demasiado alto para hacerse con él; cuanto más cachondo estuviera, más se le soltaría la lengua, que seguro, lo mismo que al tal Javier, a aquel corrector pretencioso, tampoco le serviría para otra cosa.

—Pues cómo guste —dijo remarcando el gusto.

El presunto Otilio tomó la servilleta y, al principio con sumo cuidado de evitar ciertas zonas, empezó a pasar el paño por la blusa. Luego, animado por el estoicismo de la cartera, fue dirigiendo el masaje con pretendida sutileza hacía la ampliación del escote que, con intención, Pilar había mantenido al no abrocharse de nuevo el botón de la blusa. El juego continuó por un par de minutos: él aumentaba el ritmo y la presión; ella no se daba por aludida.

Cuando Pilar consideró que había llegado a la medida justa, el punto en que reina la duda de si una está dispuesta a proseguir a mayores o no lo está, convencida de que, como siempre decía su abuela, tiran más dos tetas que dos carretas, decidió que ya era bastante.

—Vale, es suficiente, lo siguiente es pasar por la lavadora —dijo con la mejor de sus sonrisas.

—Bueno, al menos permítame que la invite. Es lo mínimo que puedo hacer en disculpa por provocar la caída y para compensar la pérdida de los folletos.

Pilar ya se esperaba aquello; el momento en el que se lo tenía que poner algo más difícil si quería mantener el control de la situación y no que aquel tío pensara que la tenía en el bote o, peor, que fuera tan idiota que se la imaginara ya rendida en su cama. Así que, ante aquel Johnny Depp de pacotilla, ella tiraría de la Laurent Bacall de *El sueño eterno* capaz de hacerse con todo un Humphrey Bogart.

—No hace falta, se lo agradezco; pero seguro que usted es un hombre muy ocupado —sus pestañas se agitaron como un abanico y la sonrisa se tiñó de la sensualidad de una seductora timidez—. Además, tengo que volver al estand.

—Pero, mujer… ¿Puedo llamarla Pilar? —dijo tras leer el nombre en el gafete—. Será solo un rato y yo me quedaré más tranquilo, así sabré que el golpe no te ha dejado secuelas.

—Bueno, como usted quiera, pero solo si es un ratito. ¿Dónde vamos?

—Aquí mismo, en la coctelería del hotel estaremos bien. Pero podemos tutearnos, ¿no crees?

A Pilar eso del tuteo le hizo gracia, todos los que iban de duros empezaban igual. Esa fingida caballerosidad viejuna le parecía hortera y fuera de lugar, pero ella era detective y de las buenas, así que no iba a ser menos que su admirada V.I. Warshawski; no llevaba medias de seda, pero sus muslos no resbalaban menos.

Llegaron a la coctelería, situada en la planta tercera, tras un viaje en ascensor que llevó a Pilar a preguntarse si era creíble que aquel pulido y moderno aparato prodigio de la técnica pudiera desplomarse al vacío en cualquier momento como al parecer había ocurrido con el que llevaba al usureo de pasajero.

Se acomodaron uno al lado del otro, con el skyline de la ciudad como horizonte visto desde el ventanal y sus rodillas rozándose en un suave vaivén continuo propiciado por la generosa abertura de la falda de Pilar. Otilio no tardó en prometérselas muy felices, así que cuando un camarero, que por vestimenta y aspecto le llevó a ella a preguntarse si habrían sacado todo el personal del mismo gimnasio, se acercó con el imprescindible aparatejo electrónico para tomar el pedido, él pidió dos Negroni Sbagliato sin molestarse en consultar.

—¿No es muy pronto para una copa?

—Mujer, nunca es pronto para estar con una chica como tú.

Pilar se limitó a esbozar una sonrisa mientras pensaba que, además de poco original, era cursi de cojones, y eso de llamarla chica… lo de siempre: dárselas de protectores. Cuanto antes le saque a este tío información mejor, y a otra cosa mariposa, se dijo.

Esquivó el galanteo, la mezcla de prepotencia, la cursilería y el machismo, y se enteró de que ni era médico ni ortopeda ni nada relacionado con aquel evento.

Después de la tercera copa, los roces de rodilla se convirtieron en una mano sudorosa sobre su pierna desnuda y en continuos acercamientos de mejilla, y en Pilar pensando en que la situación cada vez era más vomitiva y no por el alcohol que empezaba a ser excesivo.

—Entonces, ¿qué haces aquí? ¿Necesitas cambiar…? —le miró la pierna, pero enseguida se dio cuenta de que igual no era el mejor camino, así que rectificó—. Perdona, no quería referirme a eso.

—Tranquila, no pasa nada, hace ya casi siete años que pasó. Estoy aquí por otros motivos... No puedo hablar de ello.

—Cuanto secretismo, ni que fueras policía —concluyó en tono jocoso.

—No, no soy policía —dijo repentinamente algo más serio, tanto que Pilar empezó a dudar de que esa parte formara parte de su mala estrategia de ligue.

—¿Y qué te pasó?, ¿un accidente? —preguntó ella regresando a la pierna o la falta de una porción de ella, porque ya hacía rato que había comprobado con sus ojos que una prótesis sustituía a su pierna derecha desde la rodilla.

—Bueno, no se puede decir que una bomba lapa sea un accidente. —La cara de asombro de pilar fue genuina y el tipo pareció comprender que había hablado demasiado, pero se dijo que lo que se empieza se acaba y aquella hembra se merecía el envite—. Supongo que entiendes por qué no puedo dar más explicaciones sobre mi misión. Ya sabes lo que dicen siempre en las películas…

—Tendrías que matarme… —se adelantó ella y soltó una carcajada nerviosa apenas contenida. Lo mejor era concluir aquello.

Otilio no añadió nada. No hacía falta, para él, ella ya estaba en el bote y solo era cuestión de conseguir su teléfono.

Por su parte, Pilar estaba segura de que él la deseaba y para nada necesitaba que acabara sospechando que ella estaba allí investigando, o preguntándose por qué alguien parecía muy interesado en hurgar en lo ocurrido en el hotel cuando en su momento nadie se había cuestionado nada distinto a la versión oficial.

—Vaya, que tarde es, me van a matar en el estand. Seguro que me están buscando. Debo irme. —Se levantó, se alisó la falda y, cuando se despedía, él le pidió su teléfono. Pilar se lo dictó, pero puso especial cuidado en desordenar los números tal y como tenía planeado.

Cuando Pilar llegó al estand, los últimos grupos de congresistas abandonaban el lugar y todos los expositores recogían sus chiringuitos.

—¡Vaya! Nos tenías preocupados, llevas varias horas desaparecida. Además, te dejaste el móvil aquí. ¿Qué te ha pasado? —dijo Restituta

—Sí, nos tenías preocupados —insistió Benancio antes de que Pilar llegara a contestar—. Te vi de lejos marcharte con el tipo cojo…

—¿Y? —dijo Pilar con cierta altanería. Ya había tenido suficiente dosis de macho alfa por hoy y no estaba dispuesta a soportar más de Benancio, por muy agente del Rayo que fuera.

—Pues nada, que ya sabemos que se llama Otilio Arenera López, y que parece que viene de Madrid. ¿Me explico? —dijo esto remarcando el «ya sabemos», como si él hubiera hecho algo para averiguarlo.

A Restituta no le pasó desapercibido lo que Benancio intentaba por todos los medios: participar en la medalla de ese logro, pero ahora no iba a desmentirle, aunque pudiera. En este momento se trataba de que hablara Pilar, aunque no era difícil suponer que algo de sobeteo había habido.

—Sí, parece que se llama así, aunque lo de López no lo sabía. Pero ¿os habéis fijado en que su apellido se lee igual al derecho que al revés? —ninguno contestó: Benancio no sabía de qué hablaba y a Restituta le pareció que iba a quedar de enterada si les decía que aquello se llamaba palíndromo—. Bueno, a lo que nos importa. Le falta media pierna derecha y, aunque dice que no es policía y se ha dedicado a tratar de impresionarme todo el tiempo para llevarme a la cama…

—¿A la cama? Ahora mismo le busco y le parto la cara. ¿Me explico?

—Te explicas perfectamente, tanto que no sé qué te has creído, ¿qué eres mi padre?

Aquella pregunta fue un directo que dejó KO a Benancio. Restituta, aunque no pudo menos que sonreír, se decidió a intervenir y desviar la atención.

—¿Entonces estás segura de que no es un congresista? Estaba inscrito como tal y llevaba su acreditación colgada.

—Sí, la llevaba, pero fijo que no es ni ortopeda ni médico ni tiene una ortopedia. *Nasti* de *plasti*.

—¿Y por qué estás tan segura? —preguntó Benancio.

—Pues porque el congreso le importa una mierda.

—Entonces, ¿qué caray hace aquí, y por qué dices que es policía?

—Mira, Restituta, pues porque lo negó, me habló de que su pierna se había ido por los aires con una bomba lapa y, cuando le pregunté qué coño hacia aquí, me soltó lo del topicazo de los espías: «si te lo digo, tendré que matarte».

—¿Y no te dijo por qué estaba aquí?

—¿Es que no me has oído?, Bena. Joder, espabila. Me dijo que estaba en misión secreta y esa estupidez de matarme.

—¿No sería de la seguridad del hotel? ¿Uno de esos que dan vueltas de paisano vigilando en plan secreto? —preguntó Restituta.

—Eso me parece muy raro. Un tipo de esos no estaría registrado como asistente al congreso. Te lo digo por mi experiencia —presumió Benancio contento porque tenía la impresión de que volvía a tomar el mando y dirigir el asunto—. Aquí hay algo raro.

En la calle, mientras iban camino del aparcamiento para coger el coche, todavía discutiendo sobre la mejor forma de averiguar la verdad sobre el que Pilar ya había bautizado como el Pirata Cojo, le vieron en la parada de taxis a punto de subirse a uno de ellos. Benancio no se lo pensó dos veces, salió disparado y se subió al siguiente libre.

—¿Dónde va este?, ni siquiera se ha despedido —dijo Pili apretando los labios y alzando los hombros.

—¿Pues dónde va a ir? ¿No has visto quién era el tipo que se subía al otro taxi? Va a seguir tras él, ya sabes, lo de las películas, a decirle al taxista aquello de «siga a ese coche» —Pilar no contestó, lo cierto es que eso era lo que ella había imaginado—. En fin, ahora que él se ha marchado, te va a tocar conducir.

—No importa. ¡A por él! —gritó Pilar mientras accedía al puesto de conducción del Seat 850 con la emoción de una adolescente.

Con más entusiasmo que habilidad, zigzagueando entre coches y peatones y saltándose varios semáforos, a las dos les dio un subidón de adrenalina al sentirse personajes en una misión secreta.

En Barcelona hay más taxis amarillos que turistas en Las Ramblas, con adrenalina o sin ella, todo podía suceder.

ANTES Y DESPUÉS DEL CUMPLEAÑOS

Pilar, pendiente de mantener el control al volante, intentaba no ponerse nerviosa con las continuas indicaciones y contraindicaciones de Restituta sobre el taxi a seguir. Finalmente, en la puerta del Hospital de San Pablo, descendió el taxista, abrió el maletero y sacó un cochecito de bebé al tiempo que de la parte de atrás del coche se bajaba una joven abrazando a un crio de meses.

Cuando el taxi se marchó, la joven, que no había parado de mirar al Seat 850 con dos señoras que no le sacaban el ojo de encima, sin pensarlo dos veces, se dirigió hacia ellas y, al llegar al coche, pidió que bajaran la ventanilla.

—¿Qué quieren, abuelitas? —dijo a pesar de la más que evidente diferencia de edad entre ambas mujeres, con un tono en el que era complicado distinguir la ironía de la curiosidad por el interés de las dos cotillas.

Ambas dudaban sobre qué decir, pero Pilar, que tenía en la cabeza la idea de la persecución, se vino arriba sin dudar.

—Estamos en una misión secreta —dijo con la convicción de Ingrid Bergman interpretando a Alicia Huberman.

—¿Misión secreta? ¿Y cuál es? —inquirió divertida la mujer del bebé.

—Estamos persiguiendo a un sospechoso, ¡pero parece que hemos seguido al taxi equivocado! —admitió Restituta riendo.

La mujer soltó una carcajada.

—Chicas, si quieren seguir a alguien, sigan a un hombre que empuje un carrito de bebé. ¡Siempre tienen algo que contar!

Pilar y Restituta se miraron y, entre risas, pensaron que una cosa era ver una peli de Alfred Hitchcock y otra pretender que

Encadenados fuera la pura realidad. Lo mejor era olvidarlo todo: aquello no había pasado, ni una palabra a nadie, bastaba dar las señas del Pirata Cojo al Mago, eso les daría el valor de auténticas y buenas detectives, y punto pelota.

Benancio se demostró a sí mismo que todavía conservaba su calidad como detective. ¡Bingo!, se dijo cuando el taxi que perseguía paró delante de lo que parecía una residencia, descendió el cojo y se dirigió a la puerta custodiada por un soldado.

Lo que ya no tuvo tanta gracia y prefirió olvidar fue lo que le costó convencer al odioso taxista, que le amenazó con denunciarlo a los Mossos d'Escuadra si no le abonaba la carrera y le sumaba los veinte euros prometidos si todo culminaba bien, de que se conformara con el Festina —el Bena y el mantero que se lo vendió eran conscientes de que era una puñetera falsificación— que le había dejado literalmente vacía la cartera, sin que allí ni siquiera habitaran la gratificación prometida y que el taxista consideraba un plus de peligrosidad. Igual que el que salía en las películas, según él.

Al final, el taxista no era tan listo como se creía y se tragó que el reloj era auténtico y hacía un buen negocio con la transacción.

Ya llegando a casa, después de una larga caminata, Benancio se preguntaba porque esas cosas nunca pasaban en las películas, en esas en que los personajes siempre iban en coche y, además, nunca tenían problemas con la pasta ni con las persecuciones. Dándole vueltas a aquello, decidió que lo del reloj era mejor callárselo, que bastaba simplemente con comunicar al Mago que ese tío había entrado en esa residencia que, a juzgar por la bandera de España en el mástil y el soldado en la puerta, con seguridad pertenecía al ejército.

El lunes por la mañana temprano, Silverio salió de casa y decidió dar un largo paseo hasta la Rambla de Cataluña. El domingo por la noche, mientras disfrutaba de una copa de vino tranquilamente sentado en la terraza de su ático, contento por las novedades que le habían transmitido unas horas antes sus colegas del Rayo y porque los pichones de Martín habían conseguido ese mismo día el segundo

premio del campeonato nacional de Derbys, había decidido que tendría que visitar a su exjefe en la cárcel y comunicarle la noticia, seguro que aquel premio le levantaba el ánimo. Así que, dándole vueltas en la cabeza al asunto, concluyó que lo mejor para tramitar la visita a prisión sería ver al abogado. Además, eso le daría la oportunidad de investigar discretamente ciertos aspectos sobre lo ocurrido con el ascensor.

El letrado que ejercía la defensa del dueño de Ascensores la Paloma no era otro que Ulpiano del Zagal García, hijo de otro ilustre jurista que le encasquetó semejante nombre en homenaje al histórico y famoso jurisconsulto del Derecho Romano y, aunque supuso la pesada carga de soportar no menos pesadas bromas a lo largo de su infancia, no hay duda de que le ayudó a formar su peculiar talante. Al menos el viejo no me colocó delante el Domicio, se decía don Ulpiano cuando aquellas juveniles aventuras le venían a la memoria.

Ulpiano ejercía de abogado criminalista, pero su carácter aborrecía la rutina que acompaña a la práctica legal. La única parte que realmente disfrutaba eran los juicios penales. Amigo de la ficción, en la última década su ídolo era Mickey Haller, el famoso personaje creado por Michael Connelly en su libro *El abogado del Lincoln,* un intrépido abogado especialista en perseguir los errores del sistema judicial que siempre afectaban a gente que, a pesar de ser inocentes, eran acusados víctimas de oscuros intereses políticos, tramposos cuerpos policiales o no menos corruptos fiscales o miembros de la judicatura.

Nada más entrar en la oficina de la conocida arteria barcelonesa, Silverio se dio cuenta de que el letrado no era de los que disfrazaban el grosor de la factura en las apariencias sino que la cimentaba en el valor de su trabajo: nada de suntuosidades. Allí todo era minimalista, práctico y eficiente; hasta la secretaria que no tardó en acompañarle al despacho.

Silverio le explicó la relación que mantenía con su exjefe y, dada la involuntaria ausencia de este, que se estaba cuidando en mantener el famoso pedigrí de sus palomas. La conversación, aparte

de servir para conseguir el pretendido permiso para la visita a la cárcel, le proporcionó a Silverio, tal y como había pensado, información interesante sobre el caso, y a Ulpiano, que parecía dispuesto a aprovechar también aquel encuentro, detalles sobre su cliente que fue sacando del que había sido su empleado.

Con la recién nacida confianza, Ulpiano se convenció con rapidez de que colaborar con el que ya sabía miembro de una pintoresca y nueva agencia de detectives podría dar buenos resultados. Para el detective, también resultó evidente que la cercanía al curioso abogado era no solo conveniente, sino necesaria según el rumbo que tomaba la investigación, más después de lo averiguado sobre el misterioso Pirata Cojo que cada vez lo era menos gracias a la labor de la Pili, la Restituta y el Bena. Ulpi —como rápido decidió bautizarlo para abreviar— tendría que ser el que al final usara todo lo ya averiguado, y lo que tendrían que averiguar, como la llave que abriera la puerta de la celda de Martín y le devolviera la libertad que para los nuevos cómplices nunca debió perder.

—Está muy bien todo esto que me cuenta, y me alegro de que de una u otra manera, aunque yo no haya estado al corriente hasta ahora, usted haya recabado indicios sobre el caso de Martín Prats. Si le digo esto es porque abunda en mis sospechas: algo raro… bueno, digamos fuera de lo normal, concurre en ese sumario.

Silverio dudaba si confesarle que él ya había leído todo el documento, pero, de momento, prefirió callarse no fuera que su indiscreción comprometiese al Cipri. De todos modos, aquel fumador compulsivo —el inconfundible olor a humo rancio del despacho y los dedos amarillentos de nicotina de la mano izquierda así lo atestiguaban— le caía muy bien y no solo por compartir el cada vez más denostado vicio, sino por el fino olfato procesal y la pasión por la verdad que destilaban sus palabras. Martín estaba en buenas manos y él se alegraba de ello.

—Además de lo que ya le he comentado, hace un par de días he descubierto el nombre de uno de esos personajes extraños de los que le he hablado que igual se decían periodistas o investigadores que trabajaban para usted; algo que yo ya sospechaba falso y que usted me ha confirmado que lo era.

—¿Y se puede saber cómo se llama? Se lo pregunto porque así puedo ver si sacamos algo en claro con un poco de suerte.

—Otilio Arenera López.

—¿Sabe algo más de este personaje?

—Bueno, que seguramente es de Madrid, y que entró en la residencia militar esa de la Diagonal, la de la bandera española tan grande. Y que presumió ante una de mis compañeras de la agencia de estar en el Hotel Artes en misión secreta. Por lo visto la chulería y las ganas de ligar le pierden. ¡Ah! y que es cojo. Según él, perdió parte de la pierna en un atentado: una bomba lapa. Aunque no dijo ni dónde ni cuándo.

—Bien, espera… diría yo que ha llegado el momento de tutearnos —Silverio asintió con la cabeza—. Pues espera un momento y vamos a por ello —dijo y llamó por el interfono a alguien al tiempo que anotaba el nombre que le había dado el detective en un papel.

Apenas un minuto después, la misma señorita que había acompañado a Silverio entró en el despacho y Ulpiano le entregó el papel y le solicitó que buscara en internet cualquier referencia que pudiera haber sobre aquel nombre.

Silverio se quedó en silencio, un tanto molesto consigo mismo porque a él no se le hubiera ocurrido hacer aquello, y observó a la secretaria mientras esta abandonaba el despacho: una joven agraciada que se sostenía con destreza de equilibrista sobre dos altos tacones torcidos que convergían llamativamente hacia dentro.

—Si me permites que te lo diga —dijo Silverio que, a pesar del tuteo sugerido por su interlocutor, se esforzaba en utilizar unas formas educadas al hablar, cosa que había aprendido del propio Martín como la forma adecuada de atender a los clientes—, creo que pierdes el tiempo; la joven no encontrará nada —enseguida comprendió que estaba yendo demasiado lejos—. Quiero decir que eso es lo que yo pienso, aunque tal vez me equivoque.

Ulpiano se inclinó hacia delante y, aunque con una sonrisa, enfatizó su punto de vista.

—Mira, no sé si te equivocas o no, pero de eso se trata, de ser meticulosos en la recolección de pruebas y agotar todas las posibilidades. Si no lo hacemos, corremos el riesgo de que el asunto

se demore o, incluso, se eche a perder y nunca logremos poner en libertad al señor Martín Prats. Necesitamos que las pruebas sean irrefutables, no meras impresiones o suposiciones que puedan ser fácilmente descalificadas —calló un segundo, levantó los ojos y miró directamente a Silverio como si tratara de estar seguro de que su interlocutor entendía—. La señorita Mercedes tiene gran experiencia en buscar indicios en internet sobre las personas. Ya hace años que todos dejamos allí, en la selva de las redes sociales, muchas más huellas de las que creemos.

Silverio se recostó en la silla con un suspiro, consciente de lo que eso significaba, de que tras escuchar aquello era fundamental revisar su estrategia en la búsqueda de evidencias para conseguir la excarcelación de Martín. Tendría que hacer comprender en qué terreno se movían a sus colegas del Rayo.

—Bueno —arrancó a hablar Ulpiano de nuevo—, como en aquella vieja película, presiento que este es el inicio de una hermosa amistad —dijo y la sonrisa de fumador se volvió a dibujar en su cara—. Ten cuidado y continúa la investigación con tus colegas. Estaremos en contacto y lo mejor es que intercambiemos cualquier novedad que haya…

Unos golpes en la puerta interrumpieron el improvisado alegato del abogado y, tras ellos, el grácil cuerpo de la secretaria apareció en el umbral portando un papel en la mano que entregó a su jefe sin más cometarios antes de dar media vuelta y volver a dejarlos solos.

—Mira, ha sido rápido, y parece que hemos tenido suerte, este tal Otilio Arenera López figura como aprobado en las oposiciones a la Escala Básica de la Policía Nacional, según consta en un B.O.E. de hace bastantes años. Así que, de entrada, sabemos que es o fue policía.

—Es cierto, algo más sabemos, aunque no sé si ser policía justifica que le vieran entrar donde entró, porque yo estuve hace años en aquel lugar revisando ascensores y de lo que aquello estaba lleno era de militares.

—Pues, lo dicho, esperemos que entre todos obtengamos pruebas sólidas, todo vaya bien y liberemos a Martín, y vosotros no os canséis más subiendo escaleras, que, según parece, ya lleváis unos

cuantos meses así —Ulpiano sonrió otra vez—. Y lo dicho, tened cuidado. Tus sospechas sobre el sabotaje del ascensor son una bomba de control remoto y quizá, sin daros cuenta, ya hayáis activado el mecanismo y haya comenzado la cuenta atrás.

Silverio se dio una palmada en los muslos y se levantó. El abogado le imitó y ambos salieron del despacho y se encaminaron hacia la puerta de la oficina.

—Pues de acuerdo. Ha sido un placer y, como dices, que la amistad sea fructífera y llegue más lejos de acabar con bien este caso: un buen abogado, como tú, siempre necesitará una buena agencia de detectives como la nuestra —dijo Silverio cuando ya estaba en el umbral dispuesto a marcharse tras haberse despedido del abogado con un apretón de manos.

El jueves amaneció soleado y brillante, perfecto para celebrar el cumpleaños de Restituta, a sus años no solo había acumulado sabiduría, sino también un talento especial para hacer fiestas memorables, y aquella iba a ser sonada. Por mis ovarios que lo va a ser, se dijo.

En un principio, como su familia trabajaba, ella había previsto celebrar el convite en la comida del domingo siguiente, pero la trepa de su nuera se había negado en redondo porque ese preciso día irían a la fiesta que celebraban unos amigos en su magnífica torre en Cabrera de Mar. Restituta no sabía quiénes eran aquellos personajes, pero, desde luego, para la pedazo de cerda de su nuera eran gente mucho más importante y de mucho más pedigrí que la suegra que, como una imbécil, además de no celebrar el cumpleaños como había previsto desde hacía semanas, se tendría que quedar con las nietas que, claro, no iban a llevárselas a un sarao de tanta pompa y boato.

Aun cansada de la paliza de todo el día anterior trabajando en el Hotel Artes, el lunes, después de recoger a sus nietas del colegio, se había quedado en casa de su hijo a degustar una merienda cena consistente en tragar la comida medio china y medio japonesa que la nuera había pedido en un restaurante de esos que te la llevan a casa para luego soplar las velas en una odiosa tarta al güisqui —la cabrona se excusó diciendo que no quedaba otra en la pastelería—

acompañada de un no menos repugnante café de cápsulas, uno de esos que para Restituta lo único bueno que tenían era que los anunciaba George Clooney, aunque poco le quedara ya al actor del bello doctor Doug Ross que interpretó en *Urgencias*.

La nuera había pretendido que la celebración fuera el día del cumpleaños, que ese jueves cenaran en su casa, pero Restituta no estaba dispuesta a que la tipeja la manejara como a un títere, así que se negó en rotundo; pero, por no fastidiar más a su hijo, le ofreció a él la alternativa del lunes. El resultado estaba cantado.

Nada más volver a su casa, y aún dándole vueltas en su cabeza a todo, decidió que el día de su cumpleaños habría fiesta, pero a su manera: invitaría a sus vecinos y colegas del Rayo a una merienda que prometía ser legendaria y que se prolongaría todo lo que hiciera falta. Cursadas las invitaciones, que ella misma diseñó e introdujo con un bonito sobre por debajo de la puerta de cada uno de ellos el martes, dedicó el resto de los días a que no faltara detalle. Así que, llegado el jueves, desde primera hora de la mañana se ocupó en hornear un pastel como Dios manda, una tarta destinada a ser la estrella de la merienda, no una cualquiera; una obra maestra de chocolate, con capas que se alzaban como las montañas de los Pirineos. Ella había seguido la receta al pie de la letra, aunque había añadido un puñado de amor y un chorrito de locura.

Eran ya las seis de la tarde cuando por fin acabó de colgar globos de colores en la lámpara, como si se tratara de una de esas fiestas de las quinceañeras típicas de los sudamericanos, que ella bien conocía por alguno de los vecinos del barrio, en lugar de un cumpleaños de una abuelita. Luego se sacó el delantal de flores, fue a la cocina y cogió el pastel para dejarlo en la mesa del comedor junto a los platos, los cubiertos, las servilletas, las copas y las botellas de cava.

—¡Espero que no se me caiga! —murmuró mientras miraba con orgullo a la gata, como si fuera su propia hija.

La pequeña gata no hizo nada ante el comentario de su nueva ama. Más interesada en jugar con el ovillo de lana que en la tarta, se paseaba por el piso empujándolo de un lado a otro como si fuera la reina del lugar. El martes, tras repartir las invitaciones y mientras

se abastecía de lo necesario para la celebración, Restituta se había autorregalado a aquella nueva compañera: una gata de pelaje suave, ojos brillantes, cuerpo flexible, ligero y musculoso. No había sido algo premeditado, más bien el impulso a decir que sí a la petición de quedársela de una amiga y clienta de la farmacia a la que, por trasladarse a vivir a Brasil, le resultaba prácticamente imposible llevársela con ella.

El primero en llegar fue Cipriano, el vecino con el que compartía la segunda planta del edificio. La relación entre ellos se había dulcificado después de que arrancasen con la aventura de ser detectives del Rayo. En realidad, ella había comprendido —quizá el tiempo transcurrido algo tuviera que ver— que él no tenía ninguna culpa de que le tocara descolgar a un hombre que se había suicidado en el garaje. A fin de cuentas, era un mandado del juzgado. De que el muerto diera la casualidad de que fuera su marido, él aún era menos responsable. Lo recibió con un abrazo y risas, y se dijo que ya era hora de dejar aquello atrás, que lo pasado, pasado está.

—Feliz cumpleaños —dijo él al tiempo que miraba a la gata que, curiosa, se había acercado a la puerta—. Vaya, veo que no soy el primero —sonrió y señaló con la cabeza—. ¿Cómo es eso?

—¡Ah!, es Jota, mi autorregalo de cumpleaños.

—¿Jota? Curioso nombre.

—Bueno, su anterior dueña era maña, de Zaragoza, imagino que fue por eso por lo que la llamó así.

En todos los años que llevaban siendo vecinos, Cipriano nunca había traspasado el umbral de aquella casa. Sin apenas intención, hizo un recorrido con la vista y la mirada se le quedó atrapada en la habitación contigua al salón. A Restituta el gesto no le pasó inadvertido.

—Pero pasa, que estamos en la puerta como dos pasmarotes —invitó y se echó a un lado—. Ya ves, cualquier día son los libros los que me echan de casa —añadió y dirigió a su invitado hacía el lugar donde ambos miraban.

La habitación tenía una de las paredes ocupada por una estantería con cada uno de sus anaqueles repleto de libros

perfectamente ordenados: primero, los ensayos de medicina y farmacia; luego, los libros de novela negra, y, por último, el resto de libros ordenados por autores. En la pared opuesta a la que servía de biblioteca, otra estantería albergaba un buen número de antiguos y bonitos albarelos. Y al lado colgaban su título de licenciada en farmacia, un diploma de enfermera del Hospital de San Pablo y el título de su padre como camillero en Arlés. La exposición la completaba una mesa llena de fotos familiares que ocupaba una de las esquinas más alejadas de la puerta de la habitación.

—Pues sí, ya veo que tienes una buena biblioteca —dijo Cipriano mientras repasaba con la vista los libros de medicina y farmacia—. No sabía que en tu familia hubiera médicos.

A Restituta le sorprendió el comentario, hasta ahora no se había dado cuenta de que esa materia predominaba entre los ensayos de la librería. Pensó en algo de aquello que ocurre con frecuencia, que pasas cada día por el mismo sitio y no te das cuenta del detalle, de un jarrón determinado, de un cuadro que lleva ahí toda la vida, y otras cosas que la rutina ha incorporado a tu cerebro como si no pudiera ser de otra manera.

—Bueno, en cierto modo, sí. Papá fue camillero durante la república y continuó siéndolo luego, cuando mamá y él se exiliaron en Arlés. Después, antes de sacarme el título de farmacia, yo trabajé de enfermera en el hospital.

—¿Tu padre y tu madre viven? —al instante él se dio cuenta de la estupidez de la pregunta; era más que improbable que ambos vivieran ya centenarios o próximos a serlo—. Supongo que he preguntado una memez.

—Bueno, no sería el primero que pasa los cien años, yo misma aspiro a durar lo más posible —añadió con una sonrisa—. Pero con ellos no tuve esa suerte. Papá no llegó a conocerme, murió en accidente de ambulancia unos meses antes de nacer yo, justo el día de la rendición de Alemania. Y mamá falleció aquí en Barcelona ya hace años, murió joven —puntualizó—. Ella fue enfermera. Yo había seguido sus pasos, pero luego estudié farmacia y acabé donde ya sabes, en la calle Condal.

Mientras pronunciaba la última frase, Restituta cogió un libro que estaba sobre la mesa de las fotos, en una esquina, y lo devolvió a su lugar en la estantería.

—¿Qué libro era ese? —preguntó Cipriano curioso.

—*Madame Bovary*. Siempre anda dando tumbos, suelo tenerlo a mano, me encanta. Fue por su culpa por lo que me aficioné a la novela.

—A mí también me pasa con alguno —dijo sin nombrar ningún título concreto—. Como dijo Gustave Flaubert, al llegar a viejos, las costumbres se vuelven tiranías —añadió para que quedara claro que no solo era un entendido en leyes. Además, la frase sonaba muy bien. Aunque para él tampoco es que dijera nada especial más allá del juego de palabras.

Un nuevo timbrazo en la puerta sacó a ambos de aquella extraña e insólita atmosfera que los había envuelto durante unos minutos y los devolvió a la prosaica realidad. Restituta se acercó a abrir y él se quedó unos pasos detrás, junto a la puerta del salón.

–¡Feliz cumpleaños, Restituta! —gritaron al unísono Feliciano y Benancio, y la homenajeada se sonrojó como una adolescente.

Mientras los dos hombres entraban y sin que ella hubiera tenido tiempo de cerrar la puerta, llegó Justina.

—Felicidades, *miarma*.

—Anda, pasa —dijo Restituta al tiempo que empujaba con suavidad a su vecina por el hombro y cerraba la puerta.

—Te veo *mu* bien. Magnífica, como siempre.

—Gracias, pero ya me gustaría a mí que eso fuera verdad y no que tú fueras una amiga zalamera —contestó la cumpleañera y ambas sonrieron.

—Por cierto, me acabo de encontrar con la Pili que salía *escopetá*, me ha dicho que no la esperásemos que la habían *llamao pa* recoger no sé qué cosa *relacioná* con la herencia de su padre. Que seguro que vendría, pero que sería tarde…

El timbre sonó de nuevo, Restituta dejó a Justina con la palabra en la boca y fue a abrir de nuevo.

—Felicidades —dijo Silverio y sorprendió a Restituta con sendos besos en las mejillas.

—Gracias y pasa, no te quedes en la puerta. Ya estamos todos.

La merienda comenzó con un brindis improvisado donde cada uno compartió sus mejores deseos, y el ambiente empezó a subir su tono distendido con la misma velocidad con la que se descorchaba una nueva botella de cava. En busca de cierto ingenuo protagonismo, se sucedían las ocurrencias graciosas y se contaban chistes de aquellos que, progresivamente, necesitaban de una dosis mayor de inconsciencia alcohólica para producir la risa.

—Sabéis que el médico me ha dicho que no puedo comer jamón ni marisco —dijo Feliciano con aspecto serio y formal.

—*Miarma.* ¿Y qué enfermedad tienes? —dijo Justina.

—Pues una jubilación cebolla

—¿Y eso qué es?, ¿una *chuminá* de médicos?

—Pues una jubilación que en cuanto intentas pelarla para comer de ella te pones a llorar.

Rieron y, aunque parecía que hacía tiempo que a todos se les había agotado la capacidad de improvisar chorradas divertidas, Feliciano quiso añadir algo más.

—Eso si la cebolla no está tan podrida que no te da ni para lágrimas.

—Anda, dejad de quejaros, que parecéis una panda de enfermitos. Mejor os tomáis unas cuantas pastillas de *cervecetamol* y veréis cómo se os pasa tanta tontería. ¿Me explico?

Todos miraron a Benancio, desde luego aquello maldita la gracia que tenía. Lo mejor sería obviarlo, aunque tampoco era cosa de machacarle y terminar con el buen rollo imperante.

—Hay que ver que mal estáis los hombres, sois *toos* como el bacalao —dijo Justina.

—¿Y en qué se parece un hombre al bacalao? —preguntó Silverio que había estado casi en silencio hasta entonces, como si todo aquello no fuera con él.

—En que, si le cortas la cola, le quitas lo más *salao* —contestó Justina y las risas volvieron, incluida la del Mago, que no podía negar que la pescadera le había pillado—. Por cierto, *miarma,* ¿Cuántos

años cumples? —preguntó Justina sin pensar en lo impertinente de la pregunta.

—Solo uno… los otros ya los tenía. Venga, llenemos las copas de nuevo y brindemos —dijo Restituta con intención de reconducir la reunión.

—¿Por qué brindamos? —preguntó Silverio.

—Por el Rayo, la mejor agencia de detectives —dijo Cipriano todo emocionado, tal vez por la agradable compañía o quizá por efecto del exceso de bebida.

—Más nos vale fer mans i mànigues, porque estoy hasta los huevos de subir escaleras —se quejó Feliciano a pesar de que él solo tuviera que ascender poco más de un piso.

—Bueno, hablando del Rayo —dijo Silverio—, como os dije el domingo por la noche que pensaba hacer —miró a Benancio y a Restituta—, he ido a ver al abogado de Martín. Parece un buen tipo y está de acuerdo en que el asunto huele mal, que no parece que aquello fuera producto de una negligencia, y que lo de la deuda, que es lo otro que tratan de encasquetarle a Martín, tampoco encaja bien ni con Prats ni con el muerto, que todos sabemos que era un usurero, pero que tampoco era de los que atosigaban a sus clientes de mala manera. Vamos, que hay algo más, que suena a sabotaje, pero con otras intenciones. De que es provocado casi tengo pruebas y acabaré teniendo más por uno u otro medio; pero creo que lo fundamental, donde nos tenemos que centrar, es en otro punto —calló un instante y los fue mirando a todos—. Se trata de saber el porqué, el verdadero motivo, y que eso nos lleve al quién.

—Pues, *m'ijo,* igual es más fácil —dijo Justina que se había levantado de la silla con intención de ir al lavabo, tanto líquido reclamaba salir de su cuerpo—. Dejémonos de tanto *lirili* y tan poco *lerele* y vayamos a por ese «quién» que dices. Lo de las novelas, Mago, ¿a quién beneficia la muerte? —Todos bebieron de sus copas y guardaron silencio, como si le estuvieran dando vueltas en su cabeza a las palabras de Justina—. ¿Recordáis lo que os he contado de que el usurero estaba liado con la Collares? —añadió y se encaminó hacía el pasillo, conocía la casa.

Martín Prats estaba totalmente desecho, pasaba las horas acurrucado encima de su catre mientras por su cabeza desfilaban sin parar los recuerdos de su vida como un tren que solo se detuviera en la estación final, la del ascensor del Hotel Artes. Por eso, cuando le anunciaron la visita de Silverio, se alegró enormemente.

Silverio entró en el centro penitenciario Brians 1 y, mientras se dirigía al módulo de preventivos, regresó a su cabeza una serie de imágenes de su juventud, de las poco edificantes correrías, del sucio comercio de la chatarra, de los oscuros asuntos de tráfico de estupefacientes y de las miserias que tuvo que soportar durante muchos años. Que al final tener la boca cerrada tras presenciar el escarmiento que recibió un inútil ambicioso que trató de engañar a aquellos para los que ejercía de camello y cierta dosis de fortuna le dejara un ático y la posibilidad de enderezar para siempre su vida no quitaba que igual hubiera podido terminar de inquilino de un hotel similar al que ahora visitaba o, quizá, de huésped de aquella misma cárcel.

Cuando llegó a la sala de visitas, se quedó impresionado del aspecto de Martín, del pronunciado desmayo de las comisuras de los labios, de su mirada baja y perdida de ojos vidriosos, y de la perpetua cabeza gacha que delataba con claridad su decaimiento general.

Nada más concluir un rápido saludo, Silverio le fue contando los detalles de los pelecheros de las palomas, lo bien que le habían ayudado sus colegas colombófilos y que, gracias a ello, sus pichones habían ido quedando muy bien en las cinco finales del campeonato nacional de Derbys, con el resultado de clasificarse en segundo lugar y obtener un premio de dos mil quinientos euros que él había entregado personalmente a su esposa, y lo que era más importante: un trofeo que atestiguaba el éxito obtenido.

A Martín, a medida que escuchaba las buenas noticias, le fue cambiando la cara y todo su aspecto fue mudando como si un vendaval hubiera ido barriendo su depresión.

—Vaya, Cipriano, diría que te has convertido en un excelente colombófilo y ya veo que en la RFCE no te han puesto ninguna pega.

—¿La RFCE?

—Sí hombre, la Real Federación Colombófila Española, está claro que han hecho caso a mi carta sobre la delegación en ti.

—Pues sí, no solo eso, sino que todo han sido facilidades y, además, me han dado una licencia federativa a mi nombre, así que eso me ha facilitado las cosas para obtener las anillas oficiales para los pichones.

—Me alegro enormemente y no sabes bien lo que te lo agradezco.

Silverio lo miró sin decir palabra, pensaba que, si le contaba lo del ascensor, Martín era tan buena persona que haría lo posible para ordenar su reparación. Pero enseguida cambio de idea: ya tenía bastantes problemas su antiguo jefe como para involucrarle en los suyos. Ahora era el momento de darle esperanzas de que todo se iba a solucionar, no de llevarle complicaciones.

—Después de todo lo que usted hizo por mí cuando trabajé en su fábrica, esto no es nada. Además, esté seguro de que este mal sueño acabará enseguida y nos podremos tomar unas birras.

–¿Y eso? ¿Cómo estás tan seguro?

—He hablado con su abogado, un profesional de primera, y yo estoy ayudando en todo para que salga de esta mierda.

Silverio pensó que era mejor no contarle nada sobre la agencia el Rayo porque, según cómo lo interpretara, podía ser peor: unos viejos haciendo de detectives no era cosa entendible a la primera.

—¿Ayudando?

—Sí, ya sabe, con los informes técnicos sobre el motivo del accidente. De momento, lo único que parece claro es que un accidente no fue, pero no cuadran muchas cosas. No solo los tornillos oxidados que parece provocaron que se desprendiera la pared y se callera el suelo, sino otras cosas como los fusibles y alguna otras piezas que no son del tipo ni marca que hemos usado siempre en La Paloma —dijo Silverio integrándose aún en la empresa.

Al poco anunciaron el fin de la visita.

—Bueno, no se preocupe. De antemano le digo que le sacaremos de aquí. Usted es inocente.

Después de aquello y apremiado por el guardia que se ocupaba de desalojar el lugar, Martín salió del locutorio y Silverio hizo lo mismo.

Ya en la calle, camino del aparcamiento, el Mago pensó que no entendía cómo había sido tan cordial y tan delicado. Antes de aquello no podía decir que eso fuera lo más normal en él. Por otro lado, había tenido la ocasión de solucionar el asunto y, sin embargo, tanta amabilidad lo había dejado sin resolver. Pero lo que más le sorprendía es que, aunque le obligara a guardar silencio y no compartir su visita a la cárcel con sus compañeros del Rayo, en el fondo, se sentía orgulloso de su comportamiento. ¿Qué carajo le estaba pasando?

Cuando llegó al aparcamiento, unos curiosos rodeaban su moto.

–Vaya, es usted el dueño de esta Zündapp-BMW con sidecar. Da gusto verla de lo bien cuidada que la tiene —disculpe la intromisión, pero es que soy especialista en motos alemanas de la segunda guerra y esta es una auténtica pieza de museo. Si alguna vez se decide a venderla, llámeme. Le aseguro que no se arrepentirá —añadió al tiempo que le tendía una tarjeta.

Para Silverio no era el momento más apropiado para preocuparse por la moto, aunque no lo desestimaría para el futuro.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

Mientras tragaba kilómetros por la carretera de vuelta a casa, pensaba que era urgente encontrar la manera de averiguar quién había manipulado el ascensor. Hasta ahora se había centrado en el cómo, incluso en el porqué, pero era evidente que ese era el mismo camino que había seguido la investigación que concluyó con Martín Prats en la cárcel.

—Porque todo ha estado montado para que fuera así, para que el cómo y el porqué llevara de forma directa a él —dijo en voz alta, sin más interlocutor que el viento que le golpeaba con fuerza contra las gafas y el casco que compartían estilo y edad con la moto y con el fular que, tras un par de vueltas en su cuello, flotaba en el aire—. Justina tiene razón —concluyó.

LOS COLLARES DE TRINIDAD PUJOL

Justina no durmió nada bien la noche de aquel jueves. Desvelada, pasó muchas horas dando vueltas en la cama sin ser capaz de conciliar un sueño que mereciera el nombre de reparador. Para impedirle disfrutar del merecido descanso, en su cabeza rondaba sin tregua el argumento planteado por Silverio en el cumpleaños de Restituta, esa estrategia de que averiguar el porqué del asunto del hotel Artes los llevaría a saber quién saboteó el ascensor.

Bueno, para aliviar su malestar, el exceso de tarta y el alcohol peleando a muerte en su maltrecho estómago tampoco ayudaban.

De cualquier forma, la conclusión era siempre la misma: aquello no le convencía y no paraba de repetirse que, incluso en el supuesto de que buscar entre la niebla llevara a parte alguna, resultaría demasiado complicado, más de novela de espionaje o de esas otras llenas de extrañas conspiraciones políticas que de novela negra; sin duda lo más adecuado para investigar la muerte de un usurero de un barrio popular de Barcelona.

Ella ya se lo había dicho hacía un rato a todos: lo que siempre funcionaba era averiguar quién sacaba beneficio de la muerte.

El viernes por la mañana, cuando llegó al mercado, Justina estaba de muy mal humor. Aquel no era su mejor día: sin peluquería y con poco maquillaje se notaba como desnuda, y solo le faltaba ese bombo en su cerebro para rematar el malestar.

A pesar de su edad, siempre se presentaba en el mercado bien arreglada, con un cabello canoso cuidadamente peinado y, aunque su piel mostraba los signos propios de la edad, resplandecía gracias a un poco de maquillaje que resaltaba sus rasgos. En su experta

opinión, eso era básico para las clientas, y cada día se lo recordaba a su hija.

Cuando pasó delante del puesto de Frutas Pujol, no notó el olor del aroma de las frutas y, en lugar de la sinfonía de colores de hortalizas y verduras, lo que quedó a la vista fue la persiana bajada con un letrero colgado que anunciaba que se traspasaba la parada y un teléfono.

De golpe su cerebro dio un clac al interruptor y todo se ordenó. Primero el Babas y ahora aquello: el ovillo estaba desatado, cada vez estaba más claro. Habría que tirar del hilo y ver lo que pasaba.

La experiencia había enseñado a Justina a no creer en las casualidades, que ahora la frutera dejara su negocio, que hace nada se hubiera comprado coche nuevo y vete a saber qué más a sumar a la colección de joyas; y que todo hubiera ocurrido apenas algún meses antes de que su amante hubiese muerto… tenía que haber algún misterio y lo iba a averiguar, para eso ella era la mejor detective del Rayo. Siempre había sido la mejor para resolver los crímenes de las series y las películas, y el planchazo de la muñeca hinchable solo había sido un asunto de mala suerte. Además, sirvió para desenmascarar al cerdo pederasta poseído por el diablo y que todo el lio aquel saliera en la televisión. Incluso ahora ella asistía a la parroquia del Santo Ángel Custodio, como el hijo pródigo, había regresado al redil de la verdadera iglesia, la católica, y se había reconciliado con Dios y con su representante en la tierra, el Papa Francisco, el buen argentino que nada tenía que ver con aquel engreído alemán de Benedicto XVI que se paseaba por ahí vestido de Prada.

Ya en su puesto, Justina repartió con la pala el hielo sobre el mármol blanco y puso el pescado encima. Un brillo metálico inició un jugueteo automático como si una legión de polillas grises aletease en un acompasado baile. *To'eso* me da *malafollá*, voy a averiguar qué pasa con esta mujer, se dijo.

Trinidad Checa se quedó viuda muy joven y se puso al frente del puesto del mercado. Su familia había emigrado a Barcelona desde Durudelo de la Sierra siendo ella un bebé y se habían instalado en la

plaza de Sants. Poco después de que Trinidad acabara el colegio en los Maristas de Sants, conoció al hijo de Julián Pujol, un joven que trabajaba en el puesto de frutas y verduras de su padre, y acabaron casándose. Solo llevaba tres años casada cuando los Pujol —padre, madre y único hijo— murieron en un accidente arrollados por un camión cuando regresaban de Mercabarna.

Viuda, joven y dolida por el revés del destino cuando más felices se las prometía con su nueva familia, se dijo a sí misma que se vengaría de aquel zarpazo que le había propinado la vida. Adoptaría a todos los efectos el apellido de Pujol, se haría cargo del puesto familiar y reharía su vida. Su objetivo, abandonar aquella mierda de trabajo y volar a otros horizontes, a cimas más elevadas; se lo merecía.

Como ocurre a menudo, una cosa es lo que uno se propone y otra distinta lo que la vida dispone. Aunque nunca le faltaron hombres dispuestos a cobijarse en sus amorosos pechos, ninguno se acompañó de posibles a la altura de su ambición. Así que, ordeñados con asombrosa rapidez, fueron dejando paso al siguiente hasta que, entrada ya en los cuarenta, llegó Amán Hazan a su cama —es un decir, porque nunca era la suya—. La relación entre ellos fue, en un principio, puro sexo y lujuria, en la que la lujuria la ponía Amán y ella le dejaba el sexo, aunque para lo de la satisfacción no pocas veces necesitara de alguna ayuda posterior. Más tarde, por aquello de que el roce hace el cariño —y si se engrasa con una buena cartera más—, el asunto derivó hacia lo sentimental: un futuro seguro y en progreso de ir a más cuando el tortolo se divorciara del andrajo que tenía por esposa, una hija de la familia Abramov, estirpe de judíos dominada por los viejos abuelos que, huidos de los nazis, nunca habían abandonado su residencia en Cubellas.

Era ya martes cuando la parada del Mercat d'Hostafrancs seguía cerrada y Justina no había vuelto a ver ni a su dueña ni al musculoso joven de origen colombiano contratado para atender el puesto con más voluntad que sabiduría.

A media tarde de aquel día de un julio que se aproximaba a su fin, uno de esos días de verano en que el sol se resiste a abandonar

el cielo y el calor escurre por el cuerpo en forma de un poco agradable sudor que amenaza con la deshidratación, Justina caminaba hacia el Parque de la España Industrial para reunirse con Trinidad Checa con la excusa de conocer detalles del traspaso del puesto, no fuera que alguien le preguntara en la pescadería, ella no supiera qué decirle y se malgastara una oportunidad. Si la frutera había accedido a aquella cita no era porque pensara que ese era el altruista propósito de la pescadera, sino porque era posible sacar algo del encuentro y, por otro lado, la popularidad de Justina en el mercado podía ser de utilidad y merecer alguna concesión. La vieja pescadera era mucho más querida que ella, odiada por todos, en especial por la mujeres que alimentaban el resentimiento por ser conocedoras de que más de uno de sus maridos habían desfilado entre sus piernas con los años y rezumaban envidia por su libertad, sus joyas, su aparente vida resuelta y disoluta.

Justo a las cuatro, la Collares —así conocía todo el mundo a Trinidad por la abundancia y variedad de ellos que gustaba lucir— se aproximó a la enorme escultura metálica que, simulando un dragón, servía de tobogán en una de las entradas del Parque de la España Industrial. A pesar de su puntualidad, Justina ya la esperaba sentada a la sombra de uno de los bancos situados frente a la escultura y, al verla aproximarse, se levantó y caminó hacia ella al tiempo que la observaba: blusa de seda de Bananhot, escotada y suficientemente transparente como para evidenciar que bajo ella no existía ninguna prenda más; vaporosos pantalones a juego de la misma casa, cuya transparencia evidenciaba, en este caso, las estilizadas tiras del tanga de fino encaje de Calvin Klein que confluían incrustadas entre sus nalgas, sandalias Chaouhen negras, de Manolo Blahnik, y, colgando de su hombro izquierdo, un bolso Maracaibo con franjas laterales de Carolina Herrera. Aunque Justina no fuera capaz de adivinar ni las marcas ni los diseñadores de todo aquel derroche de lujo no necesitó mucho para que su imaginación le pusiera precio e incluso imaginara de dónde habían salido a pesar de su absoluto desconocimiento sobre la firma Bananhot, que remarcaba dicha evidencia por su origen israelí.

Tras el cínico saludo —ambas eran conscientes de la animadversión que en realidad se profesaban— Justina, que no pensaba en concederle a la otra la posibilidad de sacarle ni un mísero café, propuso ir hacía el lago artificial y aposentarse en alguna de las gradas.

—Antes muerta —dijo Trinidad, después de mirar a la otra de arriba abajo—. Mejor cruzamos el parque y nos sentamos a charlar en el quiosco ese que hay donde los juegos de los niños. Estoy seca, necesito tomarme una Coca Cola Light con urgencia.

Justina no dijo nada, solo la miró con cara de fastidio: ni tenía ganas de andar más ni de que al final le tocara gastarse un céntimo de su dinero.

—No te preocupes: ya invito yo —dijo la Collares con una sonrisa cínica y echó a andar con un giro de cuello que hizo brillar al sol el collar estilo corbata de oro blanco con diamantes y balancearse en el canal abierto entre sus pechos operados a la gema con talla de pera que le servía de remate delantero.

Justina la siguió sin rechistar en la seguridad de que aquella colección de pedruscos costaba más que lo que ella obtenía por su pensión de un año e, incluso, aunque le sumara lo que le pagaba en negro su hija por vender pescados cada día.

Al llegar al sitio se aposentaron en una mesa y Trini le hizo una seña a una chica con el pelo azul marino y un piercing atravesándole la nariz que, cuando se acercó, a Justina le recordó al cerdo semental que su tía abuela poseía como un tesoro en su corral de Jabugo.

—Una Coca Cola Light para mí y aquí, mi amiga —dijo con cierto retintín—, no sé qué querrá.

—Pues, *m'ija*, ponme otra, pero normal. Y unas papas fritas de esas de bolsa —dijo la pescadera pensando que, ya que pagaba la otra, podía aprovechar.

Al principio, la conversación se limitó a unas cuantas chafarderías sobre un par de divorcios sonados que eran la comidilla del mercado y que Justina introdujo tras un comentario sobre el que ya todas las televisiones calificaban de divorcio del año, el de Jaime del Burgo y Telma Ortiz, en especial porque ambos vivían en Barcelona o la

frecuentaban, La pescadera ya conocía aquello de antes por sus visitas a la revista *Hola*, incluso que ella se mantenía en su casa de Sarria y él tenía alquilada siempre una suite de hotel.

Luego, Trini, que empezaba a estar harta de la charla y la compañía —igual el orden no es correcto— comenzó a explicar las condiciones del traspaso del puesto de frutas que, en esencia se resumían en dos cosas: dinero y garantía de solvencia.

Por su parte, mientras la frutera hablaba, Justina, a la que en verdad el traspaso le importaba un bledo, se limitaba a inclinar la cabeza afirmativamente observando el ir y venir de una mesa a otra de la muchacha del pelo azul y la argolla nasal a la espera del momento oportuno para dirigir sus preguntas hacia lo que le interesaba.

—Pues, Trini, si me entero de algo o me preguntan, trataré de que no se te escape la oportunidad. Pero lo cierto es que te vamos a echar mucho de menos —la miró durante un segundo fijamente a los ojos y continuó—: ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí, claro —respondió la otra con la esperanza de que, al fin, emergiera el motivo de aquella insulsa y tonta cita.

—*M'ija*, ¿por qué quieres dejar ese negocio con el que tan bien te ha ido todos estos años? Se diría que ya no necesitas trabajar —paró al instante, aquel camino no parecía el más adecuado. Corrigió—: *¡Joer!*, lo que quiero decir es que me alegro de que ya no necesites trabajar tanto.

Trinidad no contestó, sus ojos se pasearon con lentitud por el rostro de la pescadera y, desde el mentón, descendieron hacía sus pechos caídos y al abdomen prominente mal disimulado por un vestido ancho que más parecía una de esas chilabas que ahora vendían en cualquier mercadillo. Luego, acabada la inspección, retornó a mirarle a la cara.

—Mira, dejémonos de tonterías. A ti el traspaso de la parada te importa una mierda. Nunca me has soportado, ni tú ni ninguna de todas las que circulan por el mercado. Despotricar de la Collares —remarcó la palabra sílaba a sílaba— es un deporte allí. Vosotras poniéndome a caldo por lo uno o por lo otro, por un polvo aquí y unos cuernos allá. Y ellos, pues como todos los hombres, a presumir

en la barra del bar: el que no me ha follado es porque no ha querido y el que puede dar a entender que pasó por mi catre, pues ya se sabe, Superman. La pena para todos ellos es que yo no opino igual. Pero claro, como en la canción: «de sexo, las mujeres, no debían de opinar» —concluyó y, rompiendo su disciplina, cogió una de aquellas crujientes y sabrosas patatas fritas y se la llevo a la boca.

—*Miarma*, no diré yo que *to* lo que dices no sea *verdá.* Pero lo *pasao, pasao* está. Y tú misma lo has dicho: *toos* los tíos son unos cabritos y solo nos quieren *pa* lo que nos quieren: *pa* jodernos y casi nunca es *pa* dejarte bien *follá* —dijo Justina que empezaba a pensar que igual se había equivocado con aquella mujer que, a la postre, lo único que había hecho era buscarse la vida con lo que Dios le había dado y ella había cuidado: una belleza y un cuerpazo que quitaba el hipo—. En fin, que me puedes decir lo que quieras y, aunque sea desde hoy, me puedes considerar una amiga y una aliada —dijo Justina con una sonrisa. Trinidad le devolvió el gesto y le apretó la mano.

—Desde luego los andaluces sois de miedo, y sí, lo dejo por todo eso: por el hartazgo de aguantar durante años es por lo que me he decidido a deshacerme del puesto de frutas. Sobre todo después de lo del Amán, que no dudo que sabes de quién te hablo.

—Sí, el Babas, sé quién es y qué había entre ustedes —reconoció Justina porque, si quería como quería que la cosa fuera para delante, el único camino era la sinceridad—. No era mal tipo a pesar de *to*. Una *malafollá* lo del ascensor. Él tenía sus cosas, sus préstamos no eran gratis ni mucho menos, pero tampoco las cajas o los bancos y mira como acabamos hace *na*, pagando *toos* sus *chorizás*. Al menos él había *ayudao* a muchos del barrio.

A Trinidad le agradó que confirmará directamente que sabía que ellos eran amantes y que fuera por derecho; le demostraba que era de fiar.

—Lo cierto es que no era peor que otros. Pero, en parte, el fulano me rompió la vida, para que nos vamos a engañar. Llevo demasiado tiempo tragando en silencio sus largas y las habladurías de todo Dios. Porque ni dejó de dilatar su promesa de divorciarse ni siquiera me fue fiel, y no hablo de que se acostara con su mujer, que eso es

seguro que, aunque no se lo hubiera tenido en cuenta, hace muchos años que no lo hacía —Trinidad guardó silencio, como si necesitara meditar lo que iba a decir y, tras hacerle un gesto a la camarera para que les sirviera otra ronda de lo mismo, continuó—: Ahora todo parecía que iba bien con él, de verdad. Pensaba que, con la niña ya más que crecida, esta vez sí que se iba a divorciar de la bruja de su mujer. Incluso me había pasado un dinero con el que yo estaba arreglando un piso en el Paralelo que había puesto hace un par de años a mi nombre…

—¡Vaya!, un piso. Eso sí que es amor.

—Sí, eso me creía yo. El piso fue el pago de uno de sus clientes, supongo que por algún préstamo, y no le salió nada caro. Pero sí, un piso es un piso. Desde hace unos meses, insistía en que después del divorcio viviríamos allí, en el Paralelo. Mientras tanto, los miércoles en el hotel Artes, como llevábamos ya ni se sabe el tiempo.

—¿Y qué pasó?

—No quiero ni acordarme. Un día, cuando llegué a la habitación de siempre, una de las que el hotel alquila en plan alquiler de piso, por meses, Yara me dio un anillo y un collar pensando que era mío…

—¿Quién es esa tal Yara?

—A sí, perdona, Yara Hamad es una de las camareras, una kelly, más lista que el hambre, que estaba a punto de ascender a supervisora y yo hubiera dicho que en pocos años a gobernanta… pero me estoy enrollando. El caso es que limpiando la habitación se había encontrado aquello y creyó que era mío. Ya te puedes imaginar lo que pasaba —miró a Justina como para asegurarse de que entendía lo que quería decir, pero no esperó respuesta—. En resumen, llegué a un acuerdo con ella para que me espiara los movimientos de Amán, pero la cosa no fue fácil.

—¿Por qué no fue fácil?

—Pues porque de entrada no lo quería hacer, por más que lo intenté. Menos mal que yo conocía a su novia, una mexicana que también trabajaba en mantenimiento del hotel y ella la convenció. Lupe parece de armas tomar, yo creo que igual tiene un pasado turbio. Claro que yo soy muy novelera —añadió Trinidad y Justina supuso que la tal Lupe era la mexicana—. No me hagas caso.

—¿Y conseguiste que te hiciera el *mandao* la Yarta, Yara o como se llame esa? —preguntó Justina, pero, antes de que la otra contestase, añadió—. *M'ija*, con ese nombrecito, ¿de dónde es la niña?

—De Marruecos, de Amizmiz, un pueblo que, según la Wikipedia, está a pocos kilómetros de la famosa Marrakech. Me lo sé de memoria por la de veces que he ido a Wester Union para enviar el dinero a su familia.

—¿A su familia? —preguntó ahora Justina, aunque aún no tuviera claro que era la Wiki esa que le sonaba a algo del Internet.

–Sí, a su hermana Amira que está llevando un embarazo complicado y necesita muchas medicinas. Quizá, aunque yo pensé que lo que la decidió fue la novia, lo que en verdad lo hizo fue poder mandarle dinero a su hermana. Por lo visto la embarazada está muy débil y con mucha falta de calcio, y allí las medicinas son caras.

—No ni *na* —dijo Justina como si ella supiera que aquello era cierto—. Imagino que al final que *to* esto te habrá *servío* de algo.

—A parte de para pasearme hasta la oficina esa de los envíos de dinero para que ella no anduviese con permisos, o por lo que fuera que prefería que la pagase de esa forma, al menos para pillar al muy cabrón de Amán, que se estaba tirando cada viernes a un yogurcito, una jovencita de las de «¡ay papito!» —machacó olvidando que a ella misma no le había importado para nada usar las mismas mañas años atrás—, la misma zorra que hace unos días ha desaparecido junto con el colombiano que contraté, ingenua de mí, para que estuviera en la parada y se fuera haciendo con el negocio para poder yo tener más tiempo libre, que siempre iba de culo, y ahora ya ves —apostilló, antes de retomar de nuevo el hilo—. En fin, el caso es que mi pretensión con el acuerdo con Yara era conseguir pruebas para hacer que él dejara a la tipa, o que ella lo dejara a él para evitarse líos. Me pareció mejor intentar ese chantaje con las imágenes y la amenaza de escándalo que la alternativa: pagar para que le partieran las piernas a ella, incluso a él —añadió con resentimiento—. Y por Dios que conseguí las pruebas, pero el muy hijo de mala madre fue y las palmó en aquel jodido ascensor. Para una puta noche que decidió que nos quedáramos en el hotel y no

irnos cada mochuelo a su olivo como siempre —se lamentó—. Y ahora las fotos, los videos y lo que sea sirven para metérselos por donde ya imaginas.

–¿Unos videos?

–Sí, Yara y su novia consiguieron varios y fotos y grabaciones de audio. Creo que algunos vídeos eran más útiles que otros que parece que solo salían cosas de los ascensores, empleados de mantenimiento trabajando y cosas así. En realidad, ni sé cómo los hizo ni los he visto. Yara me dijo que la especialista en eso de la tecnología era su novia. El caso es que fue Yara quien guardó todo en una memoria de esas, en un pendrive o como se llame. ¿Por qué lo preguntas?

—No, nada, *m'ija*. Curiosidad y preguntar por preguntar. No se me había ocurrido que hicieran eso. Claro que ahora, como dices, ya no te sirven *pa na*, por desgracia has *tirao* el dinero, porque con él muerto… ¡Ya es *malafollá*!

—Sí, y que lo digas. Aunque yo sí que llevo mal *follá* años para que, después de tanta mierda, todo se lo lleve la vieja. Porque la que más gana con esto es la gorda *arrugá* de su mujer. Y lo que rodea a ese accidente o lo que coño sea que quieren cargarle al tipo de los ascensores es muy raro. —A Justina se le escapó una sonrisa y carraspeó para disimular—. ¿Te pasa algo? —preguntó Trinidad.

—*Na, miarma* que me he *engollipao* con la saliva, cosas de esta otra vieja —dijo Justina y sonrió al tiempo que se echaba una papa frita a la boca, aunque aquello no pareciera la mejor forma de remediar su presunto atragantamiento—. ¿Y por qué dices que es *mu* raro? —añadió cuando concluyeron los crujidos que había provocado su poco discreta masticación y el silencio que guardaron mientras la joven de la argolla en la nariz les dejaba otras Coca Colas y una nueva bolsa de patatas fritas.

—Pues, no estoy segura —arrancó Trinidad como si tal cosa—. Igual solo son paranoias mías. La vieja no creo que tenga nada que ver, porque está medio chocha, pero a la puta nariguda de la hija le ha tocado la bonoloto: se va a quedar con lo que le correspondería de todos modos y con todo lo que iba a ser mío, todo lo que me he ganado durante años teniendo al baboso encima cada miércoles,

como mínimo —soltó en el mismo tono arrabalero que se le había desatado hacía rato. Como si, de golpe, unas irrefrenables ganas de hablar no solo hubieran olvidado toda la vieja inquina de roces y envidias que habían cultivado entre ambas durante decenas de años, sino los años de esfuerzo por aparentar refinamiento de Trinidad.

—Pero por algo te parecerá raro, ¿no?

—Pues porque los Abramov son cosa fina, unos judíos de cuidado con influencias en todas partes y esos son capaces de haber movido hilos y meter a los del «Mozart»…

—Dirás los del Mossad —corrigió Justina que no pudo resistirse a dejar claro que de todo eso sabía una *jartá*, como ella decía.

—Pues sí, el Mossad o como se llamen los espías esos…

—¿Y por qué lo crees? —volvió a interrumpir Justina que no estaba dispuesta a soltar la presa.

—Porque hace meses, aún no hacía ni una semana que el Amán había muerto, a la Yara le reventaron la taquilla y se la dejaron vacía —Justina volvió a carraspear, pero esta vez porque lo que acababa de oír había hecho que se atragantara de verdad. Mientras ella daba un trago del nuevo vaso de cola, Trinidad continuó—: Luego, un día, semanas después, al salir del trabajo, la abordó un tío que ella ya había visto por el hotel que decía que trabajaba para la familia de los Abramov. Tantas preguntas le hizo y tan poco de fiar le pareció aquel cojo…

—¿Cojo?

—Sí, eso parece, ¿por qué lo preguntas?

—No sé, porque me parece raro eso de un espía del Mossad cojo. En las novelas de espías que yo leo eso nunca aparece —improvisó Justina.

—Bueno, pues ella estaba segura de que lo era —se justificó Trinidad—. Yo, al principio, cuando al cerdo se le ocurrió volar desde la planta diecinueve y estamparse contra el suelo, hasta pensé en pedirle dinero a su esposa a cambio de no meter en redes sociales esos vídeos. Pero la idea me duró horas. Después de que lo de la taquilla de la Yara se me fueron quitando las ganas de enredar y luego del encuentro ese que la atemorizó tanto que ella y la Lupe se despidieron del hotel y salieron corriendo…

—¿Corriendo? —preguntó Justina que ya estaba a punto de echarse a llorar después del jarro de agua fría.

—Sí, se largaron del hotel y del piso donde vivían y yo me he quedado sin fotos ni video ni nada de todo lo que tenía en la puta taquilla —ratificó, calló un momento y puso su mano sobre la rodilla de Justina y, con gesto de determinación, añadió—: Pero sabes qué te digo, que yo ya tengo suficiente con la venta del piso del Paralelo; el traspaso del puesto; con la renta del plan de ahorro que llevo años inflando; el par de cuentas que tengo en Andorra, quizá por aquello de que hay apellidos que dejan huella —añadió con sarcasmo—; con las joyas de la caja de seguridad del banco, y con el apartamento que ya tenía —dijo sin aclarar de dónde había salido esa otra propiedad—. Así que les pueden dar mucho por el culo a los judíos, a los vídeos y a todo. Además, estas dos —señaló con la mano hacia el escote— aún levantan más de una pasión, aunque para ir a más o para que le dure el pollo tenga que pasar por la farmacia a comprar unas «pitufinas» —miró a Justina y, como malinterpreto su rictus de desánimo como un gesto de incredulidad, añadió—: Sí, no lo dudes, ya tenía un par de ellos peleándose por el puesto y no hay día sin que me tropiece casualmente con alguno —y sin aclarar nada más, y sin disimular la ironía que destilaba su tono, concluyó—: Así que seguiré con el pilates, los masajes, las sesiones en el centro de estética y todo eso.

Poco a poco la tarde había ido cayendo y el sol caminaba con desidia hacía la puesta de sol. Los pájaros aprovechaban el descenso de la temperatura para entonar sus cantos y los niños habían ido apareciendo progresivamente en la zona de juegos acompañados de la inevitable algarabía.

—Oye, una cosa. ¿Sabes si Yara tenía problemas con otras compañeras de su país?

—No lo sé, pero ¿por qué iba a tenerlos?

—Por *na,* curiosidad. Imagino que eso de tener novia no la haría *mu* popular entre los suyos.

—Pues no sé, nunca hablamos de eso. Para mí cada cual mete en la cama o comparte su vida con quien quiere.

—Claro, *miarma,* si yo pienso lo mismo, y más últimamente que… ya sabes, a la vejez viruelas, me estoy planteando tantas cosas que al final ni me voy a reconocer —dijo Justina con más sinceridad de la que hasta ella misma pensaba.

—Bueno, creo que es hora de que nos vayamos marchando —dijo Trinidad—. Espero que, si te enteras de algo, me des una llamada. Y de todos modos, te digo lo de aquella película: que esto sea el principio de una larga amistad —concluyó equivocando la frase que parecía destinada al perpetuo manoseo de citas en internet.

—De verdad no sé qué decirte sobre las supercualidades… más bien extrañas peculiaridades de la Lisbeth Salander, creo que Sietg Larson ha exagerado lo suyo —dijo Restituta a los presentes que, ese viernes, mientras esperaban a los demás, comentaban *Los hombres que no amaban a las mujeres,* la novela de la trilogía *Milenium* que hacía unos años había iniciado el fenómeno de la novela negra nórdica.

En ese momento apareció Justina por la puerta mostrando una gran sonrisa, al fin y al cabo, lo había pensado bien y lo que había averiguado era como para dejar a todos boquiabiertos, aunque, por desgracia, las pruebas hubieran volado y debieran continuar subiendo por la pared hasta llegar a la puñetera cumbre.

—Vaya, Justina cada vez te pareces más a un autobús urbano —espetó Pilar

—*M'ija,* buenas tardes a ti también —dijo con cierta guasa porque ni siquiera la hubiera saludado primero—. ¿Por qué dices eso?

—Porque nunca llegas a tiempo a la lectura.

Todos se rieron por la ocurrencia y abandonaron la charla que tenían antes de entrar ella.

—*M'ás pillao.* Pero, ¡ea!, señora cartera, ya que eres tan listilla, a ver si sabes en qué se parecen los hombres a las botellas de cerveza —dijo Justina que, aunque no se había enfadado por la broma, le pareció que Pili debería probar un poco de su propia medicina.

Se hizo un silencio, todos esperaban que contestara Pilar que, sin embargo, indicó con un movimiento de hombros que no tenía ni idea.

—¡Ves!, ahora te ha *tocao* a ti. Pero te lo diré yo, *miarma* —dijo con una sonrisa cínica—: En que del cuello para arriba están vacíos

Mientras Pilar, Restituta y la recién llegada Justina soltaron una sonora carcajada, Feliciano miró a Benancio y este a Cipriano como si esperasen a que fuera el otro el que diera el paso de esgrimir alguna defensa.

—Bueno, igual hay que dejar de leer ciertos libros que las llevan a confusión. Ellas se creen que son la delgaducha sueca esa de *Milenium* y piensan que nosotros somos una panda de degenerados folladores descerebrados como los que ella persigue. ¿Me explico?

—Bena, no te des por aludido ni les hagas caso, estas todavía se creen que están en la edad de la pasión, no se han enterado de que lo que están es en la edad de la pensión, que no es lo mismo, collons! —dijo Feliciano antes de soltar una risotada, porque imaginaba que había trepado al podio a recoger el oro del ganador.

Benancio, que parecía dispuesto a sumarse a la parodia cómica, se levantó de la silla y se colocó las manos en los riñones fingiendo un gesto de dolor.

—Esta artrosis me está matando, estoy jodidamente viejo.

—Bena, ¿tú sabes lo que dice Buñuel sobre eso?

—No, Restituta, ni idea, pero seguro que me lo vas a decir —añadió con ironía.

—Pues que la edad no importa, al menos que seas un queso. Y la verdad —añadió—, aunque nos gastemos muy mala leche, no veo que ninguno estemos hechos de ella. Claro que tú ya quisieras estar como un queso.

Todos se miraron y rieron. El ambiente era relajado y, aunque no pararan de hacerse bromas, no era difícil reírse hasta de ellos mismos.

—A cuentas viejas, barajas nuevas, decía mi abuela —apostilló Pilar.

—Tú, Pili, eres la más joven, nosotros somos tan viejos que el mar Aral aún no estaba seco, ¡collons! —remachó Feliciano.

Al tiempo que todos reían de nuevo, Justina cogió un vaso y golpeó con una cucharilla de café haciéndolo sonar como una campanilla.

—¡Escucharme todos! Dejemos las *chuminás* por un momento, tengo que contaros lo que hablé ayer con la Collares.

—¿La de la Frutería Pujol? —preguntó Restituta.

—Sí, *miarma*, la misma. Aunque ahora la frutería la está traspasando.

—¿Sí?, y cómo es eso.

—Pues *na*, que se ha *cansao*, algo personal; y como tiene pasta… Bueno, el caso es que…

—Está claro, otra Pujol, otra madre superiora de la congregación moviendo misales en Andorra. Igual es pariente de los otros, ¡quina merda, tot está podrit!

—Deja de decir *patochás,* que parece que estás *apollardao*, Feli; ese apellido es el de su difunto esposo y, además, esas bromas de Andorra ya las hace ella solita y con más retranca.

Se hizo un silencio extraño, nadie entendía que Justina defendiera de pronto a esa mujer, una más de las que siempre había criticado con mil chistes.

—No será familia de los otros, pero que es una trepa no lo vas a negar. Yo cada vez que veía al gordo me preguntaba cómo lo hacían sin que a ella se le desencajara la cadera por intentar ponerse encima. O como era capaz de correr el peligro de morir sepultada por aquella mole —dijo Pili con ganas de devolverle a Justina lo de las cervezas.

—Joder, Pili, eso es siempre como la canción.

—¿Qué canción, Feli? —preguntó con tono de fastidio.

—Pues la de Ricky Martin, aquella de: «Un, dos, tres; un pasito *pa'lante* María. Un, dos, tres; un pasito *pa'tras*». ¿Entiendes?

—Y, si no, supongo que todavía a él le quedaba la lengua. ¿Me explico?

Pilar, lejos de ruborizarse, dibujó una sonrisa no exenta de sarcasmo y Restituta decidió mantener una actitud fría y neutral, pero Justina se levantó y se los quedó mirando.

—¡Ea!, todos somos ya mayorcitos, pero esto ya resulta cansino, así que o ustedes me dejáis acabar o me largo —dijo en tono grave y se dio media vuelta.

—Venga, Justina, no son más que bromas, no te pongas susceptible —dijo Restituta que también iba estando harta—. Anda, tranquila, y acaba de contarnos.

Justina se giró de nuevo y buscó con la vista una silla vacía, cuando localizó la que le gustaba, la arrastró y se sentó en ella. Luego, como el que resume una película de suspense o una novela negra, fue narrando su reunión con Trinidad en La España Industrial. Al acabar, la cara de los presentes le indicaba que podía estar contenta; se había colgado una medalla.

—¡Vaya!, está claro que el cojo tiene que ser el Pirata del hotel —dijo Pilar.

—Bueno, el Mago dijo que tenía unos amigos en Madrid que podían ayudarle a averiguar quién era ese tipo. A lo mejor cuando vuelva de todo eso del homenaje de los colombófilos sabe si es del Mossad, de la CIA, del MI5, del CNI o del puñetero ejército del aire. O de lo que sea, porque entre lo del sitio de la bandera de España donde entró y lo que nos cuentas… ¿Me explico?

—El Mago no va a averiguar nada, las actividades del CNI, su organización y estructura interna, los medios y procedimientos, su personal, sus instalaciones, bases y centros de datos constituyen información clasificada en el grado de secreto —dijo Cipriano que no estaba dispuesto a guardarse su lección magistral.

—La mare que et va parir, Cipri, siempre jodiendo la marrana. ¿A qué carajo viene ahora eso? —dijo Feliciano dirigiéndose a todos, que asintieron con la cabeza.

—Lo que queráis, pero cualquier fiscal con un mínimo de experiencia podrá desestimar…

—Vale vale, ya lo sabemos —cortó bruscamente Benancio—, ya nos dijo el Mago que el abogado necesita pruebas sólidas. Además, saber quién es ese tío no nos va a hacer daño; si es que él lo averigua. Así que, por favor, Cipri, no nos jodas más. ¿Me explico?

—*Miarma*, *to* eso está *mu* bien: Pero, digo yo, ¿en algún sitio se habrá *metío* la tal Yara y su misteriosa novia?

Todos se miraron entre sí y luego miraron a Benancio, que parecía un tanto pasmado, como si hubiera recibido un golpe en la cabeza.

—Claro, Justina. Pero tú misma dijiste que las dos habían desaparecido —dijo Cipriano al rescate de Benancio—. Y todo indica que huyeron acojonadas...

—Será *acoñonadas*, ¿no? —interrumpió Feliciano, pero todos le ignoraron en esta ocasión.

—… así que, como dice Bena, lo que nos queda es desenmascarar al Pirata Cojo —remachó su argumento.

—Tal vez es cierto que huyeron *cagaitas* de miedo, o quizá eso es lo que quieren que creyera el Pirata y, sobre todo, Trinidad. Pero, *m'ijos,* yo sé dónde vive la hermana de Yara y ella no sabe quiénes somos nosotros —remachó con una sonrisa de triunfo.

—¿Dónde has dicho que vive la hermana de la kelly esa? —preguntó Restituta.

—¿Qué hermana? —dijo el Bena.

—*¡M'ijo!*, Bena, ¿estás *empanao*? ¿Quién va a ser? La de la camarera, ¡alma de cántaro! La de Marruecos.

—¿En Marruecos? —insistió Restituta.

—Sí, en Amizmiz. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada, es que al decir que era marroquí he empezado a darle vueltas a algo —dijo y calló un instante, pero nadie preguntó nada, aunque la curiosidad se reflejaba en sus caras—. Una colega de la farmacia y otra amiga van a hacer un viaje a Marrakech y me han dicho que si quiero acompañarlas. Y mi hijo dice que me paga el viaje. Aunque eso es lo de menos, lo importante es que estoy hasta las narices de ser formal, coherente, ahorradora y mil historias más; todo eso que parece que tiene que ir unido a nosotros por viejos o porque tenemos que pensar en los demás: la misma roña que llevamos pegada al pellejo desde que nacimos. Así que creo que me voy a largar —calló y dejó pasar el tiempo mientras todos estaban en silencio, aunque no quedase muy claro si pensaban en el caso del ascensor y en los videos perdidos o en la verdad que destilaba aquel discurso tan ajeno a la comedida resignación de Restituta—. Lo que digo es que, una vez que esté allí, puedo buscar ese pueblo y darme un salto. No creo que me sea demasiado complicado encontrar a la embarazada; supongo que no habrá muchas Amiras preñadas y con

una hermana que se llame Yara que haya trabajado en ese preciso hotel de Barcelona.

Justina ratificó con un expresivo movimiento de cabeza la certeza de las palabras escuchadas.

—Y menos que esa hermana sea lesbiana —dijo Pilar—. Ya, lo siento. Eso no viene a cuento. Pero es que nos estamos poniendo muy serios —se justificó ante la mirada de reprobación de Restituta.

—Pues creo que ahora solo nos queda hablar con el Mago de todo esto —arrancó Benancio tras unos segundos en los que todos se limitaron a mirar con condescendencia a Pilar—, que nos cuente lo que él traiga de Madrid y planificar el siguiente paso. Parece que al Rayo nada se le resiste. ¿Me explico?

—Sí, *miarma*, ni el mismísimo Catarella se lo habría explicado mejor en persona, personalmente, al comisario Montalbano —dijo Justina parodiando al personaje y esta vez todos rieron a carcajadas.

MARRAKECH

Aquel viernes, cuando la mañana languidecía y las sombras ya se habían vuelto más cortas y anchas, los agentes del Rayo disfrutaban de su habitual competición de parchís y, mientras unos se afanaban con las fichas y los dados, los demás debatían sobre *Un millón de gotas,* la novela de Víctor del Árbol, hasta que Justina, que aún no había regresado del mercado, entró en tromba anunciando, como si se acabara el mundo, la noticia de que los Mossos habían irrumpido hacía un rato en el mercado buscando al colombiano exempleado de Frutas Pujol porque, al parecer, por aquello de que todo tópico se afianza en la realidad, la fruta que mejor movía era cierto polvo blanco.

—Es que no se enteran de *na*. La culpa *tie* que ser *deso* de recibir ellos una descarga *pa'probar* las Taser esas que tanto les gustan; les afectará el cerebro. Si el tío ese llevaba más de una semana sin aparecer por allí. A punto *he'stao* de decirles que, si querían averiguar cualquier cosa, aquí estaba el Rayo y éramos económicos… mientras nos pagaran en negro… como a los políticos —apuntilló y todos rieron.

—Yo flipo en colores. A mí no me extraña lo que dices. Pero tampoco me extrañaría que la Collares esté en el ajo. Tanto coche nuevo y tanta historia. Yo ya te digo que mucho me parece para habérselo sacado todo al Babas. Algo más…

—¡Cállate!, Pili, mira que tienes *malafollá* —cortó Justina—. No sabes lo que dices, *to* eso es una *chuminá*. Yo te digo que la Trini —Justina evitó llamarla la Collares— habrá hecho lo que sea con su vida y *de'so na* que decir, pero te aseguro que lo que has dicho es una barbaridad.

—Yo es que alucino pepinillos. A mí no me vengas con esa milonga. Esa tía hace dos días quitaba los bichos de las lentejas y las

piedrecitas que su padre colaba como lentejas limpias. Así que no me venga ahora con esos humos de marquesa que se gasta.

Benancio vio que el ambiente tomaba mal camino, así que dio un manotazo sobre la mesa que hizo saltar las fichas del parchís, pero también hizo callar a todos. A continuación, dio dos pasos hacia atrás y abrió las manos en señal de paz.

—Vamos a calmarnos, ¿me explico? Aquí ahora se trata de intentar localizar a la camarera y ver si podemos aprovechar algo.

Se hizo un silencio de sacristía, hasta que intervino Silverio.

—El Bena tiene razón, ahora la cuestión es que Restituta aproveche su viaje a Marruecos e intente localizar a la del hotel. Y ya veremos luego si sirve para algo o no, porque tiempo no nos queda. Ayer hablé con el abogado y me dijo que el juicio era hoy. Le ha sorprendido la velocidad, más teniendo en cuenta que es el último día de actividad judicial hasta septiembre…

—Claro, porque, según la Ley Orgánica 6/1985, de 1 de julio, del Poder Judicial…

—Ya, Cipri, ya sabemos que te las sabes todas —devolvió la interrupción Silverio—. El caso es que Ulpiano piensa que, dadas las prisas, hoy se quede listo para sentencia. Así que agosto es todo lo que nos queda.

—Tampoco, porque estamos en primera instancia y…

—Sí Cipri, pero eso es más tiempo y, mientras, Prats encerrado y nosotros sin ascensor —se adelantó Restituta a lo que todos estaban pensando—. Así que Silverio tiene razón y yo haré todo lo que pueda y más. Cuenta con ello, Mago —concluyó Restituta.

—Seguro y lo harás molt bé —animó Feliciano al tiempo que le palmeaba la espalda.

Restituta intentó que no se notara su satisfacción por el halago, pero el enrojecimiento de sus carrillos delató que ya se veía cómo una colega de Petra Delicado.

—Es que los famosos con pasta siempre son los protagonistas de las novelas. ¡Quina putada!, si me toca la lotería, yo seré el famoso —dijo Feliciano con una sonrisa burlona.

Todos rieron la ocurrencia de Feliciano que, aunque fuera de lugar, rompió la tensión y ahora lo importante era lograr la carcajada

más sonora.

—Tienes razón, pero no te harás famoso por la pasta. Estos famosos viven de ello, de ahí sale la guita: de dar caña en la tele, no al revés. Mira tú el follón que se ha montado en Sálvame con la ruptura de Kiko Hernández y su pareja. Yo flipo en colores —volvió a «flipar» Pilar, pero esta vez con su mejor sonrisa, parecía que el conato de enganchada con Justina había concluido sin sangre.

—Por no hablar del tomate que ha liado la Belén Esteban, el lio ese con su hija Andrea —ensartó Restituta—. Claro que la Esteban por su Andreita mata —añadió con la famosa frase de la tertuliana del corazón.

—Sí, aunque *to* eso de la Belén no me da *pa na*, lo fuerte es lo de los cuernos que se traen en el *Sálvame* con el Jaime del Burgo, la Telma y su hermana. La Letizia, la reina —puntualizó.

—Vale, pero que eso era un apaño e iba a acabar en divorcio estaba cantado; ella en su casa en Sarria y él en una suite de hotel. No me diréis que eso era normal.

Todos callaron un instante y Silverio aprovechó para levantarse provocando un desagradable chirrido al arrastrar la silla.

—Bueno, os dejo entretenidos en despellejar al personal y me voy —dijo Silverio con una sonrisa sarcástica—. He quedado con un tío. Le interesa mi moto, es coleccionista de cosas de la segunda guerra mundial, pero, si no me la paga de puta madre, pues nada —dijo en tono chulesco y se calló como si pensara en algo—. Me tropecé con él un día y me lo volví a encontrar unos días después mientras tomaba café. Resulta que se ha mudado a Barcelona no hace mucho y frecuentamos el mismo bar cerca del club colombófilo. En fin, es un tipo curioso, me contó que su abuelo era un superviviente de Mauthausen, un judío sefardí que salió corriendo de España cuando la guerra y mira tú dónde aterrizó. Creo que él es medio israelí o tiene familia en Jerusalén. Algo de eso. El caso es que quiere llevarse allí la moto para colocarla en un museo. No para de contar historias sobre cazar nazis y cosas así.

—¡*Fite* tú qué cosas!, seguro que *to* son trolas. Como el Enric Marco ese, aquel que iba de anarquista y superviviente de no sé qué

campo de concentración, y como *toos:* mucho *lirili*, pero de *lerele na* de *na* —dijo Justina.

—¿Y tú qué sabes del Enric? —preguntó Cipriano.

—Más de lo que piensas. Si te cont…

—Vale, lo dicho, que yo me marcho —cortó Silverio—. Y tiene razón Justina, igual todo son cuentos, pero el tío es gracioso y, mientras me pague la moto cojonudamente, puede seguir presumiendo —concluyó y se marchó.

—Yo también tengo que dejaros. La maleta no se va a preparar sola —aclaró Restituta.

—¿Cuándo te vas? —preguntó Feliciano.

—A primeros de agosto, dentro de nada. Vamos tres amigas, Carmen, Lourdes y yo. Así que ya veremos qué pasa con lo de la camarera. A ver si hay suerte y dejo de oír al Mago quejarse cada vez que sube por la escalera, que va a maldición por peldaño —remató y, tras levantarse, también se marchó rumbo a su casa.

—Pues yo también estoy hasta los mismísimos collons de las escaleras —dijo Feliciano mientras seguía el ejemplo y se levantaba—. Espero que la Restituta, que es una excelente detective —añadió con cierta guasa—, localice a la tipa esa y agarremos las pruebas de una puñetera vez.

—Pues hale, se acabó, y el Rayo a triunfar gracias a sus mujeres —dijo Pilar.

Benancio y Ceferino, que para entonces eran los únicos hombres presentes, fueron a soltarle algún dardo en respuesta, pero Justina los mandó callar y, entre risas, fueron saliendo todos.

Por la megafonía del avión dieron las instrucciones de preparación para el aterrizaje. Restituta desconectó de la conversación de Carmen y Lourdes, colocó su asiento en posición vertical, casi inconscientemente miró hacía la bandeja que llevaba plegada desde hacía un buen rato, y giró la cabeza hacia la ventanilla y le sorprendió el abigarrado paisaje de edificios que cercaba el aeropuerto de Marrakech–Menara, una imagen muy alejada del inhóspito y exótico desierto que ella esperaba. Solo la pervivencia de los jardines que le otorgaban el nombre parecía preservar la

evocación de aquella ciudad en sus recuerdos, en las veces que había hablado con su marido sobre Marrakech. «Un día, amor, iremos a perdernos en los zocos, a probar el té de menta y pasear por los jardines de Menara», le había prometido él. Pero el negocio fue la prioridad del esposo, y los sueños de viaje de ella y las promesas de él habían quedado colgando de la misma cuerda que balanceó por el cuello su cadáver en el garaje. Ahora Restituta sentía una mezcla de tristeza y liberación. Quizá aquello significara que ya era hora de despertar, que solo es viejo quien se olvida de ser joven.

—¡Chicas!, ya es hora de desmelenarse —dijo Carmen al tiempo que, incumpliendo las instrucciones, se liberaba del cinturón de seguridad antes de que el avión se detuviera y tras que un poco nutrido aplauso de algunos pasajeros diera fe de que el avión había tomado tierra sin novedad. Sin *jartarnos,* pensó Restituta recordando aquel viejo chiste malo que Justina gustaba traer a colación cada vez que el asunto de los aviones salía a pasear: «Señoras y señores pasajeros se han incendiado los motores de avión y vamos a realizar un aterrizaje de emergencia», dice el piloto por megafonía y un pasajero le pregunta a la azafata que tiene a su lado en el pasillo. «¿Dice que vamos a tomar tierra?». «A tomar tierra, a tomar tierra; lo que nos vamos es a *jartar*».

Al salir del aeropuerto les esperaba puntual el calor correspondiente al primer día de agosto: un aire cálido y especiado que envolvió a las tres amigas como un abrazo. A los pocos minutos, ellas, ajenas a lo que aquello pudiera tener de inconveniente, contemplaban desde las ventanillas del coche que las había recogido en la puerta de la terminal como la vida se hacía más presente y, según se aproximaban al centro de la ciudad, un vibrante ir y venir de gente, vehículos y animales se adueñaba de todo tiñéndolo de colores y olores intensos, y de mil ruidos y sonidos exóticos.

Restituta abrazó el bolso de viaje que llevaba encima de las piernas y notó los botes de Gloryfeel y Vitamaze, y deseó con intensidad ser capaz de localizar a la camarera. Seguro que sí, se

dijo y, para convencerse aún más, se repitió que por algo se sentía Petra Delicado o quizá Amalia Salazar a punto de adentrarse en el misterioso Baztán —aunque en su caso fuera más un desierto que un bosque— y había un par de estrategias que le rondaban por la cabeza desde antes de despegar el avión del aeropuerto del Prat.

Cuando descendieron del coche junto a la plaza de Jemaa el-Fna, la tarde languidecía con lentitud y un joven —poco más que un adolescente— las esperaba para conducirlas al Riad Le J mientras él trasportaba sus maletas en una carretilla con ruedas que parecía construida exprofeso para tal menester.

—¡Chicas!, habéis visto los ojazos azules de ese mozo… ¡y esos labios…!

—Por Dios, Carmen, que tu nieto mayor no es mucho más joven —dijo Lourdes.

—¿Y qué importa eso? —calló un instante, pero ni Restituta ni Lourdes parecían encontrar la respuesta adecuada o dudaban si decir lo que estaban pensando, así que al final la propia Carmen pareció adivinarlo—. Tú, Restituta, ¿me dirías lo mismo si yo fuera uno de tus amigotes de la agencia de detectives esa y el ojazos fuera una jovencita?

—¿Y tú cómo sabes lo del Rayo?

—¡Restituta!, parece mentira. En el barrio sois la comidilla desde el escándalo que organizó la pescadera con el pederasta ese de la iglesia evangélica.

—Pues no tenía ni idea, será que sufro el mal de los cuernos —respondió Restituta y las otras dos se quedaron mirándola con cara de no comprender—. Que el marido cornudo es el último en enterarse —sentenció.

Las tres rieron y, para cuando pararon las carcajadas, ya estaban en la puerta del riad. Apenas diez minutos después, cada una aposentaba sus cosas en una de aquellas habitaciones llenas de sabor oriental, dignas de las mil y una noches, completamente dueñas de aquel sueño romántico, únicas huéspedes de aquellas paredes, porque la otra habitación que lo componía no se ocuparía hasta días después.

Restituta, por ahorrarle dinero a su hijo, hubiera compartido habitación con alguna de sus amigas, incluso pensó en la posibilidad de colocar una cama extra en la suite y ahorrar aún más con las tres durmiendo juntas, pero ellas se negaron en rotundo, sobre todo Carmen. «No estoy dispuesta a perderme un buen polvo porque andéis vosotras por mi habitación», dijo.

Una vez instaladas, bajaron al pequeño comedor donde habían encargado la cena y estarían ellas solas.

—Ya que sabéis lo de la agencia de detectives, os tengo que contar algo y pediros un favor —dijo Restituta en cuanto se sentaron a la mesa.

—Pues desembucha antes de que llegue el tajín de pollo y verduras, que dejar que se enfríe sería un sacrilegio —dijo Lourdes y Carmen se limitó a asentir con la cabeza.

—¿Sería un problema que no fuera con vosotras mañana a la excursión a Ait Ben Haddou y a Ouarzazate?

—¡Vaya!, hasta te has aprendido los nombres —exclamó Lourdes en lugar de contestar.

—La verdad es que acabo de leerlos en el folleto.

—¿Pero tú has visto al guía? Me lo ha presentado la chica de recepción; es su primo. Está más bueno que el chaval del equipaje. Rubio, con unos ojazos verdes que te desnudan y una boca que, cada vez que me ha sonreído, he tenido que agarrarme al mostrador para no tirarme a comérsela. ¿De dónde han salido estos marroquíes? —dijo Carmen como si disfrutar de aquella presencia fuera lo más importante que se iba a perder Restituta.

—Hija, te veo más que salida y poco puesta sobre los orígenes de nuestros anfitriones norteafricanos.

—Lo que tú quieras, Lourdes, que ya sé que las dos sois muy leídas. Pero no me iras a decir que estáis bien folladas. ¡A mí me vais a engañar!

Las tres rieron hasta que la joven camarera, la misma que también estaba en la recepción, apareció con una botella de cava y una cubitera seguida del mismo chaval que había transportado las maletas a su llegada al riad y que ahora portaba una bandeja con un bol con *hummus*, otro más grande con *batbout* —bollos de pan

marroquí—, un plato con *msemen* —tortas parecidas al pan de pita— y otro bol con una ensalada de berenjenas. Mientras la joven dejó la hielera con la botella dentro, él chico colocó el contenido de la bandeja sobre la mesa y ambos salieron en silencio.

—El asunto es que intento localizar a una mujer y para ello tengo que ir a un pueblo que está no muy lejos de aquí, pero mañana mismo estaré de vuelta para la cena o antes, y pasaremos juntas el resto del tiempo. Y ahora, comamos —dijo Restituta.

Carmen y Lourdes se miraron y, con el sincronismo de aquellos a los que une la complicidad de lo cotidiano, se encogieron de hombros.

—Vale, pero ve con cuidado. Tú no estás para aventuras. ¿No te parece, Lourdes?

—Vamos a ver, ¿no era hora de que dejáramos de ser abuelas, de vivir la vida, de andar libres de una puñetera vez? —preguntó Restituta antes de que la aludida tuviera tiempo de contestar.

—Lo que yo te diga, esta ha quedado con un bereber de estos para que la saque en camello —dijo al fin Lourdes.

—Te equivocas, seguro que el del camello es un tuareg, uno de esos hombres azules de los que tanto sabe desde que leyó aquel libro, el del canario…

—¿Javier Luque? —interrumpió Lourdes.

—No, tonta, Alberto Vázquez-Figueroa, que el otro ni es canario, aunque haya vivido allí mucho tiempo, ni escribe la mitad de bien que este, aunque su *Perdonen el atrevimiento* tiene su allá de erotismo y sabrosas recetas —apostilló Carmen desmintiendo su anterior alarde de poco leída.

De nuevo, ambas miraron a Restituta que, como si la cosa no fuera con ella, observaba en silencio a la camarera, que había regresado con un abrebotellas especial para ese tipo de tapones y se afanaba en descorchar la botella.

Una pequeña detonación dejó constancia de que la joven había logrado su propósito y, apenas segundos después, sirvió tres copas de aquel liquido burbujeante. Mientras las amigas brindaban por los felices días que les aguardaban, la camarera dejó la botella en la

hielera, la cubrió con un paño y salió dispuesta a regresar con el humeante tajín de pollo.

El martes, cuando el despertador del teléfono móvil inició su aviso, Restituta, que ya estaba despierta desde hacía rato, desconectó la alarma con rapidez. Había pasado casi toda la noche desvelada, sin dejar de darle vueltas a la aventura que la esperaba, un ir y venir de pensamientos que la habían mantenido en un continuo duermevela.

Por la noche, antes de que les sirvieran la inmensa fuente de pastelitos que, en compañía del ardiente té verde a la menta, pondría el broche de oro a la cena, ella había aprovechado para salir tras la joven camarera que estaba recogiendo los escasos restos de tajín y preguntarle por la mejor manera de llegar a Amizmiz al día siguiente. Apenas ella había empezado hablar cuando la joven le dijo que no existía ningún problema, que el martes era día de zoco en aquel pueblo y que su primo —que resultó otro distinto al que ejercía de guía— iba allí con su furgoneta a vender té y especias, que ella le llamaba ahora mismo y que no tendría ningún problema en llevarla. Restituta apenas supo qué decir y, aunque pensó que no le había dicho nada del regreso, decidió que aquello era problema para el día siguiente y volvió al comedor. Antes de concluir con los exquisitos dulces de almendra, pistacho, sémola, miel, canela y mil ingredientes más que no fueron capaces de averiguar, Fátima —así se llamaba la camarera— regresó a la mesa con una segunda tetera y le comunicó que su primo la recogería a las seis de la mañana, que, por favor, fuera puntual.

Ameqran —así se llamaba— también lo fue: a las seis menos diez ambos estaban en la puerta del riad. El hombre tendría cerca de cuarenta años, era moreno, alto, delgado, de ojos color de miel y mirada profunda. Cortés, educado hasta una timidez que resultaba casi impropia para alguien dedicado al comercio y, desde luego, no muy hablador.

Al rato, después de caminar hasta la siempre presente Jemaa el-Fna y de que la invitara a subir a una vieja Nissan Vanette Cargo, habían dejado atrás la ciudad y la furgoneta se deslizaba por la

carretera serpenteando caminos rodeados de paisajes deslumbrantes y bajo un cielo que se pintaba de tonos anaranjados por el naciente sol. Los pensamientos de Restituta viajaban en paralelo, una cosa era eso del Rayo y otra estar en el campo de batalla viviendo la sensación de ser una detective de verdad.

A medida que iban llegando a Amizmiz el paisaje se desplegaba ante sus ojos en campos de olivos y pequeños pueblos con casas de adobe que parecían contar historias de tiempos pasados. En el horizonte, el Atlas se alzaba majestuoso. Ya casi al llegar a destino, observaron cómo los campos verdes se iban transformando en tierras áridas.

Una vez llegaron, Ameqran se dispuso a preparar su puesto en el zoco y ella caminó hasta una de las dos Mezquita de Amizmiz, la de Abu Bakr Al Siddik. El motivo de haber elegido precisamente esa no era otro que llevar ese nombre como homenaje al que ella, por sus lecturas, conocía como primer califa del islam. Antes de llegar, sacó el pañuelo que había metido por la mañana en el bolso y se cubrió con él la cabeza. Una vez allí, entró y preguntó a unas mujeres por el imán. Lo intentó en castellano y en francés, pero, al parecer, ninguna la entendió.

—*As-salamu alaikum* —saludó un hombre de unos cincuenta años, vestido con caftán y calzado con unas babuchas bereberes cuando ya Restituta pensaba que su idea había sido estúpida.

—*Wa-alaikum as-salam* —contestó ella, que había estado practicando para cuando llegara la ocasión—. *Je… cherche l'imam pour voir s'il peut… m'aider*[1].

—Ya le ha encontrado —dijo en un perfecto español.

—¿Cómo ha sabido que soy española?

—Supongo que el acento la traiciona y yo, además de que he vuelto con frecuencia para apoyar en el ramadán, pasé años en su país —dijo con una sonrisa que le rejuveneció—. Bien, pues usted dirá.

—Intento localizar a una persona, una mujer embarazada. Le traigo unas medicinas que necesita. Se llama Amira Hamad, su hermana trabajaba en un hotel en Barcelona, pero se ha despedido

y otra amiga es la que me ha hecho el encargo —dijo Restituta cada vez más confusa en la explicación, tanto que ni ella le encontraba el sentido.

—No sé si he entendido algo —confesó el imán con una nueva sonrisa, esta vez tan amplia que mostró una dentadura necesitada de una limpieza que eliminara el sarro—. Pero si desea ver a Amira, es seguro que la encuentra si se acerca al zoco y busca el puesto con las Zanafi más esplendidas.

—¿Las Zana…?

—Sí, es un tipo de alfombra hecha a mano. Ella y su madre las tejen. Suele haber media docena de puestos que venden alfombras bereberes, pero no le costará mucho reconocerla; su embarazo es ya muy evidente.

Restituta le agradeció la información, le dejó una tarjeta con su teléfono para que no dejara de llamarla si visitaba Barcelona y se encaminó de regreso al zoco.

—*As-salamu alaikum.* Supongo que tú eres Amira —dijo Restituta al ver la barriga de la joven salir de detrás del tercer puesto de alfombras que había inspeccionado cada vez más deseosa de llevarse alguna de aquellas preciosidades a su piso de la Plaza Herenni.

La aludida dudó qué contestar, aunque, por su cara, a Restituta le pareció que había entendido lo que le decía. Años comerciando en aquel zoco debían de haberle resultado de ayuda para ello, o quizá su hermana tuviera también algo que ver en ello.

—Le traigo esto de parte de Trinidad Pujol —mintió Restituta y le alargó la bolsa con las cajas de los botes de Gloryfeel y Vitamaze—. Además de tomar estos suplementos, supongo que le habrán dicho que coma alimentos ricos en calcio: leche, queso y yogurt. Soy enfermera —añadió como si eso explicara sus palabras.

—*Shukran*… Gracias, es usted muy amable; y esa señora también. En realidad, a mí no me conoce y el dinero que me mandaba era lo que le tenía que pagar a mi hermana por algún trabajo.

—Sí, Trinidad es muy buena gente —concedió Restituta—. Y hablando de su hermana. Yara dejó su trabajo y no hemos vuelto a

saber de ella —se incluyó—. ¿Sabría decirme usted cómo localizarla? —La cara de Amira cambió de repente, su gesto se volvió aún más desconfiado que cuando Restituta le habló por primera vez—. No tiene de qué preocuparse, se trata de comprarle una información que ella tiene y que Trinidad necesita. Una manera de ganarse otro buen dinero. —Amira pareció relajarse algo, pero en su gesto era aún ostensible la duda—. Intentamos localizar a su novia, pero también se despidió del hotel donde trabajaban las dos —remató Restituta.

—*Hadha alshay' sadiqatuh hu laena*[2] —dijo Amira y, ante la cara de desconcierto de Restituta, añadió—. Tener novia es muy mala cosa, el Corán lo prohíbe y nuestros padres no quieren saber nada de ella, no quieren que esté en casa. No quieren verla a pesar de todo lo que nos ha ayudado el dinero que enviaba todos los meses. Mi padre es ya mayor y, desde el accidente, no puede trabajar.

—¿Es que Yara está aquí? —preguntó Restituta sin comentar nada sobre lo que acababa de decir Amira sobre su padre. El gesto de Amira indicaba que se había delatado y Restituta decidió dar una vuelta más a la tuerca—. Sé que la relación de tu hermana es un problema aquí, y no solo para tus padres —de nuevo, el rostro de la mujer decía que había dado en el blanco—. Si conseguimos la información de la que te hablo, podremos ayudarlas con eso.

Amira no dijo nada. Miró durante un segundo a los ojos de Restituta, se dio la vuelta y desapareció tras las alfombras que se exponían suspendidas de un cable. Un par de minutos después, cuando Restituta ya estaba dispuesta a marcharse convencida de su fracaso. Amira reapareció, se aproximó a ella y dejó en su mano un papel doblado en cuatro.

—*Allhm aghfir li, warhamini*[3]. Espero que también mi hermana lo haga —dijo como para sí. Luego, dirigiéndose de nuevo a Restituta, añadió—: Supongo que usted volverá a Marrakech con él —miró hacia su derecha, hacia el colorido puesto rebosante de vasijas con decenas de especias diferentes donde Ameqran se afanaba en atender a un par de mujeres—. La vi bajar esta mañana de su

furgoneta. Aquí nos conocemos todos —concluyó ante el gesto de extrañeza de Restituta—. Avisaré a Yara de que irá a verla.

De vuelta en Marrakech, Ameqran cumplió lo que le había solicitado Restituta y la acercó al cementerio judío y le indicó cómo llegar a 55 de la calle El Miara, situado en aquel antiguo barrio del Mellah creado en el siglo xvi por el sultán saadí Moulay Abd Allah con la supuesta intención de proteger a los judíos de la violencia y amenazas de los musulmanes, aunque la importancia de los impuestos que se recaudaba de esta comunidad y su indudable potencia económica quizá fuera una explicación más plausible para su protección.

A Restituta, que conocía toda aquella historia del Mellah por sus lecturas para documentarse sobre el lugar al que viajaba, como siempre fue su costumbre, el curioso detalle de que dos mujeres que mantenían una relación homosexual eligieran para esconderse un barrio que, de una u otra forma, no había dejado de ser un gueto no le pasó inadvertida. De todos modos, en ese preciso momento de aquella tarde, cuando aún faltaban algo más de dos horas para que el sol abandonara el horizonte, en la cabeza de la vieja farmacéutica lo que bullía era la mejor manera de afrontar la entrevista que se disponía a mantener.

Ameqran se había ofrecido a acompañarla e, incluso, a esperarla para dejarla de vuelta en el riad, pero ella había insistido en ir sola y, como única concesión, cuando se despidió del que ya consideraba un buen amigo, y que acababa de entregarle un plano turístico de la ciudad donde había marcado con un bolígrafo el mejor camino para que ella volviera hasta su alojamiento, le aseguró que se encargaría de que su prima le hiciera saber que había regresado sin novedad.

—*As-salamu alaikum* —saludó Restituta.

—*Ahlan beek*[4] —contestó Yara enmarcada por el umbral y obviando el saludo religioso.

La joven estaba medio desnuda, con los rizos desordenados amenazando con ocultar su cara y el gesto de intriga con el que observaba a la intrusa. Estaba claro que no le preocupaba su

apariencia y no había tratado de recomponerse a pesar de que hubieran pasado varios minutos de espera en los que Restituta vio desaparecer sus grandes ojos oscuros tras abrirse y cerrarse el pequeño postigo cubierto por una minúscula reja que hacía las veces de mirilla y que a la farmacéutica le recordó un viaje que, hacía decenas de años, hizo emulando el recorrido que Juan Goytisolo había plasmado en sus *Campos de Níjar*. Como de costumbre, sus lecturas se hacían presentes y quizá saber que era posible que se cruzara con el autor cualquier noche en aquella plaza que él había situado en el imaginario de muchos españoles también colaborase, aunque ella no fuera consciente.

Tras el saludo, Yara se hizo a un lado en una tácita invitación a pasar y Restituta entró al pequeño y oscuro zaguán, y esperó, intentando acostumbrar los ojos a la penumbra, a que su anfitriona cerrara de nuevo la puerta tras ella. Una empinada escalera servía de acceso a la otra planta existente en la edificación y, a la derecha, una puerta entreabierta daba acceso a una única estancia alfombrada en la que, al fondo, recostada sobre unos cojines, más que ver, Restituta adivinó a otra mujer que, sin pudor alguno, mostraba su escueto pecho desnudo.

—¿Quién es esta fulana? –preguntó con sarcasmo Lupe.

Restituta, imbuida de su nuevo papel de mujer empoderada, lejos de amilanarse, la acuchilló con la mirada durante un par de segundos y luego, sin contestar, giró la cabeza hacia Yara.

—Si me has abierto es que Amira te ha avisado —la interpelada no contestó—. Tú y esa de ahí —dijo señalando a Lupe que se había incorporado hasta quedar sentada—, habéis cobrado por un trabajo que no habéis entregado.

—Trinidad sabe que me robaron todo —dijo Yara sin alterarse para nada.

—Sí, pero supongo que vosotras no creeréis que somos imbéciles. En algún otro sitio tendréis una copia. No es difícil suponer que en la «nube» esa tan de moda —añadió Restituta sin saber muy bien de qué hablaba, pero con la determinación de quien lo conoce todo.

—¡Bájate los humos, y ándale y déjanos en paz! No hay pedo con lo nuestro, así que ni mames. Y más vale que olvidéis eso. Los

Abramov son unos pinches hijos de la gran chingada y sus matones lo dejaron clarito.

—¿Matones?

—Sí, dos tipejos que es seguro que fueron los que nos descerrajaron las taquillas —intervino Yara.

—¿Más de una?

—Sí, claro, la mía y la de Lupe también —aclaró—. Y luego uno, un tipo cojo, me enganchó a mí a la salida del trabajo y me dio un par de consejos —dijo sin disimular la ironía—. Y dos días después, él y otro nos visitaron en casa y, después de dejarnos claro de qué iba el juego y lo que nos podía ocurrir a la mínima que abriéramos la boca, nos dejaron un folleto del Museo Etzel. La verdad es que a la pinche *sihaq* esta —dijo y miró con un demudado brillo áspero en los ojos a la que Restituta sabía era su novia mexicana—, a la que lo único que se le había ocurrido fue guardar desde hacía meses en la taquilla un ladrillito de hachís que el hermano de una compañera de Larache había subido desde allí a primeros de año, le dio la cagalera…

—Cariño, estoy como agua para chocolate, tú sabes lo que me pasará si me largan *pa* México, así que no mames que…

—¿Qué de qué?, Lupe —desafió Yara que parecía haber crecido varios centímetros, los mismos que se diría que la otra, ahora ya de pie y sin importarle estar desnuda, había menguado a pesar del corte de pelo militar, la mirada de hiena, las orejas repletas de *piercings* rematados en los lóbulos por dos aros y el enorme tatuaje de un águila mexicana con las alas extendidas que descendía por un costado desde su hombro derecho hasta parecer picotearle el pezón.

—Creo que, si paráis de pelearos un momento —dijo Restituta que estaba convencida de tener la solución y, además, divertida con aquel duelo de hembras en celo que al parecer mezclaban sus acentos como era evidente que no hacía mucho habían mezclado su saliva y otros jugos—, os haré una oferta que no podréis rechazar.

Las tres mujeres se miraron un momento en silencio y una sonrisa se dibujó es sus bocas para después, como si respondieran a una sincrónica orden secreta, dejar paso a una sonora carcajada.

El sol buscaba el horizonte dejando una atmosfera rojiza que rebotaba por los sucios cristales de las ventanas. Yara y Lupe no habían consentido que ella recorriera sola media medina Marrakech. Lupe se había embutido unos viejos vaqueros, había eliminado los aros de sus orejas y colocado una camisa tan ancha que nadie hubiera podido adivinar que escondía sus escuetos pechos, y Yara había descolgado de un perchero metálico tipo burra una chilaba marroquí y se la había puesto para, tras calzarse unas llamativas sandalias que contrastaban con las deportivas que se calzó Lupe, unirse a las otras dos mujeres, salir las tres a la calle y emprender el intrincado camino hasta el Riad.

Una media hora después, las tres mujeres se despidieron intercambiando besos y buenos deseos acompañadas de la cantarina voz del muecín llamando al *isha'a* y Restituta puso rumbo a su habitación, aún sonriente y satisfecha por lo que había conseguido. Ya recorría el pasillo para entrar en su aposento cuando llegaron a sus oídos desde otra de las habitaciones unos gemidos nada discretos entreverados con expresivas exclamaciones que fundían el francés y el español con melodiosa sonoridad.

Tras un reparador paso por el pequeño hammam que albergaba el baño de la habitación, cuando ya las luces titilaban tímidas jugueteando con las motas de polvo suspendidas en el aire, Restituta se unió a Lourdes para, sentadas junto a la fuente del patio, charlar sobre cómo había transcurrido el día de cada una de ellas mientras esperaban a la amiga que se retrasaba y dispuestas a disfrutar de otra espléndida cena.

Carmen apareció por la puerta escasos minutos después. Para suponer lo ocurrido, solo ver la cara de felicidad que lucía era suficiente, pero, para completar el cuadro, un tipo alto, de barba y pelo blanco recogido en una coleta y con indudable aspecto de motero entró tras ella.

—¡Hola!, Restituta, te presento a Michel.

—*Ravi de vous rencontrer*[5] —dijo el aludido y tendió la mano para saludar.

—Espero que no os importe, le he invitado a cenar con nosotras. Y también espero que no os importe volver solas a Barcelona. Este ejemplar y yo seguiremos viaje en su moto hasta que acabe con todas las pirulas azules que encontremos por el camino; porque no os podéis hacer idea de lo bueno que es en la cama… ¡o en cualquier sitio! —añadió y soltó una carcajada.

Sus amigas se miraron y la acompañaron en las risas ante la cara de sorpresa del hombre que parecía dudar sobre si su limitado conocimiento del castellano había resultado suficiente para entender correctamente la conversación a la que acababa de asistir.

LISTO PARA SENTENCIA

Silverio emergió nervioso de las escaleras de la estación de metro de Catalunya. Hacía poco más de cuarto de hora que, después de andar desde casa concentrado en sus pensamientos hasta la Plaza de España, había decidido entrar en el metro y coger la línea uno, aunque solo fuera para recorrer dos estaciones.

Habían pasado ya semanas desde su larga charla telefónica con Restituta. Esa en la que ella le había puesto al corriente de todo y tras la que le había remitido las claves de acceso a aquellos ficheros que, con la ayuda de la nieta de Feliciano, habían copiado en un *pendrive* y habían repasado una y mil veces. La conclusión siempre era la misma: el ascensor había sido manipulado y el responsable de aquello era el famoso Pirata Cojo que había querido ligar con Pilar en el hotel. Lo que no quedaba claro es que el destinatario de aquel sabotaje fuera Amán. Parecía aquello de estar en el momento más inoportuno en el lugar inadecuado. A otros se les daba de maravilla lo contrario, incluso el mismo Babas había sido especialista en eso último durante lustros.

Esperaba que el abogado, al que había remitido los mismos documentos y sus conclusiones en un correo comprimido y encriptado por la misma adolescente entusiasmada con sus labores de agente de inteligencia informática, le fuera de ayuda en aquello y en algo que llevaba días rondando por su cabeza: quién era en verdad el aficionado a las motos de época que llevaba jugando con él más de un mes en un ni sí ni no lleno de escusas para no terminar de cerrar la compra de aquella Zündapp-BMW que tanto parecía interesarle. Tanta relación con los judíos le escamaba, más si pensaba que, si le hubieran preguntado hacía un año, apenas hubiera sabido decir de nadie más que lo fuera si excluía al usurero; y, en ese caso, por lo sobradamente conocido que era en el barrio.

—Siento no haber podido verte antes. Cuando planifiqué el viaje a Italia estaba lejos de pensar que pasaría lo de Prats y, la verdad, mucho menos imaginaba lo que me ha ocurrido a mí —dijo Ulpiano después de haberse aposentado tras el saludo y servido café para ambos. A continuación, bebió un poco de su taza y la volvió a dejar en la mesa auxiliar junto a la de Silverio.

Ambos hombres permanecían sentados en un pequeño sofá que ocupaba una pared de una habitación contigua al despacho del abogado. Una escayola en el brazo izquierdo de Ulpiano brillaba al sol que entraba por la ventana, y en la cara varios moratones y los apósitos que nacían tras su oreja izquierda y descendían hasta perderse bajo el cuello de la veraniega camisa que vestía servían de testimonio de la indeseada aventura sufrida en Amatrice hacía menos de una semana.

—La vida es así de puñetera, así que más lo siento yo por ti. ¿Tienes alguna secuela además de lo que está a la vista?

—No, el terremoto trató mucho peor a otros, la verdad —dijo Ulpiano casi como el que piensa en voz alta en algo que desea olvidar—. Pero dejemos mis desgracias y vamos con las buenas noticias —añadió con una sonrisa—. Después de ver una y mil veces las imágenes, mi conclusión es muy similar a la tuya. Se diría que el muerto estaba en el lugar equivocado o, al menos, en el momento equivocado. La manipulación es clara y tú, como técnico, lo confirmas sin apenas dudas —concedió el abogado y mantuvo un instante de silencio con la vista fija en Silverio en señal de reconocimiento—. Además, hay un par de cosas llamativas: una, que el ascensor, que oportunamente bajaba hasta una zona muy privada del garaje, no era de uso exclusivo del personal o no solo eso, sino una tapadera de lujo para relaciones que un muy reducido número de interesados gustaba de mantener ocultas. Supongo que el precio que pagaban estaría a la altura del secreto pretendido —añadió el abogado e hizo otro silencio valorativo para que no quedara ninguna duda de a qué se estaba refiriendo—. Y lo segundo es que, como sabes, en los ficheros hay grabaciones de ese ascensor tomadas siempre en la planta diecinueve y en tres semanas distintas. La

mayoría pertenecen a varias horas a lo largo de cada miércoles y jueves, a excepción de la última semana en que había imágenes de todos los días desde el domingo hasta…

—Sí, hasta el día del percance —interrumpió Silvero ávido de demostrar que él también se había fijado en los detalles—, y supongo lo que me vas a decir: sin contar a los empleados y el tema de la manipulación, en las grabaciones de la primera semana, el miércoles aparece Amán saliendo del ascensor en esa planta a su llegada al hotel a primera hora de la tarde y entrando en la misma para marcharse ya tarde en la noche. En la siguiente semana, también el miércoles, lo primero que se ve es a un hombre que entra en la misma planta en el ascensor y, minutos después, cuando el ascensor regresa a la planta, sale de él con una mujer. Como media hora después, es el Babas…

—¿El Babas?

—Sí, disculpa, ese es el mote que le colocaron hace mucho al muerto —aclaró Silverio—. Volviendo al asunto, Amán, o el Babas, sale del ascensor en esa planta y, de nuevo, se larga por la noche. Sin embargo, al tipo y a la mujer que salieron antes no se los vuelve a ver en las grabaciones hasta el jueves por la mañana. Y hay algo curioso: primero entra el hombre en la planta de siempre; a los tres o cuatro minutos, aparece la mujer, pulsa el botón de llamar el ascensor y, al abrirse las puertas tras una breve espera, el hombre, que está dentro, sale y es la mujer la que se va sola.

—Efectivamente, lo interpretamos igual —dijo Ulpiano adelantándose esta vez al Mago—. Así que no se te habrá escapado que el domingo siguiente se repite el ritual de llegada de la pareja y el lunes el de salida. Y lo mismo vuelve a ocurrir el miércoles, todo calcado de los otros miércoles, incluso un horario preciso, casi milimétrico. Pero la diferencia viene el jueves del suceso… mejor dicho, empieza el día de antes, el miércoles por la noche, porque no se ve entrar en el ascensor a Amán para marcharse como siempre, y continúa el jueves por la mañana, porque a la hora en la que otros días había empezado el ritual de salida de la otra pareja con el viaje de ida y vuelta del hombre y la posterior marcha de la mujer sola, el

que sube primero al ascensor es Amán, la pared se separa, provoca que se desprenda el suelo y ya conocemos el resultado…

—Y mientras eso pasa, el hombre misterioso llega junto a la puerta del ascensor y, antes de que aparezca nadie tras el accidente, se vuelve a ir por el mismo sitio por donde había aparecido a toda prisa y ya no se le vuelve a ver ni a él ni a su pareja —concluye Silverio

—Bueno, si a todo esto le aplicamos el juego de las diferencias, no es complicado darse cuenta de que esa semana Aman no se marchó como era su costumbre y se quedó en el hotel hasta el jueves por la mañana…

—Y eso le mató. Y no es difícil pensar que el objetivo era el otro, el misterioso, el que siempre se subía al ascensor a esa hora los jueves o cualquier otro día; pero siempre el siguiente al de la llegada con la mujer.

Por un par de minutos, los dos hombres guardaron silencio y bebieron lo que quedaba de café frío en sus tazas.

—¿Y ahora qué plan tienes? —pregunta Silverio.

—Pues preparar todo y llevarle todo esto al juez. El mismo día uno si es que no soy capaz de contactar con él en este par de días que faltan para que acabe el mes. Espero convencerle.

—¿Y le dirás que el cojo que sale manipulando el ascensor es policía?

—Sí, claro, se lo diré todo, aunque me estaré tirando a la piscina sin saber si hay agua. Lo primero porque las imágenes no dejan tienen tanto detalle como para determinar que esa manipulación que se ve no es una pequeña reparación u otra cosa. Lo segundo es porque de su pertenencia a la policía solo tenemos sospechas e indicios: que aprobó las oposiciones al Cuerpo Nacional de Policía y que tú lo viste entrar en el recinto militar de la Diagonal. Pero no tenemos constancia de que siga en el primero ni nada sólido respecto a lo segundo.

—¿Y de esa misteriosa pareja?

—Pues por las imágenes poco se puede ver; la calidad es bastante mala y casi siempre se les ve de espaldas por el ángulo en el que entran y salen. Te diría que trabajéis en eso, que tu grupo

intente averiguar de quién se trata. Aunque, lo cierto, es que tenemos de todo menos tiempo. Ya sabes que se quedó listo para sentencia y algo me dice que no pasará la primera semana de septiembre sin que la haya.

—Pues no te veo muy optimista —apostilló Silverio.

—Bueno, los abogados somos siempre así, como se suele decir, hasta el rabo todo es toro.

De nuevo, el silencio pareció apoderarse del ambiente y trasmitirles cierto desánimo. Silverio se llevó la taza a la boca e hizo intención de beber para descubrir que ya no le quedaba café en ella. La volvió a depositar en la mesa.

—¡Ah!, hay algo que no sé si te he contado y que ahora no hace más que rondarme por la cabeza —dijo Silverio—. Hay un tipo que hace más de un mes que me lo encuentro en todos lados y que dice que quiere comprarme una moto antigua que tengo. Pero hay algo raro, no para de darme largas y contar historias de Israel, de cazar nazis, de lo uno y lo otro —calló un momento para ver si el abogado comprendía lo que quería decir—. El caso es que yo no he conocido a nadie de Israel en mi vida y tampoco a nadie que tuviere un carajo que ver con todo eso y ahora, de repente, desde que el Babas, que es judío —puntualizó, aunque fuera innecesario—, ha salido volando, oigo que las chicas que hicieron la grabación piensan que las amenazas que recibieron son de los servicios de inteligencia de Israel, el tipo este se me pega al culo y el Pirata Cojo parece el perejil de todas las salsas.

—¿Y tienes alguna imagen o algo del tipo ese?

—Pues la verdad es que no —dijo y se sintió como un idiota—, pero igual hay algo que ayuda. En una de sus historias contó algo de que estaba en Palma Nova cuando el atentado de ETA. Cuando me lo dijo no le di importancia, pero acabo de acordarme de que la Pilar, una de mis colegas —aclaró, aunque tampoco hiciera falta porque a esas alturas Ulpiano ya conocía el nombre de todos—, contó que el tal Otilio, el Pirata Cojo, como lo llamamos —reincidió en la aclaración innecesaria—, dijo que había perdido la pierna hacía siete años por una bomba lapa. No sé, pero yo creo que la última vez que estalló una de esas en España fue allí, precisamente en ese atentado

—concluyó Silverio y puso cara de perro apaleado que espera una recompensa que le devuelva la dignidad.

—Pues espera un momento y vemos si ahí tenemos algo más. ¿Un purito? —preguntó Ulpiano al tiempo que se levantaba, abría una caja que había sobre un pequeño aparador, cogía dos cohíbas, un cortapuros y salía de la habitación.

Unos cinco minutos después, mientras Silverio no paraba de removerse en el sillón nervioso, el abogado regresó. Cortó la punta de uno de los puros y se lo tendió a Silverio, luego hizo lo mismo con el suyo, sacó un encendedor y, tras el pertinente ritual con la llama, dio una calada expulsó el humo y le pasó el mechero a Silverio para que hiciera lo propio.

—Ya ves, aunque abogado, también incumplo las leyes —dijo y sonrió haciendo un ostensible gesto con el puro—. Mercedes ya está en ello, ya sabes que es muy buena para localizar datos —añadió y aspiró de nuevo.

—¡Collons con el Mago!, esto sí que son buenas vistas y una terraza cojonuda. Algunos saben montárselo —dijo Feliciano nada más salir, junto a Benancio que venía con él, a la espléndida terraza del ático donde ya estaban Pilar y Restituta

Aquel domingo había amanecido espléndido, como si quisiera unirse a la celebración que Silverio había preparado en su terraza por aquello de que por fin habían conseguido todas las pruebas para liberar a Martín Prats.

El Mago dedicó la mañana a organizarlo todo. Ahora, sobre la mesa camilla rodeada con las sillas que le habían dejado Restituta y Cipriano, varias fuentes con almejas, anchoas, berberechos, moluscos, y un surtido de frutos secos lucían apetitosas.

Aún resonaba en su cabeza el entusiasmo mostrado por Ulpiano —insólito en un abogado, en las propias palabras del letrado— en la llamada que recibió el sábado para comunicarle que Mercedes había averiguado que Otilio Arenea recibió la Cruz de Guerra por su intervención en el atentado de Palma Nova en el que perdió parte de la pierna. Por otro lado, en Jerusalén, a Omer Doman le condecoraron con la Medalla al Valor por su actuación en aquel

atentado por haberse jugado la vida para salvar de una muerte segura a la persona que colaboraba con él en una investigación que relacionaba a los terroristas españoles con los palestinos. Esa persona no podía ser otro que el propio Otilio. Así que no había duda ninguna, aquellos dos no solo se conocían, sino que habían trabajado ya juntos. ¿Qué pintaba ahora el servicio secreto español y el Mossad israelí amenazando a empleadas del hotel? ¿Qué papel jugaban en todo aquel asunto del ascensor? Aquellas preguntas estuvieron rondando por la cabeza de Silverio toda la noche y continuaron allí mientras organizaba la fiesta durante toda la mañana. Pero, como el propio Ulpiano afirmaba, eso daba igual, él se ocuparía de hacerle las mismas preguntas al juez con el tono adecuado para que esa sombra esclarecida, el descubrimiento de aquella presencia, fuera el pasaporte a la libertad de Prats. Al fin y al cabo, inculpar al verdadero culpable no era cosa suya; lo suyo era salvar a un inocente.

—Es que todos no vivimos en la miseria que tú —dijo Restituta con una sonrisa que trataba de quitar hierro a la puya. La farmacéutica lucía espléndida, como si el viaje a Marruecos le hubiera quitado de encima una docena de años.

—No empecemos y haya paz —intervino Silverio, que previamente no había querido entrar al capote de Feliciano ni deseaba que la cosa se fuera de madre antes de empezar, y que en ese momento dejaba sobre otra mesa el ordenador portátil que contenía los videos conseguidos, con la intención de ayudarse con algunas secuencias en su explicación. Básicamente para hurgar un poco más en la pareja misteriosa que salía en varios momentos—. Bueno, vamos a olvidarnos de chorradas y dejadme que os cuente las buenas noticias, que para eso estamos todos aquí de celebración —dijo, en el momento en que Justina y Cipriano aparecieron en la puerta de la terraza, y cogió una botella de un magnífico vermú Padró & Co. Rojo Amargo y medió con él los vasos que había sobre la mesa—. El que quiera sifón, ahí tiene la botella. —Señaló hacia una botella de sifón tradicional de cristal con una preciosa malla roja de la que Pilar, recordando la que su recientemente difunto padre siempre tenía en casa, se preguntó de dónde habría sacado el Mago—. Pero, antes de

nada, deseo que brindemos por Restituta, nuestra ágil detective. Gracias a ella hemos tenido las claves de acceso a los videos. Cuando yo acabe, ella os contará su aventura por Marruecos —añadió mientras los demás se ponían la cantidad deseada de sifón en su vaso.

Todos alzaron su vaso, dieron un trago y se acomodaron en las sillas hasta formar una platea expectante a la espera del inicio de la función.

Silverio, que había ensayado su discurso, estuvo muy concreto y transparente, aunque quizás con un gramo más de optimismo de cosecha propia. Para no extenderse en exceso, tampoco puso demasiado énfasis en la información sobre el Pirata Cojo que le había dado Ulpiano del Zagal.

Todos escucharon en silencio y el único sonido que acompañó las palabras y los gestos de afirmación de las cabezas fue el del trasiego de líquido y el crujir de algún fruto seco.

—Y eso es todo —concluyó—. Como veis, gracias al Rayo, es decir, gracias a nosotros, en pocas horas tendremos a Prats en la calle, libre de todos los cargos. Y yo me encargaré a la velocidad del rayo de que dejemos de trepar por las escaleras de una puñetera vez —añadió y todos soltaron una carcajada que fue la señal para que apurasen el vermú que quedaba en sus vasos y para que él se acercase a la cocina a por otra nueva botella del mismo destilado rojo.

—Antes de que Restituta nos cuente cómo le fue por Marruecos, si tenéis algo que preguntar, os escucho —dijo Silverio de vuelta y al tiempo que rellenaba de nuevo los vasos.

Las miradas de todos se cruzaron a la espera de que alguno rompiera el fuego, pero nadie parecía dispuesto; aún procesaban todo y lo que les invadía era cierta sensación de alegría y orgullo que les contenía.

—A mí me perdonaréis, pero estamos vendiendo la piel del oso antes de cazarlo —dijo al fin Cipriano, que era quien mantenía una actitud más distante, como si le molestara que Silverio no hubiera compartido la información legal con él: el experto oficial en leyes.

—¡Joder!, Cipri, tú siempre de puto aguafiestas. ¿Me explico?

—Bena, tú di lo que quieras, pero con esas pruebas, y tal y como se han obtenido, cualquier fiscal alegará vulneración del derecho constitucional a la intimidad y otras ilegalidades que las inutilizarán. La verdad es que, con todo eso que dice el Mago, un juez se va a limpiar el culo —añadió con cierto mal talante—. Así que de eso de dictar libertad sin cargos y además…

—Collons!, vale ya. Su abogado tiene claro que con eso sale a la calle. Imagino que piensa lo que yo: que, si le tocan las narices otra vez, ponemos al Pirata Cojo en todas las televisiones. Les coses clares i la xocolata espessa.

—*Mu* bien dicho, *miarma*, que con que yo llame a los de TV3 que sacaron lo de la Filadelfia se organiza una que ya te digo. Así que, Cipri, ten claro que el Feli tiene razón.

—Vale, que lo tenemos guay del Paraguay, pero ¿alguien sabe si al final el Pirata Cojo es o no de la poli secreta?

—Bueno, Pili, por lo que sabemos —respondió Silverio—, parece que es bastante seguro que pertenece al centro de inteligencia, al CNI y el otro tipo es del Mossad. No hay otra explicación para lo de las medallas que os he contado y menos para lo que imagino que os contará ahora Restituta sobre amenazas y sobre la familia del Baba. Para mí es blanco y en botella, y el Pirata un chapucero de cojones. Lo único que me falta es saber a quién protegen o qué ocultan.

—Muy bien, pero que hable de una vez Restituta —dijo el Cipri que parecía muy interesado en que se olvidaran de su intervención que tan mal les supo a todos.

Restituta no disimulaba su juvenil euforia, estaba acostumbrada a hablar en la farmacia con los clientes, pero lo de ahora era otra cosa, y estaba nerviosa, pero se lanzó a ello.

Poco a poco, a medida que avanzaba en su explicación, se fue serenando. Contó todo lo ocurrido con el énfasis de quien lee una novela: con todo detalle y poniendo el acento en los riesgos corridos. Aunque se diría que fue el exotismo árabe y el morbo del asunto de las dos amantes lo que más les interesaba a todos. Lo indudable es que, amigos del divertido juego de las gracietas y los chistes, eso era lo que prometía un buen rato de diversión.

—De nuevo todo está muy bien, querida Restituta, te felicito —dijo Cipriano y alzó su vaso en un gesto que todos imitaron al instante—. Pero lo que no me ha quedado claro es que les ofreciste a esas dos mozas para que te dieran las contraseñas de entrada en los archivos de la nube que nos ha contado el Mago.

—Pues les prometí que, si descubríamos la conspiración esa, volverían aquí: sin problemas y con un buen empleo. Así que, ya que lo mencionas, si alguno sabe de un trabajo donde puedan encajar esas dos mujeres agradezco me lo diga; mi intención es cumplir la promesa llegado el caso.

—*Miarma*, yo puedo hablar con Trinidad. Su puesto de verduras se sigue traspasando. Parece que todas las ofertas han sido de unos *papafritas*. Ella no gana *na* con esta historia nuestra; pero lo cierto es que por echarle una mano a ella, han *acabao* las otras *metías* en el follón y yo estoy segura que lo tendrá en cuenta.

—Tampoco es que la cosa fuera desinteresada por parte de ellas y…

—*M'ijo,* Cipri, no pierdes una. No sé ustedes, pero yo también pienso sacar un ascensor en condiciones de *to* esto. Así que *toos* hacemos las cosas por algo —remachó Justina. Los demás asintieron con la cabeza—. Y tampoco estoy diciendo que les regale la parada: *pue* arrendársela y ella también gana.

—Ya me gustaría a mí echarme a la cara al chapucero del Pirata Cojo. El tío quería llevarme al huerto. La cagaste Burt Lancaster, le iba decir yo —dijo Pilar obviando el asunto de la frutería, como si se la tuviera jurada al tipo y fuera lo único que le rondaba por la cabeza—. No es más que un puto chafallón y seguro que es igual para todo.

—Es que *to* esto es un guirigay de narices. A mí eso de la amiga tuya —dijo Justina cambiando también de tema hacía a algo que la tenía en ascuas—, esa que se ha *largao* por *toa* África con el zagal de la moto, me recuerda *La Pasión Turca,* la novela del Antonio Gala. Espero que no acabe igual, como el rosario la aurora.

—Mujer, el tipo este es francés, así que no acabará en un harén y vendiendo alfombras —dijo Restituta con una sonrisa.

—Por cierto, ahora que habláis de novelas —se subió al carro Benancio—, me regalaron por Sant Jordi *La mujer rota*. Igual era un indirecta para que me deje de tanta novela negra. Pero lo que ha logrado es que me meta en la mente de las mujeres.

—No, si ahora, resulta que te lees una mierda de libro de la *pijaprogre* esa francesa que se tiraba al Sartre y vas a ser todo un *woke*…

—La mare que et va parir. ¿Qué merda es esa?

—Dios, Feli, una gilipollada nueva de los yankis que cualquier día acaba en su diccionario: putos progres de salón, feministas de boquilla y salidos de corazón. ¿Os suena?

—Vaya, *miarma*, te has *despachao* a gusto.

—Es que estoy harta, Justina. Y menos mal que no le ha dado al Bena por leer el libro aquel de Claire Morgan, el no sé qué de la sal; que ni era de ella ni ese era el verdadero título. Entonces se iban a enterar las jovencitas esas que visitó Restituta en Marruecos.

—Bueno, no es para ponerse así. ¿Me explico? A mí me da igual con quien se acueste la gente. No tengo nada en contra de las lesbis ni de los maricas ni de nadie.

—¡Qué fineza! —exclamó Pilar convertida ella en *pijaprogre*.

Feliciano, que no tenía ni idea de aquello tan apartado de la novela negra y de Arturo Daussà y *Buscando a mi hija*, que había sido su último descubrimiento, se decidió a entrar en la lidia a ver si les bajaban los humos.

—Por cierto, ¿sabéis que le dijo una rana lesbiana a la otra?

Todos los hombres sonrieron, Justina tenía cara de fastidio y Pilar un claro e inequívoco gesto de cabreo, no estaba claro si por la interrupción o por lo que supondría una nueva falta de respeto a las mujeres.

—¿Qué le dijo? —preguntó Restituta sin que su gesto delatara qué pensaba.

—¡Tienes razón, sí que sabemos a pollo!

Una carcajada general que no incluyó ni a Pilar, que seguía cabreada, ni a Justina, que no le veía la gracia a la cosa por ninguna parte por más que ella hubiera dicho que sabían a eso mismo las ancas de rana la única vez que había comido.

—Yo me sé otra —dijo Benancio y miró a todos como pidiendo permiso—. A ver si sabéis cómo se llama a una lesbiana con los dedos gordos —nadie contestó a la espera de que él rematara la jugada—. Se llama… bien dotada —concluyó remarcando con pausa las letras de la respuesta en lugar de su acostumbrado latiguillo.

Esta vez a la risa se apuntaron todos, incluida Pilar, que más que por la gracia, rió por lo simples que le parecían aquellos viejos desubicados que luchaban por asimilar ciertas cosas que se les escurrían entre los dedos por más que lo intentaran evitarlo. De todos modos, ella tampoco podía negarlo: unas buenas risas no hacían daño a nadie. Y lo cierto era que aquellos cuatro las valoraban a todas ellas como compañeras tanto o más que a ellos mismos. Así que ¿por qué no disfrutar sin tapujos y libres? Cada vez más, todos tenían que aguantar cada día la condescendencia, cuando no el desprecio, por ser viejos; hasta que les llamaran «gente mayor», algo que, el día que alguien se lo dijera a ella, podía ir ateniéndose a las consecuencias.

Silverio seguía dándole vueltas a la pareja misteriosa, Ulpiano del Zagal le había pedido que intentará ver si entre todos daban con algún detalle que los identificara; siempre sería una ayuda, pero… esto es una fiesta, se dijo y entonces se acordó de algo que había oído en una noche de juerga con los amigos.

—A ver si sabéis cómo se puede saber si un mueble ha sido construido por una lesbiana —todos callaron. Como después de su discurso Silverio parecía haberse ganado la condición de colíder con Restituta, aquel silencio no solo reflejaba que ninguno supiera la respuesta—. Pues es muy fácil saberlo, todos los ensamblajes son de lengüeta y ranura.

Volvieron las risas, pero de nuevo las mujeres parecían cada vez más cansadas de aquel tonto juego de palabras de doble sentido. Así que su sonrisa era un tanto forzada.

—*M'ijos*, que les parece si voy a casa a hacer una jartá de café y lo subo. A ver si se os despierta alguna neurona en el cerebro. Mago, ¿tienes tazas? —Silverio confirmó con la cabeza y ella salió.

—A ver esta otra: ¿cómo se llama un armario lleno de lesbianas? —dijo Feliciano que no se resignaba a que aquello concluyera sin

que él, que lo había iniciado, le pusiera el punto final.

—Si ahora me sales con eso del armario de lamas me vas a obligar a que te pregunte esto otro: ¿tú sabes qué te pasaría a ti si te sale un grano en el pene?

Feliciano se quedó mudo: ni fue capaz de contestar a Pilar ni se atrevió a soltar lo del armario de lamas. Los demás la miraron a ella expectantes; en especial Restituta, que ya se preparaba para la carcajada.

—Que tendrías un tumor cerebral.

Esta vez la carcajada resonó hasta en la plaza. Y Restituta, entre una carcajada y otra, no paraba de repetir «un tumor cerebral, un tumor cerebral».

—¿Qué me he *perdío*? —dijo Justina cuando apareció en la terraza con la jarra de café y varios ejemplares de *Hola* y *Lecturas* y aún las risas, que parecían contagiosas, subían y bajaban de intensidad pasando de unos a otros sin que pudieran controlarlas.

Restituta repitió una vez más lo del tumor y recogió las revistas que Justina había dejado sobre la mesa, al lado del café. Los demás se ocuparon de preparar las tacitas, buscar azucarillos y Silverio se acercó a la cocina a por un brik de leche.

Una vez de nuevo a la mesa, alguno imitó a Restituta y ojeo los ejemplares de las revistas que ella había ido devolviendo a la mesa. Mientras, los demás bebían café.

Silverio aprovechó la calma, solicitó atención y fue reproduciendo en el portátil los videos, las secuencias en que aparecía la pareja de desconocidos o alguno de los dos solos junto al ascensor.

Alguna taza de café más tarde y tras varias repeticiones, ninguno había logrado nada y en el ambiente acechaba el desánimo. Incluso Pilar, harta de video, había regresado a ojear un *Lecturas* algo atrasado.

—¡Hostia! ¡no puede ser! —exclamó como si hubiera visto al mismísimo Rajoy con Anna Castillo en el despacho de presidencia de la Moncloa en una mala imitación de Clinton y Mónica Lewinsky en el despacho oval.

Todas las miradas se dirigieron a ella.

—¿Qué te pasa, Pili? —preguntó Silverio.

Ella no contestó, se limitó a alargar el *Lecturas* para mostrar la página donde figuraba la reina Letizia asistiendo a algún acto público y señalar con el dedo.

—¡Es él! Joder, flipo en colores.

—¿Quién?

—Hostia, el Pirata Cojo. Fíjate.

—Pili, yo solo lo vi alguna vez de lejos y sé que es el que andaba en el ascensor por lo que le contaron a Restituta las jóvenes de Marruecos. En el video se le ve, pero se le ve muy lejos y lo que más se aprecia es la cojera. En una foto no puedo asegurar que sea ese tío. ¿Tú cómo puedes estar tan segura? —preguntó al final Silverio.

—Mira, Mago, cuando un tío intenta meterte mano, como hizo este fulano en el Artes, no se te olvida su cara. Te aseguro que es él. —Volvió a señalar con el dedo la cara que se veía algo alejada del séquito real.

—Bueno, entonces yo diría que ahí está de guardaespaldas; está demasiado cerca de la reina para ser un mero espectador u otra cosa.

Todos rebuscaron entre las revistas a la caza de eventos con asistencia de los monarcas, a ver quién de ellos localizaba alguna otra imagen interesante. Entre tanto, Silverio volvió a pasar las secuencias intentando pausarlas en las imágenes que les interesaban, aunque fotograma a fotograma aún resultaban menos nítidas.

Los ejemplares del *Hola* y el *Lecturas* continuaron su viaje de mano en mano, mientras buscaban semejanzas entre las fotos impresas y los fotogramas de los vídeos. Las conjeturas sobre los parecidos iban desde la reina Letizia a Macarena Gómez, defendidas por el frente femenino del Rayo, y a Jennifer Lawrence o Meghan Markle, que postulaban Cipriano y Benancio. Aunque lo que más les sorprendió a todos fue el empeño de Feliciano en asegurar que la mujer misteriosa era Marcela Topor y el tipo tenía que ser un amante, porque Carles era bastante más bajito que el pollo que salía allí, aunque con el pelo mucho más lustroso.

En un momento dado, en vista del desmadre que se había desencadenado con tanta teoría, cada vez más absurda, Silverio

quiso poner orden. Tomó un tenedor y, con ligeros golpes continuos sobre su vaso, se hizo notar para que todos le escucharan.

—¡A ver! ¡Haya paz! No creo que ahora nos vayamos a poner de acuerdo sobre quién es esa pareja que, por otro lado, tampoco nos importa mucho. Cada vez tenemos más claro que el Pirata Cojo es del aparato del estado y que el tipo está metido hasta las trancas en el fango. Con eso nos llegará para que Prats salga libre. Y está claro que el Babas es un daño indeseado de algo que se nos escapa, su único papel fue estar en ese lugar en ese preciso momento cuando ninguna de las dos cosas era oportuna, lo que hace que toda la acusación contra Prats pierda sentido. Vamos, que todo es una cagada del Pirat…

—Collons!, Mago, es que cuesta creer que un profesional la cague de esa manera. Quina putada —cortó Feliciano y Silverio torció el gesto, pero, antes de que contestara, se le adelantó Benancio.

—Vaya si te lo puedes creer. ¿O no recuerdas lo del secuestro de Segundo Marey? También eran profesionales los del GAL, el Amedo y el Domínguez. Que le pregunten a Felipe González si la cagaron o no. ¿Me explico?

—Bueno, chapuza, estupidez o lo que sea, y sea a quien sea a quien trataban de eliminar, asustar o proteger: un político, un famoso cualquiera, el puto Obama, el mismo cuñado ese de la reina Letizia que decís vosotras que tenía una suite allí siempre, su exmujer, el rey o la misma puñetera reina; es igual. Yo digo que lo hemos conseguido —dijo Silverio dispuesto a retomar la fiesta y poner el broche de oro que se merecía—. De modo que lo único que nos importa ahora es que pronto dejaremos de subir a pata. Así que brindemos por el Rayo, que esta novela la hemos escrito entre todos y, además, a ver quién se atreve a decir que será la última.

Las horas habían pasado deprisa, la comida ya estaba en el recuerdo, todo estaba hecho y el sol hacía tiempo que se había sumado a la fiesta tiñendo el ambiente de rojo y dejando paso con languidez a las sombras. Desde un desconocido equipo de música, a través de alguna ventana cercana, una voz de mujer acompañaba a una melodía que todos los asistentes conocían. Restituta, al oírla,

pensó que alguien le hacía un último guiño a aquel fantástico día: «quién detiene palomas al vuelo, volando a ras de suelo, mujer contra mujer».

TODA HISTORIA TIENE UN FINAL, MEJOR SI ES FELIZ

El verano caminaba inexorable hacia su final, la vida en las calles se aceleraba y en las marquesinas los anuncios del gran almacén que cada año anticipaba la primavera recordaban puntuales, como cada fin de verano, que se aproximaba el momento del regreso a las aulas. En las tertulias de la radio y en la televisión la noticia era el tirón de orejas del rey a los partidos políticos para que se comportaran con responsabilidad y le evitaran a los españoles unas terceras elecciones consecutivas tras la derrota sufrida por Rajoy en su investidura.

Sin embargo, en el barrio de Hostafrancs, era otra la noticia aparecida en las páginas de tribunales de *La Vanguardia* que aquel seis de septiembre animaba el mercado y los bancos de madera de la plaza Herenni —la Babel de Hostafrancs— colonizados de jubilados y menesterosos:

> ***«Sorpresa en el caso del ascensor del Hotel Artes de Barcelona. Martín Prats es puesto en libertad sin cargos».***
>
> *«En la tarde de ayer se produjo la insólita puesta en libertad sin cargos de Martín Prats, sin que, hasta el momento, haya nuevos detenidos por la muerte de Amán Hazan.*
>
> *»Fuentes judiciales indican que la libertad es producto del sobreseimiento libre del caso, lo que hace que el señor Prats sea considerado inocente a todos los efectos.*
>
> *»Consultada la familia del administrador de Ascensores la Paloma sobre si, como posibilita la ley, procederán a cursar una reclamación de daños, don Ulpiano del Zagal, abogado*

que ha ejercitado la defensa, ha manifestado que no era el momento de realizar ninguna declaración al respecto. También han quedado sin respuesta las preguntas realizadas sobre los hechos que han motivado el giro en los acontecimientos.

»Tampoco la familia de la víctima ni la dirección del hotel implicado han realizado declaración alguna hasta el momento».

Casi un mes después de la liberación de Martín Prats, el uno de octubre, cuando todo el país comentaba el bochornoso congreso del PSOE que había concluido con la destitución de Pedro Sánchez, a pesar de su intento de manipular las votaciones hasta el punto de que sus críticos le acusaron de posible pucherazo por sacar las urnas y comenzar la votación antes de tiempo y sin previo aviso, en la casa de la esquina norte de la plaza Herenni, el ascensor se paró en la primera planta y Feliciano bajó cargado con una bolsa del Mercadona acompañado de Pilar que, entre risas, no paraba de bromear con él porque alguien tan hombre se viera degradado a actividades tan femeninas. En la segunda planta, quien descendió de vuelta del veterinario con su querida «jota» en brazos fue Restituta acompañada de Cipriano que, caballeroso, le llevaba la bolsa de la librería Abacus con los dos libros que le habían recomendado: *La sorpresiva cabaña*, la novela de Arturo Daussà —un *roman noir* y un autor muy interesantes, en palabras de la joven librera— y *Final de partida*, un ensayo sobre la abdicación de Juan Carlos I escrito por Ana Romero —super de actualidad por los amoríos entre la Letizia y el Jaime del Burgo; ya sabe el *cuñao*, el del divorcio de la Telma Ortiz; le aclaró esta vez la misma dependienta.

Apenas diez minutos después, en el portal, frente a la reluciente puerta del recién estrenado aparato, Justina le contó a Bena que acababa de tomarse una cerveza con Yara y Lupe, sus dos nuevas amigas que acababan de colocar el rotulo del puesto —Frutería Frida & Chavela— y daban los últimos toques a la parada. Le habían dicho que pensaban organizar una inauguración en toda regla y que todos los miembros de la Agencia de Detectives el Rayo estaban invitados.

—*Miarma*, está *mu* claro que a estas dos chiquillas les gusta la fruta —añadió Justina justo antes de bajarse del ascensor en el entresuelo. Aunque solo era una parada, ella no se había resistido a disfrutar del excelente y rápido trabajo de los operarios de Ascensores la Paloma que habían instalado el nuevo aparato en menos de un mes.

Bena continuó hasta la segunda planta pensando en la hoja cortada de un ejemplar atrasado del periódico *El Mundo* que llevaba doblada en el bolsillo desde que se la había pasado el Mago aquella misma mañana, cuando habían hablado sobre el encargo que pretendía hacerles Ulpiano del Zagal.

Al entrar en su piso, desdobló la hoja y, tras volver a echar otra ojeada a la imagen de una Telma Ortiz con muletas y un sonriente Jaime del Burgo, releyó de nuevo el comentario de la periodista Emilia Landaluce sobre el ya excuñadísimo real:

> *«Aún recuerdo aquella entrevista en la que se prodigaba en tonterías. 'Me inspiro casi siempre en la mujer. Amo a la mujer. Deberíamos aceptar el matriarcado y dejarnos gobernar exclusivamente por madres: el mundo sería un lugar mejor todavía. Soy feminista convicto'. Convicto».*

Feminista convicto, feminista preso. ¿De verdad sabrá lo que dice? Claro que, con tal de salir en los papeles, hay gente *pa to*, se dijo y se echó a reír al darse cuenta de que esas hubieran sido, sin duda, las textuales palabras de su amiga Justina.

De vuelta de la comida que había disfrutado invitado por Martín Prats, Silverio entró en el ascensor y puso su dedo sobre el interruptor digital que lucía una preciosa abreviatura de ático, una «ÁT» encerrada en un círculo levemente iluminado. Durante el ascenso, pensó que tendría que hablar con los demás para saber si todos estaban de acuerdo con que el Rayo continuase a pleno rendimiento, aunque apenas tenía duda de que la respuesta sería un rotundo sí.

Al salir, el Mago observó el preciso y silencioso sistema de cierre de la puerta y una punzada ligera en su ego le pintó una sonrisa en la boca al tiempo que el reflejo de un rayo de luz sobre el pulido

acero llamaba su atención. Casi inconsciente, antes de dar unos pasos para abrir la puerta de su casa, persiguió el origen de la luz hasta la ventana de la escalera y, antes de entrar en su espléndido apartamento, se asomó a ella. Desde allí, contempló cómo aquella tarde de finales de otoño el sol todavía entibiaba la plaza Herenni.

Entonces, lleno de orgullo —me contó años después sentados a la barra de El Hormigón, el antro en el que una noche llena de añoranza y alcohol me fue narrando la historia copa a copa—, abrió los brazos, los elevó, aspiró profundamente y exclamó con fuerza para sí mismo: ¡viva el Rayo! ¡El rayo soy, donde me llaman voy!

BANDA SONORA

- *La Paloma* — André Rieu *(Live in México)*
- *As time goes by* — Dooley Wilson (*Banda sonora de Casablanca)*
- *Tatuaje* — Concha Piquer
- *Juana la Loca* — Joaquín Sabina
- *Singin' in the Rain* — Gene Kelly
- *La del pirata cojo* — Joaquín Sabina
- *Mi vecino de arriba* — Joaquín Sabina
- *Mujer contra mujer* — Mecano



Los autores

De izquierda a derecha, Arturo Daussà y Javier Luque
en Barcelona el día de San Jordi – 23/04/2024

ARTURO DAUSSÀ

Nací en Barcelona en 1945. Ya ha llovido mucho desde entonces.

Decía Truman Capote que uno aprende pronto a diferenciar entre lo que significa escribir bien y escribir mal. Pero lo que es más difícil, lo decisivo, es distinguir la sutil frontera que hay entre escribir bien y hacer una obra de arte. Esa línea quizás es la que separa a los grandes escritores de los demás.

Yo, por supuesto, no escribo obras de arte ni muchísimo menos, pero, tras una larga vida de trabajo, lectura y navegación, he llegado a escribir varias novelas y relatos cortos que intentan provocar emociones añadidas al propio placer de la lectura.

Premios: *El Solitario,* primer premio de relato corto Tamariu, *Dos Soles,* Primer premio Alfonso Camín.

Novelas publicadas: *Mare Nostrum, Icono de Corcho, Vivir al Filo, Nada es lo que parece, Dime la verdad, Maldita máquina de fotos, Diario de un confinado, La Sorpresiva Cabaña, The surprising cabin* (mercado USA), *Buscando a mi hija.*

Relatos publicados: *Aisake, El solitario (relato corto), La primera vez y otras historias, El deber obliga (relato corto), Dos Soles.*

Por si quieres buscarme en las redes sociales:

https://arturodaussaescritor.com

https://thesurprisecabin.com

Facebook arturo daussa

Instagram Daussa2000

email: info@ceid2000.com

JAVIER LUQUE

Nací en la segunda semana de enero de 1958, en Madrid, aunque, desde que lo supe, me hubiera gustado nacer en esa misma semana, pero en agosto y en el municipio colombiano de Itagüí, donde y cuando clausuran las Fiestas de la Industria, el Comercio y la Cultura celebrando el día Mundial de la Pereza.

He residido en las Islas Canarias durante media vida y en las orillas del Mar Menor posiblemente lo que me quede de ella. Cargo a mis espaldas una larga dedicación profesional a las finanzas, a la gestión, a sufrir amarguras y a disfrutar de algún rato de placer y alegría; es decir, lo de todas las vidas.

Aunque escribo desde hace tanto que me da mucha pereza echar la cuenta, lo cierto es que, como he escrito en alguna biografía destinada a convocatorias de premios literarios que nunca me dieron (incluso a las que tuvieron el dudoso gusto de concedérmelos) soy «un escribano con ínfulas; es decir, un cínico enteradillo metido a escritor y corrector de estilo».

Además de en varias antologías, he publicado (y alguno traducido al inglés) los libros de relatos *La vida duele en El Hormigón, Tiempo de lamentos y otros relatos y La vida pasa mientras tanto*; las novelas *Perdonen el atrevimiento: con las manos en la almeja, cocina para vagas*, *Una mala canción, Mal Menor, mal mayor*, *La mujer luna* y *El caso del hombre que no sabía nadar* y un provocador manual de escritura de título *Divagaciones sobre la escritura: la guía definitiva de cualquier escritor o aspirante a serlo.*

Me puedes encontrar por internet en:
javierluqueautor.com
amazon.com/author/jlperdonenelatrevimiento
substack.com/@perdonenelatrevimiento

[1] Busco al imán para ver si me puede ayudar
[2] Esto de la novia es una maldición
[3] Que Allah tenga piedad de mí
[4] Contestación no religiosa al saludo, el equivalente a «¡hola!»
[5] Encantado de conocerte